

Rafael Ballesteros

LA IMPARCIALIDAD DEL VIENTO



En esta novela, Rancho, un joven anarquista atracador de bancos en la Barcelona del 1975–1977, por primera vez descubre la voracidad insaciable de la culpa, sabe de otras ideas políticas que justifican y alientan otras acciones, siente que la pasión no nos exime del fracaso, descubre el valor purificador de la ternura, aprende que para muchos corazones la mayor entereza reside en el olvido y en el perdón, y por último, sufre la anhelante codicia de la venganza.

LA IMPARCIALIDAD DEL VIENTO



Rafael Ballesteros

Editorial  Veramar
NARRATIVA

Rafael Ballesteros

LA IMPARCIALIDAD DEL VIENTO

Fotografía de la portada original, Laura Brinkmann

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

I. MIRAR A UN PUNTO FIJO

II. TODO POR NADA

III. ODDÉ. 517

IV. UN TREN HACIA NUNCA

V. LA CAYETANA

VI. TEMBLAR DE FRÍO

VII. MODELO MARRÓN

VIII. DOS PORDÓS

IX. SALÓN DE PATIO

X. ÚLTIMO

XI. YO, CONMIGO

XII. ITE

XIII. YA NO SÉ PENSAR

XIV. BLANCOS NEGROS

XV. VOLVER A DEVOLVER

ACERCA DEL AUTOR

A la memoria de Rafael Pérez Estrada

I. MIRAR A UN PUNTO FIJO

–¿Sí?

–Sí.

–Tiene que llegar ahora.

Está entero pero pálido. Tumba el cuerpo hacia su lado izquierdo. Es crespo. Seco. Habla poco. Ríe menos. Lleva el peso de su bolsa con el esfuerzo del que quiere que parezca ligera. Se llama Bandolé.

–Sí. Ya.

Es Rancho. Asienta, separados una cuarta, los dos pies sobre el suelo con firmeza. Lleva un bolso de piel colgado al hombro, en bandolera. Su manejo le corresponde a la mano

izquierda. Es escueto, de cara afilada, con ojos fijos de color marrón.

Fuma un cigarrillo que lleva y trae a la boca, con gestos firmes pero pausados de la mano derecha. Un día había dicho: «El que dispara con la izquierda, tiene que aprender a fumar con la derecha».

–Siempre llega puntual ¿no?

–Todavía puede ser puntual.

–Puntual ¿no?

–Va a ser puntual.

Ni Rancho ni Bandolé oyen el ruido incesante de la circulación. Ni ven el vapor azulenco que se levanta, restallando contra el sol inicial de la mañana. Sólo ven el recodo final de la calle, a unos cien metros, donde oleadas de coches, en filas de tres o cuatro, giran con dificultad desde una amplísima avenida a esta calle más estrecha y frágil, donde están Bandolé y Rancho.

Bandolé le había dicho a los padres, volviéndose a los dos, la cara fría y tensa, en la misma puerta de la casa: «Llamaré a la una si el trabajo ha salido bien».

En la acera de enfrente, apoyados en la pared hay dos tipos.

–¿Y esos dos de ahí?

–A esos dos de ahí, los he visto nada más llegar. Es gente bien.

–¿Seguro, Rancho?

El coche aparece al final de la calle, justo a la hora en punto. Limpio, reluciente, se acerca al bordillo. Cetme no los mira, ni los saluda. Cuando va a hacer un trabajo como éste, sólo mira al frente, sólo habla para sí.

Es muy alto, la frente extensa, la nariz y los labios salidos hacia fuera, buscando algo que no tienen. Los ojos pequeños, azules. Y un cuello de buitre, con la nuez pronunciada y moviente.

Rancho se sienta a su lado. Bandolé, en la parte trasera, justo detrás de Rancho. Los dos van a tener que salir y entrar muy rápidamente, sin impedimento alguno.

–Justo a la hora.

–Justo.

Abandonan la calle y toman una avenida a la derecha, de doble carril, pegados a los plátanos orientales que se alinean en medio, dividiendo una calzada y otra. Una plaza muy amplia. Otra avenida.

Toman una calle lateral, más estrecha, larga, muy larga, que recorren hasta el final. Desembocan a una plazoleta ancha, destartalada. Sin acerado, ya.

Se han acabado, repentinamente, los edificios altos. Entran en una zona de casas bajas, dos plantas, tres como máximo, atravesada por una calle, recién asfaltada, de la que parten, a veces, calles laterales adoquinadas, a veces, puros desmontes y el vacío de un terraplén de polvo y barro.

–Aquella es ¿no?

–Aquella. Ya la conoces ¿no?

–Ya la conozco.

–Pues venga. Vamos allá.

Bandolé toca el hombro de Rancho.

–Hombre, un momento. Vamos a hablar un momento.

–Venga, di, Bandolé. Rápido.

–¿Tiene que ser en dos minutos?

–Sí. En dos minutos. Como siempre.

El coche parado, en doble fila. La sucursal, allí, con sus colores vivos relucientes al sol, poca gente en las aceras, poco tráfico también. El motor ronronea, fluido y constante.

–Tú entras primero ¿no?

–Sí, Bandolé. Yo entro primero, como siempre.

–Yo me quedo en la puerta, allí ¿no? Entrando, pero en la misma puerta ¿no? Y tú, Rancho, el dinero y dices todo lo que tienes que decir y todo ¿no? Y si eso... tú por un lado y yo por otro ¿no? Correr, correr...

–Sí. Como siempre, Bandolé.

–Pues entonces... Suerte, suerte.

Rancho vuelve su cara atrás. Lo mira largo y lento. Y le sonríe un instante.

–Tendremos suerte, como siempre, Bandolé. Hala, venga. Dos minutos, Cetme. Dos minutos nada más. Joder ¡dos minutos!

Incorpora su cuerpo levemente. Se oye su respiración, dentro todavía, hondo, hondo. Abre la puerta de golpe y de un salto se pone de pie en la acera. Bandolé ya está detrás.

Al momento, los ve Cetme, metros antes de llegar a la sucursal, Rancho con la pistola en la mano izquierda y la media en la derecha, preparada ya para ponérsela en la cara, y a Bandolé sacando la escopeta de la bolsa, la media también, los pasos firmes, rápidos, seguros, dándoles el sol

radiante en las espaldas, como empujándoles, una vez más, hacia un destino que sólo ellos conocen.

–Tú, como cierres la caja te pego un tiro en la cabeza. Y tú, pegadito a la pared. Echa todo el dinero en la bolsa. Tú, en la bolsa.

Hay un silencio absoluto. Una especie de calambre, de temblor, pasa por el aire. Sólo se oye la voz de Rancho, no demasiado alta, sí serena y dominante.

–Venga. Venga.

Bandolé añade, allá atrás, con una voz plana y un tono firme, de roca.

–Como ése no ponga todo el dinero, le pegas un tiro en la cabeza. Un tiro en la cabeza.

Rancho se acerca despacio, el brazo izquierdo alzado y le apunta justo en el centro de la frente. Un minuto, diez segundos.

–Venga, venga. Tranquilo.

Ahora, sí. Ya se oían las respiraciones. Y el tic-tac del reloj de pared, allá al fondo. El ruido de los billetes, pasando de la mano a la bolsa. El llanto de una mujer, que no podía verse, tumbada, gimoteando, detrás del mostrador. Un hombre alto, pálido, con los brazos alzados, echando saliva

por la boca, no, no, decía, no. Ahora sí. Un minuto, cuarenta segundos.

En el momento de salir, allí estaba Cetme, al filo de la acera. Las dos puertas abiertas, el motor rabiando, las ruedas chirriando ya sobre el asfalto de la calle. Cetme se ha encasquetado una gorra de viserilla ancha y unas gafas de sol enormes.

Cuando Rancho oye que Bandolé ha cerrado su puerta, cierra la suya. Y dice con la voz serena de siempre.

–Dos minutos justos. Dos minutos.

Se quitan las medias de la cara en el momento en que el coche ya ha salido de la calle, a toda velocidad, y toma otra lateral, de menos tráfico.

–¿Mucho, Rancho? ¿Es mucho?

–Por lo menos seis millones, Bandolé. Un tanque.

Y después le dice sonriente.

–¿Y esas palabras? Pégale un tiro... Pégale un tiro en la cabeza... Eso no lo habías dicho nunca, Bandolé. ¡Estás hecho un matón! ¡Un atracador de los buenos!

AHORA se relajan los dos. Echan sus cuerpos atrás, reposan sus cabezas, respiran hondo, hondo.

–Venga, Cetme, te toca a ti.

Cetme toma, en ese momento, la Ronda aminorando la marcha y se mete, sinuoso y certero, en el torrente de coches. Siguen la avalancha, cada vez más serenos, más tranquilos.

Rancho se vuelve a Bandolé.

–¿Qué? ¿Ya pasó?

–Rancho, cuando decías esas cosas, yo...

Cetme ha agarrado violentamente el volante del coche. Ha agachado su cabeza, lentamente, intentando no perder la visibilidad. Y después, comienza a vomitar.

Como un chorro de vida una bocanada de líquido espeso, verdoso, amarillo, le sale de la boca. Rancho y Bandolé miran por sus ventanillas, silenciosos, yertos.

Cetme termina. Con la manga de su chamarra se limpia la boca. No deja de mirar al frente, fijo, con la cara pálida, con el cuerpo encorvado sobre el volante. No dice una palabra.

–Para, si es necesario.

Cetme, sigue.

–¿En los pantalones?

Cetme, niega con la cabeza. Hace un gesto, sus gafas voladas sobre la nariz. Pasa un silencio.

–Bandolé, tú ¿qué?

–Cuando dije todo eso de pegarle un tiro en la cabeza al chorra aquél y todo eso, no veía, Rancho, no veía. Abría los ojos, los abría, así, así, y no veía. Tenía mucho, mucho miedo, Rancho, Cada vez, más. Cada vez, más fuerte. Va a llegar el día en que no voy a poder ir contigo.

–O yo contigo, Bandolé

Un olor agrio cubre todo el mundo. Rancho mira fijo, fijo, al frente.

–¿Sabes lo que pienso yo cuando estoy allí, asfixiándome con la puta media, apuntándole a ése a la cabeza? ¿Sabes lo que pienso? Pienso en Mauri. Sí, en el Mauri. Que cuando se moría, allí nosotros delante, me cogió por la solapa, levantó un momento su cabeza de la almohada y me dijo con su vozarrón: ¿Y qué? Eso es lo que me digo yo, cuando estoy allí: ¿Y qué?

II. TODO POR NADA

HA llamado a las cinco en punto de la tarde y, como siempre, ha dejado sonar el teléfono por dos veces, y ha colgado. Al cuarto de hora, ha vuelto a llamar. A la tercera vez, han cogido el teléfono.

–Hallo.

–Hay.

Inmediatamente, Rancho ha colgado. Y a las dos horas, siete en punto de la tarde, ha llegado a la calle empinada, pequeña, de naranjos verdísimos en los alcorques.

Ha mirado a la ventana, tercera a la izquierda, de la tercera planta. Hay una maceta de geranios rojos. Puede subir.

–PASA. Pasa.

La voz es fina, fina.

–Esta vez, ¿qué?

–Esta vez, para comprar un tanque. Un tanque.

El camarada Surón se le ha quedado mirando, esquinado, con una sonrisa helada en la boca. Nunca ha sabido, Rancho, interpretar su mirada, ni saber qué se pregunta, qué piensa. Siempre con esa chaqueta marrón puesta y como colgado del techo, bamboleante y lejano.

Rancho sonríe, abierto, y repite.

–Esta vez hemos cogido como para comprar un tanque.

Josefina sale de la habitación del fondo. Cintura ancha, pechos grandes, falda amplia, floreada. Se mueve parsimoniosa y distante. Siempre distante.

Tiene la boca sumida, labios adentro. El pelo negro, recogido, pegado al cráneo.

–No debes irte tan pronto. Tienes que esperar, al menos, veinte minutos. Veinte minutos.

Rancho ha dejado la bolsa con el dinero a sus pies. Como siempre, la bolsa está herméticamente cerrada con un candado de cierre especial, metálico.

–Ahí la tienes. Con su candado. Como siempre.

–Así lo ordenan allí. Y nosotros, obedecemos. Tú, nos la das. Nosotros, la damos. Ellos sabrán.

–Como siempre.

–Así es. Como siempre.

Rancho recuerda que le dijo a Surón. «Camarada, ¿por qué? Aquí, los anarquistas, nos llamamos compañeros». Y que él le contestó en seguida, con un ligerísimo temblor de la taza. «Allá, todos los revolucionarios somos camaradas. A mí, me llamas siempre camarada».

Josefina ha traído la bandeja con las tazas de café. La bandeja azul brillante que trae siempre.

–¿Y allí? ¿Cómo van?

–Bien. Van las cosas, bien. Según me dicen, bien. Se están organizando con rapidez y eficiencia. Empiezan a contar con todo lo necesario: armas y organización. Tienen la estrategia bien diseñada, «lentos para ser fuertes». Y la recluta va bien. Todo, todo, bien.

–Ya sabes, Surón, camarada Surón, les dices que nos sentimos orgullosos de ayudarles, de hacer todo lo que estamos haciendo. Que sabemos que si nos olvidamos de la lucha de fuera, nunca vamos a ser capaces de hacer la lucha de aquí. Que aquella y esta es la misma lucha.

–Exacto. Así es.

La voz fina, fina.

Ahora, pregunta él. Cada vez es lo mismo. Es todo como una liturgia, una ceremonia que los tres sabemos de memoria.

–Ruzafa. Ruzafa, ¿sigue preso?

–Sigue.

–¿Y a vosotros os va bien?

–Nos va bien. El mundo se mueve. La gente, despierta. El agua no huele a estancada, ya. Bien. Mejor. Mucho mejor.

Nadie en el mundo como Rancho para contar los minutos. Sabe perfectamente que pasaron doce y que dentro de cuatro, Josefina irá al cuarto del fondo y sacará una bolsa igual a la que Rancho trajo, también cerrada con un candado de esos, pero cargada de recortes de periódicos. Y que a los veinte minutos exactamente hay que sacarla de aquella casa.

Todos saben que el café ha de tomarse lento, lento. Tienen que ocupar las bocas que no pueden preguntar más que lo que han preguntado ya. Solamente queda una, sólo ésa, que siempre le hace Rancho a Josefina.

–Y allí ahora al revés ¿no? Allí están ahora en primavera ¿no?

–Exacto. Así es.

Ella ha aprendido la frase del camarada Surón, pero su voz es bronca, seca, viene del hondón de su boca.

Terminamos el café. Pasaron diecinueve minutos. Ahora, Josefina trae del cuarto la bolsa con la mirada puesta en los ojos de Rancho. La bolsa que permanece a los pies de Rancho, nadie la mira.

Exactamente ahora hace veinte minutos que entró en esa casa. Abre la puerta. Con un ligero gesto de la cabeza, se despide. El camarada Surón y Josefina se quedan allí los dos, serios y quietos, pegados a la bolsa del dinero.

Rancho cierra la puerta despacio, despacio.

–No me gustan, Bandolé. No me gustan.

–A ti te gusta poca gente.

–No, sin bromas, Bandolé. No me gustan. Ni como hablan. Ni como visten. Ni como miran. Ni como callan.

–La mujer te gustará un poco más, ¿no, Rancho?

–Sin bromas, joder. Tenemos que hacer algo. Ponerlos a prueba. Cogerlos en un fallo. Seguirlos y ver a dónde van y

de dónde vienen. Qué hacen a lo largo del día. Tenemos que hacer algo, Bandolé. Si se largaran, si volaran con el dinero, si se burlaran de nosotros, de ti, de mí, de Cetme, sería...

–Sobre todo, del Cetme que devuelve y todo...

–Oye, tú ¿y a ti que te pasa hoy?

–Que tengo esta noche una cita con la rubia. Que tengo una cita con la rubia, Rancho. Una noche de caramelo, una noche para volar. Me siento limpio, fresco, inmenso.

–Eso suena al trío «Los Panchos»...

–Entonces añade, libre. Inmenso y libre.

–Entonces, Bandolé, es que estás enamorado.

–¿Enamorado?

–Sí, enamorado.

–Eso será.

EL ruido en el bar en el que, al final de la barra, se han citado es ya prácticamente insoportable. Es uno de esos locales mitad mesón, mitad taberna y restaurante, que existen en los barrios extremos de las grandes ciudades.

Aluminio, mármol, bandejas de comidas, bulla, abigarramiento, copas, cubiertos, platos, servilleteros,

tonelillos de colores llenos de mondadientes, prisas, vocerío. Pero todo, todo ello junto, se convierte para muchos –parejas, familias enteras, grupos de amigos– en el sitio del acogimiento y del roce humano, en la certeza del lugar común.

–¿Es ya tu compañera?

–En cuanto ella lo quiera.

–¿Dónde estudiaste tú, Bandolé?

–En la calle.

–De ahí es de donde salen los verdaderos románticos.

Sus silencios en medio de la algarabía.

–¿Vas a hablar con Sixto, Rancho?

–Lo intentaré.

–¿Quieres otra cerveza?

–No.

Primero sale del bar Bandolé. A los tres minutos exactos, Rancho.

LE habían dicho que no llamara al timbre grande que a la derecha del portón señalaba una flecha pintada en la pared

por una mano torpe. Que pulsara el que había a la izquierda, casi escondido, a la altura de la cabeza. Que lo hiciera, primero una vez. Al momento, dos veces. Y que, tras otra pausa, lo pulsara tres veces.

Cuando se abriera el portón mecánicamente, entonces tenía que entrar decidido y rápido hacia la izquierda, con el libro en la mano, y se encontraría de inmediato con una serie de carretillas, alineadas escrupulosamente. Debía de pararse allí.

–¿Qué hay?

Le pregunta un hombre gordo, calvo, cubierto por un mono azul lleno de grasa que aparece tranquilo, limpiándose las manos con estopa.

–Quisiera saber si tienen germinales de jardín.

En ese momento había que cambiarse el libro de una mano a otra.

–¿Germinales? Y eso ¿qué es?

–Así lo llaman en el Quijote.

En ese instante, de una casetilla pintada de verde, toda acristalada que veía a la izquierda, pegada al muro, aparece un hombre rubio, de ojos azules claros, muy delgado y de

estatura media, cubierto con un mono verde escrupulosamente limpio.

–Soy Sixto.

Dice, y le alarga la mano.

–Soy Rancho.

–Pues vamos a la oficina.

Allí sentados. Dos sillas, una mesa metálica, un inmenso almanaque en la pared y el sol fuerte de aquella mañana contra los cristales.

Le habían repetido una y otra vez: «nada de entretenerse. Nada de alargar el encuentro innecesariamente».

–Qué hay.

–Quisiera hablarte de los venezolanos. Del camarada Surón y de Josefina...

Al decir camarada, Rancho ha mirado a Sixto. Sixto se ha sonreído.

–Sí. Dime.

–No me fío de ellos.

–¿Por qué?

–Porque siempre han jugado a la clandestinidad y sus medidas de seguridad son ridículas. Nunca parece que eres un verdadero compañero para ellos. Miran esquinados. Su casa no tiene muebles, ni fotos, ni libros, ni macetas. No tienen nada humano... No son humanos y si no son humanos, cómo van...

–Y ¿qué más?

Rancho, endurece la voz.

–Esta semana última, antes de hablar contigo, dos días enteros, los he seguido para arriba y para abajo. Beben. Beben mucho. Comen en los sitios más caros. Salen y entran, una vez con una gente y otra vez, con otra. Van y vienen con un coche así, de esos, de lujo. Gastan mucho dinero. Sin control. Mucho dinero. Nunca guardan ninguna medida de seguridad...

Sixto lo mira sin decir nada. Sin hacer un solo gesto.

–¿Más?

–No... Nada más.

–Yo tampoco me fío, Rancho. Hace algún tiempo que no me fío.

Rancho respira hondo. Se relaja.

–Vas a hacer una cosa, Rancho. Vas a preparar, dentro de siete días, exactamente de siete días, otra entrega para los venezolanos. Todo igual. Y le llevas la bolsa, tú, con recortes de periódicos. Y te vienes. Y no te preocupes de más. ¿Me entiendes? Ya te diremos. ¿Comprendes? Tú, esperas, que ya te diremos.

Sixto se levanta como por un resorte. Rancho, lentamente. La determinación pausada de esa mirada azul.

–¿Vale?

–Vale, Sixto. Dentro de siete días.

–Eso es... Salud.

Se dan las manos.

–Salud... Que me alegro de haberte conocido.

–Y yo de haberte conocido a ti.

Un hilo helado de sudor que le cae a Rancho por la espalda, se ha detenido al filo del pantalón.

–¿Y dónde están ahora?

–Me han dicho que en París.

–Se escaparon ¿eh?

–Se escaparon.

–Y ¿vas a ir allí, Rancho?

–Sí. Voy a ir allí.

–Y... ¿los vas a matar?

–Si puedo, sí.

–Y ¿podrás así, sin...?

–Estoy seguro que podré.

–Y ¿vas solo?

–Si necesitara a alguien, ya lo haría conmigo un compañero de allí. Eso me han dicho.

–Y ¿si te acompañara yo, Rancho?

–Tú estás enamorado, Bandolé. Y los que están enamorados no sirven para hacer esas cosas.

–A lo mejor, hasta es verdad, Rancho.

III. ODDÉ. 517

–QUISIERON hablar conmigo inmediatamente. Y nos vimos.

–Y ¿qué dijeron?

–Que los habían llamado urgente de Venezuela. Que los necesitaban allí. Que empezaba todo, ya. Que venían por si podíamos entregarle la última ayuda, de aquí, de Francia.

–Y ¿qué?

–No me fié. Les di las llaves de un apartamento y les pedí tiempo. Y ellos dijeron que veinticuatro horas como máximo. Y yo les dije que sí.

–Y ¿nos llamaste?

–Sí. Hablé de inmediato con vosotros.

–¿Con Sixto?

–...Con vosotros.

–Y ¿qué?

–Me contaron. Me dijeron que venías. Y a lo que venías.

–Sí.

–Hablé con unos compañeros. Están dispuestos. Esperando.

–Lo haré yo solo.

–Cumplen las veinticuatro horas mañana por la mañana.

–Lo haré esta noche.

Rancho ha separado sus pies una cuarta por bajo de la mesa. Y repite.

–Lo haré yo.

–La mejor hora para hacerlo será entre las cinco y las seis de la mañana.

–Sí. A esa hora lo haré.

–Pues entonces, toma. En esta bolsa pequeña está todo. La pistola y un sobre. En el sobre llevas las llaves. La grande es del portal de la casa, la pequeña, la del apartamento. No olvides: es el 133 del primer piso. La calle es la señalada en el mapa de París que llevas ahí. La calle es Lartin. El número, el 3. Todo lo llevas. Pero, sobre todo, no olvides: es el apartamento 133 del primer piso. ¿Todo bien?

–Sí. Todo bien.

–Suerte.

–Sí.

–Mañana por la mañana ¿nos vemos aquí, a la misma hora?

–Sí. A las ocho y media en punto estoy aquí.

–Suerte.

–Salud.

CUANDO Rancho sale del Café, toma, hacia la izquierda, la acera de una gran avenida, la bolsa que le han dado bajo el brazo. Se encuentra extraño con las gafas de sol, la chaqueta azul, los pantalones grises, los zapatos negros lustrosos, la camisa blanca impoluta y una corbata roja que le agarrota el cuello.

Cuando mira las altas ramas de los tilos, el meticuloso cuidado de los escaparates, el aire festivo de algunas muchachas, la estricta simetría de las calles laterales, el sol vibrante sobre las fachadas, se acuerda de Xanxo, con sus manos gruesas al aire, su risa restallante y sus ojos turbios de alegría, diciéndole nervioso: «Rancho, en París siempre eres más joven de lo que eres. Y el cielo es más grande que en ninguna parte del mundo. Y si hace sol, Rancho, si hace sol, los jardines; no olvides, los jardines. Te vas a los jardines y mira sus estatuas».

Rancho ha subido a su habitación, la 517, una buhardilla, pequeña, del Hotel Sud, de techo en pendiente, cama amplia y paredes empapeladas de florecillas grises y amarillas en pequeños ramilletes. Cuando abre la ventana y entra el aire fríísimo de la mañana sabe que enfrente tiene el parque más hermoso que vieron sus ojos.

Y cuando poco más tarde acaricia la primera estatua, de bronce oscuro, alada, alzada sobre un punto entre el aire y la tierra, recuerda nítidamente cómo le quitaba con su propia mano, el sudor helado a la cara de Xanxo: «¿Cómo te vas a morir, Xanxo? ¿Cómo te vas a morir?» Cuando ya Xanxo había muerto. Verdaderamente había muerto.

Sí. Seguro. Era Oddé. La que estaba sentada en aquel banco con aquel tipo, era Oddé. Seguro que era Oddé.

Rancho mira solamente al tipo, cuando se acerca al banco y se quita las gafas.

–Por favor, ¿me podría decir? ¿Hotel Sud?

El tipo, levanta el dedo índice y le señala a poco más de cien metros, al otro lado de la verja del parque. Allá se ve, clarísimamente, con letras grandes: Hotel Sud.

Rancho mira a Oddé. Después, al tipo.

–Gracias

Y se va, derecho, hacia el hotel. Cuando se tumba sobre la cama, repite una y otra vez, mientras se va quedando dormido: «llamará, llamará, llama... rá».

EL timbre del teléfono lo despierta:

–Diga.

–Eres el más listo de España.

–¡Oddé!

–Eres el más listo.

–¿Y qué has dicho tú para que te den mi número de habitación?

–Que un señor muy elegante, de chaqueta azul y corbata roja, español, se había dejado una pequeña cartera en un bar... y que se la traigo.

–Y ¿qué me traes de verdad, Oddé? ¿Qué me traes? ¿Qué me traes y qué quieres que te dé yo?

–Uff.

–¿Podrás colarte y subir? Es la 517.

–Eso está hecho. Dame un minuto.

–Serán cuatro o cinco.

–¿Qué?

–Que subas, Oddé.

–PERO ¿qué haces tú, Rancho, vestido con ese lujo? Casi no te conozco.

–Sabía que iba a encontrarte, Oddé, y me he puesto lo más guapo que he podido para venir a París.

–No. Sin bromas. ¡Casi no te conozco!

–Es que he venido a hacer un trabajo para gente con dinero.

–¡Ay, Rancho!

–Pero ¿cómo te gusto más, Oddé, así como estoy ahora, desnudo, o vestido de señorito?

–Cuando más me gustas, Rancho, es cuando estás dentro de mí.

–¡Ay, Oddé! ¡Ay, Oddé!

Oddé está en el quicio de la puerta entreabierta. Rancho sigue, desnudo, echado sobre la cama.

–Quédate un poco más, Oddé.

–No puedo Rancho, no puedo.

–¿Tu marido es celoso?

–No. No es celoso. Pero yo soy puntual.

Hay un silencio fugaz. Oddé entra su cuerpo en la habitación y entorna la puerta. Habla con un susurro.

–¿Cuándo te vas?

–Mañana.

–¿Tan poco tiempo para hacer un trabajo de gente con dinero?

–Sí. La gente así, hace un negocio en dos minutos.

–Y ¿no puedes quedarte otro día?

–No.

–¿Te han traído en coche?

–No. He venido en tren.

–Y mañana ¿cuándo te vas?

–Temprano. Pronto, Oddé.

–Entonces... ¿Hasta otra?

–Hasta otra.

Oddé se vuelve.

–¿Tendrás que hacer pronto otro negocio de esos?

–A lo mejor, Oddé. A lo mejor tengo que hacerlo.

Levanta la mano como queriendo tocarlo.

–Rancho... Salud.

–Salud.

Oddé cierra la puerta. Muy despacio, Rancho, coge una almohada del suelo de la habitación, donde desordenadamente se amontonan sábanas, colcha, ropa, ceniceros, un vaso de agua. Con la almohada ha cubierto su

cara. Y recuerda a Oddé, preguntándole: «Rancho, ¿te acuerdas cómo llamabas tú a este desorden?». «Le llamabas la batalla de las Termopilas, Oddé».

Ha puesto las dos manos sobre sus ojos, cubiertos ya por la almohada, y ha dicho casi imperceptiblemente:

–Yo sé. Yo sé que nunca volveré.

LA puerta se ha abierto con toda facilidad. E inmediatamente, sin hacer el menor ruido, la ha cerrado. Ha sacado de su bolsillo una pequeñísima linterna. Necesita dar rápidamente con el interruptor. Se encienden las luces. Rutilantes. Lleva la pistola en la mano izquierda. Sube despacio las escaleras hasta el primer piso. Y frente a la puerta del apartamento 133, espera a que las luces se apaguen. Poco más de un minuto.

También se abre con facilidad. Entra. Y deja, tras sí, la puerta del apartamento entornada. Son las cinco y veinte. Todo va bien. Todo va bien.

Se queda quieto, quieto, hasta que sus ojos se vayan acostumbrando a la oscuridad. Y en unos segundos se da cuenta. Toda la habitación está completamente desordenada. Se acerca a la puerta de la única habitación del apartamento que está abierta de par en par. Mira a la cama. Nada. Cierra la cortina y enciende la luz. Han huido. Hace muy poco tiempo, han huido. Sobre la cama,

deshecha, una falda floreada, unos zapatos, una maleta por terminar de hacer y una pistola.

Cuando sale a la calle, enciende un cigarrillo. Sobre el silencio, las primeras luces del día.

RANCHO entra en la cafetería a las 8:30 en punto. En una mesa esquinada está ya ese hombre recio, sonriente y sereno de ayer.

–¿Qué?

–Huyeron.

–¿Qué?

–Que huyeron. Cuando llegué, pasadas las 5, acababan de huir.

–Entonces ¿qué?

–Que ha habido un traidor. Ha habido un parlante. Un hijo puta. Un topo.

–Sí. Ya. Un traidor.

El hombre acerca su boca a la taza de café. No ha perdido la serenidad. Su mirada se pierde en el vacío. Está recorriendo, una a una, las caras de todos aquellos que sabían la operación. Uno a uno. Uno a uno.

–Sí. Sí. Un traidor.

Rancho está también sereno. Ojeroso, pálido, con los ojos turbios del cansancio y la angustia, pero sereno.

–¿Puedo hacer algo?

–No. Mientras antes vuelvas, mejor.

–¿Puedo saber tu nombre?

–Sí. Feliú.

–Feliú, ¿seguro que no puedo servir de nada si me quedo aquí? ¿Ayudar?

–No. De este asunto me encargo yo.

La mirada perdida. Uno a uno. Uno a uno.

–Sí. Me encargo yo... Allí ¿eras tú el que se veía con ellos?

–Sí, siempre. Siempre les llevaba yo el dinero.

–Te conocen bien, entonces ¿no?

–Sí me conocen bien. De memoria.

–Debes volver cuanto antes. Yo llamaré a la gente. Yo avisaré. Pero tú debes volver cuanto antes. Buscar, en seguida, un lugar seguro. ¿Me entiendes?

–Hay un tren que sale a la una. Otro, es el de las ocho de la tarde. Yo creo que te debes ir en el de la una. Lo antes posible. ¿Tienes una «segura»?

–Sí. Sí, Feliú, tengo... Me iré en el primero. A la una.

Feliú toma otro sorbo de café. Lo mira intensamente a los ojos y le habla muy bajo. Casi un murmullo.

–Tendría que darte una cosa importante para que te la llevaras para allá.

–Me la llevo. Y yo te tengo que devolver las llaves y la pistola.

–Dame las llaves y llévate la pistola.

–No. Ya me quedo con una. Los venezolanos la dejaron sobre la cama al huir. Calibre corto pero servirá... si tiene que servir.

–Bien.

Vuelve a hablarle con un hilo de voz. Ahora, está pálido. Muy pálido. ¿Se ha iluminado el rostro del traidor en su cabeza? ¿Ha comprendido? ¿Sabe ya quién es con toda certeza, diáfananamente?

–Te vas a llevar el periódico ese que está sobre la silla. En varias páginas del interior hay pegados algunos

documentos. Está bien hecho. Se puede doblar, abrir, sin problema. Los documentos son importantes. Muy importantes. Se los das en mano.

–¿A Sixto?

Feliú hace una mueca, casi una sonrisa. ¿Un rostro fijo en la mirada?

–Sí. A Sixto.

Rancho se pone de pie y toma el periódico. Lo dobla y lo pone bajo su brazo izquierdo. Le da la mano a Feliú.

–Salud.

–Salud... Yo me encargo de ése. Sí. Ya sabe quién es. Lo tiene ya. –Sé que terminarás cogiéndolo. –Salud.

Con la derecha, Rancho se lleva a la boca el cigarrillo que acaba de encender. Sale del Café y comienza a atravesar la avenida sin volver la cabeza atrás. No quiere ningún recuerdo sobre ninguna imagen.

Un sol radiante. Cierra los ojos. «¿Cómo te vas a morir, Xanxo? ¿Cómo te vas a morir?».

IV. UN TREN HACIA NUNCA

Rancho, primero, ha tomado un café con unos croissants en un bar de los alrededores y luego ha comprado, ya en la estación, unos cuantos periódicos para mezclarlos con el que le dio Feliú, en el que lleva los documentos.

Le ha tranquilizado que en el andén no haya notado ningún movimiento sospechoso –«¿qué tienes tú, Rancho, que los hueles desde tan lejos?»– y que, ya dentro del tren, su departamento lo tenga que compartir sólo con una mujer de mediana edad que parecía aturdida y pacata y con un joven de apariencia frágil y mirar distraído.

Rancho sigue con la misma ropa que el día anterior. No lleva con él ninguna maleta, ni siquiera una pequeña bolsa de viaje; sólo un cepillo de dientes y un peine en el bolsillo interior de la chaqueta.

Dentro de sus calzoncillos ha puesto la pistola. No se nota demasiado, pero le impide doblar las piernas con facilidad. Asienta, separados una cuarta, los dos pies en el suelo del vagón con firmeza, y se tapa su entrepierna y la mitad de su pecho, leyendo, parsimonioso y distante, uno de los periódicos que acaba de comprar en la estación. Cuando se cansa de leer y mira por la ventanilla, deja el periódico sobre su vientre.

Algunas veces ha salido al pasillo. Y con el máximo cuidado ha ido estudiando uno a uno, a los viajeros que ocupan cada uno de los departamentos del vagón. No hay nadie que le inquiete. Sólo en el penúltimo ha visto a un tipo que lleva una especie de guayabera color azul y zapatillas blancas, que le ha mirado a los ojos, fijo; como sólo miran los policías: primero y por un instante, de manera intensa e inmediatamente después, al suelo, de manera distraída y banal.

Puede ser el policía de servicio en el tren. Habrá que estar pendiente de él, fijarse en sus andares, ver si no abandona ni un momento su bolsito de mano, si cuando lo vea otra vez o se cruce con él en el pasillo, ya no lo mira a los ojos. Habrá que estar atento. Muy atento.

Empieza a invadirle un cansancio infinito. La pasión levantada por Oddé, la rabia por la huida de los venezolanos, el odio tenaz hacia un traidor sin rostro, la determinación de matar, la soledad terrible de esa noche se han hecho por

dentro un zumbido en la sangre, una pasta sebosa en el estómago, un aceite áspero en los músculos que se van convirtiendo en una masa gris, en un bulto confuso que poco a poco invaden la razón, se ahondan en la conciencia y le paralizan los ojos.

Rancho quiere recordar, ordenar sentimientos, recomponer lo que ha ocurrido paso a paso, saber qué es esa especie de melancolía que lo inunda y lo adormece.

También quiere soñar. Y sabe que un hombre así, como él, al filo de abandonarse, cerrar los ojos y claudicar, desaparecer, si lo hace ya no sabrá distinguir un recuerdo de una emoción, un sueño de un pensamiento, un sentimiento de una reflexión, la ficción de la realidad.

Recuerdo la primera vez que vi a Oddé. Fue en uno de esos saloncillos, llenos de voces y humo, donde un grupo de compañeros charlábamos previamente al comienzo de una asamblea.

Cuando la vi, ella me estaba mirando pegado su cuerpo a la última pared del salón. Nos quedamos así, mirándonos, no sé cuánto tiempo.

Oddé se adelantó. Seguía con sus ojos fijos en los míos.

—Nosotros nos conocemos ¿no?

Yo le contesté sonriente.

–Sí. Siempre supe que tú eras tú.

Hubo un momento de silencio.

–Entonces, lo que necesitamos es aire.

Después aprendí que Oddé decía siempre la palabra aire por la palabra amor.

CUANDO descuelgo el teléfono oigo la voz de Pedrón.

–Rancho baja al bar. Es por Xanxo.

Cuando llego y lo miro, lo veo lívido, sudoroso, pero tranquilo. Como siempre, tranquilo, despejado.

–Rancho, Xanxo está muy mal. Salió todo al revés. Todo, mal. Muy mal.

–¿Puedo verlo?

–No deberías. Pero grita sin parar que vayas. Que quiere verte. Que tiene que verte.

–¿Tienes coche?

–Sí. Me lo he traído para llevarte. Para que vayas. Pero tienen que ser sólo cinco minutos, Rancho, cinco minutos nada más. Nada más.

–Vámonos, Pedrón.

Como siempre, él primero. A veinte y cinco metros de distancia, yo. Cuando yo llego, él ya está al volante y el coche en marcha.

–Vamos allá, Pedrón.

El coche callejea, buscando las afueras de la ciudad. Tapias. Tendidos eléctricos que van a ninguna parte, desmontes, plazoletas de escombros junto a altos edificios en construcción.

–¿Qué pasó?

–Le entró el tiro por la espalda. Muy de cerca.

–¿Limpio?

–No. La bala ha debido quedarse en el pulmón.

–¿Fueron los grises?

–No. Un puto guardia de éstos, un guarda jurado. Que se ha puesto como si el mundo fuera suyo.

–¿Ha sido un atraco?

–No, era otro asunto.

Han entrado en una carretera con poco tráfico. Pedrón ha aumentado la velocidad. Sigue pálido. Sigue tranquilo.

–¿Dónde lo tenéis?

–En la «segura».

–¿Se muere?

–Sí. Se muere. Sí.

–¿Lo vais a llevar a un hospital?

–No, Rancho. Seguro que se muere. Sabemos que se muere. No lo vamos a llevar.

Cuando entramos, Xanxo está entre sentado y tumbado en un sillón, con las piernas abiertas. Cuando me ha visto, ha intentado sonreír.

Se ahoga. Lleva en la boca como un vaho gris. Y entre los labios, una baba sanguinolenta.

–Me muero... Me muero, Rancho.

–¿Cómo te vas a morir, Xanxo? ¿Cómo te vas a morir?

–Me ahogo... Me muero, Rancho.

Le limpio con mis manos su sudor. Le paso así, la mano por su frente, le arreglo su pelo, le pongo sus cejas en orden.

Xanxo me ha dicho con un hilo de voz

–Rancho... tú eres... el único... que me...¡sálvame, Rancho!

–Lo haré, Xanxo. Lo haré.

Oigo un pequeño movimiento nervioso a mi espalda. Sin mirar atrás, digo que sí con la cabeza.

–Lo haré. Pero entonces me tengo que ir, ya. Deja que me vaya, Xanxo. Si no me voy no podré salvarte. No voy a encontrar nada ni nadie para salvarte.

–Entonces... ¿te vas?, ¿te vas?

–Sí. Me tengo que ir para salvarte. Para salvarte, Xanxo.

–Para salvarme...

Me he vuelto a Pedrón. Y seco, le he dicho:

–Ahora. Ahora, son los cinco minutos justos, Pedrón.

BANDOLÉ me mira a los ojos sonriente y bambolea su cuerpo sobre un pie y otro.

–Rancho, tú eres mi amigo. Mi amigo, de verdad. Y a veces, el hombre no sabe cómo demostrar a otro hombre lo que siente. Pero ya, ahora, sí lo sé, Rancho.

–¿Vas a dejar a la rubia por mí, Bandolé?

–Ya sé cómo, Rancho. Si algún día te cogieran Rancho, si algún día te detienen, seguiré durmiendo en mi casa. En mi cama, en mi casa.

–¿Y si me dan fuerte... y hablo?

–Tú no hablarás, Rancho.

–¿Y si hablo?

–Tú no hablarás, Rancho. Yo sé que no hablarás.

–¿Y si hablo, Bandolé?

–Esa será mi demostración de lo que te..., Rancho. Dormiré en mi cama. Ya lo sabes. Así lo haré. En mi casa y en mi cama. Si te cazan, dormiré en mi cama.

Es como un burladero. La pared de mármol a mi espalda a la que me mantengo pegado con la torpeza de un animal y por delante un tablero no muy ancho pero sí muy fuerte se acerca a mí tanto que no puedo moverme aprisionado horrible entre el mármol y la madera no puedo moverme tampoco para mi derecha o mi izquierda me estoy ahogando recibo el aire angustiosamente ya solamente de arriba de ese espacio azulenco y estrecho que tengo sobre mi cabeza y de pronto aparece arriba no sé qué manos pueden sostenerlo y guiarlo ese paño seco espeso y duro esa loneta color marfil sucio que poco a poco veo que va cubriendo mi cabeza poco a poco asfixiándome, asfixiándome

CUANDO despierta, (el frenazo ha sido seco), ya es tarde. Se incorpora de un salto y ve, por la ventanilla al tipo del chandal azul y las zapatillas de deportes que lo mira fijo, en el andén justo al pie de la escalerilla del vagón con su bolsito en la mano izquierda.

Cuando vuelve su cuerpo para huir, siente el cañón de la pistola en la sien. La mujer que se sentaba a su derecha y que ahora está arrinconada en su asiento, ha comenzado a llorar. El chico, al otro lado, con las manos alzadas, subido sobre el asiento, aterrorizado.

–No te muevas. ¡No te muevas!

Rancho no dice nada. Mira al vacío. La gente se va arremolinando junto al vagón, allá abajo, en el andén.

–¡Regístralo y espósallo! ¡Coge el periódico! ¡Ese, no! ¡Ese, ese!

No toca donde tiene la pistola.

Rancho pregunta.

–¡Señora! ¡Señora! ¿Esto es Francia? ¿Es Francia?

La Señora, con sus ojos fijos en el aire dice que sí con la cabeza. Hay cada vez mas gente en el andén. Hablan unos con otros señalando al vagón. Se hacen pequeños grupos. Se amontonan. En ese momento, junto a la escalerilla del

vagón, frena un coche blanco con las puertas de atrás abiertas. Se baja un tipo que lleva en la mano una pistola. La gente se aleja.

Lo sacan a empujones del departamento. Rancho mira al suelo, callado. Son dos. Muy nerviosos. El primero, lo lleva agarrado por las esposas. El de atrás, lleva su pistola pegada a la nuca de Rancho.

Ha bajado primero el policía. Y cuando Rancho pone su pie izquierdo en el primer escalón y está a la vista de la gente, grita:

–¡Soy español! ¡Preso político! ¡Preso político!

El policía que le apunta a la cabeza, grita más:

–C'est faux ¡Ce n'est pas vrai! ¡C'est faux!

–¡Español! ¡Preso político, político!

–C'est un malfaiteur! ¡C'est une canaille! ¡C'est une canaille!

Enseña una placa de policía mientras van hacia el coche. Nadie se mueve. Nadie dice nada. La gente se aparta y cuando a Rancho lo sientan atrás, los dos policías a un lado y a otro, puede ver cómo el tipo del chandal azul se monta en el vagón, tranquilo, despacio. En ese instante, el tren se

pone en marcha. Rancho cierra los ojos. Tiene que pensar. Ahora, tranquilo, tranquilo, y a pensar.

El coche, ha entrado en la autopista. Nadie habla. Todos miran al frente, al vacío. Rancho sigue con los ojos cerrados. Piensa en la pistola que lleva en su entrepierna. Un amargor le inunda la boca. Tiene que saber lo antes posible si ellos están seguros de haber detenido a Rancho. Rancho sabe que ése es su primer trabajo: saber lo que ellos saben. Y prepararse para sufrir. Prepararse para sufrir.

De pronto, el que parece mandar, que está sentado al lado del que conduce, pregunta:

–¿Cuántos quedan? ¿Sesenta?

Otro de los policías le contesta:

–Yo creo que menos. Estamos ahí ya. Media hora, como mucho.

–Bien. Bien.

De pronto, Rancho, habla.

–¿Ahora ponéis las esposas delante?

Uno de su lado contesta, sin mirarlo.

–Sí. Porque si te las ponemos detrás te duelen más los brazos y vas más molesto. Y como te queremos mucho...

El de delante se vuelve.

–Sí. Sí. Cuando lleguemos, te vas a enterar tú de lo que te queremos, Rancho.

–Yo no soy Rancho.

Hay un silencio. Nadie dice nada. El que va delante se vuelve de nuevo.

–Ah, ¿no eres Rancho?

–No. Yo soy Pedrón.

–Ah, ¿Pedrón?

–Sí. Pedrón.

El tipo gira su cabeza y mira al frente. Y dice muy bajo, lentamente.

–Te vas a acordar, Rancho, te vas a acordar. Tú, te vas a acordar.

V. LA CAYETANA

SABE quien es nada más entrar en aquella habitación. Está de pie, tras una mesa de despacho, con una carpeta en la mano izquierda. Cuando entran, (Rancho todavía esposado y con la pistola en la entrepierna todavía), se dirige a los tres policías que lo llevan, sin echar a Rancho ni siquiera una ojeada.

–Todo salió bien allí ¿no?

–Sí.

Está claro que quiere que Rancho oiga la conversación. –Se portaron bien, entonces ¿no?

–Sí. Todas las facilidades. Sí.

–Y el paso ¿bien?

–Sin problemas.

–Y ¿hasta aquí?

–Nada. Seguido. Sin problemas.

Es extremadamente enteco. Sorprendentemente frágil. Viste de azul claro, un traje estrecho y abotonado. En la solapa, brilla un escudo. En la mano izquierda, en el dedo anular, un inmenso anillo de oro, con una piedra roja. Todavía no ha podido ver sus ojos. Pero ya sabía, Rancho, cómo eran.

Se puso delante. Ahora, lo mira. Sabía que así eran: ojos azules, clarísimos, hundidos en un cuenco infinito y allá al fondo, fósiles, de hielo, las miradas.

–A ver, dadme esa llave, que le vamos a quitar a este hombre las esposas... Eh. Y ¿qué tal ahora, Rancho?

–Yo no soy Rancho.

–Y ¿quién eres tú, entonces?

–Soy Pedrón.

No dejaba de mirarlo.

–Ah, bueno. Pues no hay problema, hombre. Nada. No hay problema.

Da la vuelta a la mesa y se sienta. De nuevo lo mira. –Muy bien, hombre. Muy bien... ¿Tú sabes dónde estás? –Sí.

–¿Dónde? Dime dónde. Pero dímelo como vosotros la llamáis, de verdad.

–Estoy en la Cayetana.

–Eso es: la Cayetana. Y ¿sabes tú quién soy?

–Sí. Chivas.

–Eso es, hombre, eso es. Muy bien.

De la mesa toma un paquetillo de tabaco y un encendedor. Comienza a fumar. Se acerca a Rancho que sigue de pie, las manos acorchadas todavía, los tres policías a su espalda.

–Anda, toma, hombre. Enciende un cigarro.

Rancho no duda. Pone un cigarrillo en su boca y lo enciende.

–Tú no tiembles... ¿Eh?

–Algunas veces.

–Bueno, hombre, bueno. Algunas veces. Eso está bien. Está bien...

Se lo queda mirando fijo. Con la cabeza alzada.

–Mira, verás. Es muy tarde. Muy tarde. Pero vamos a hablar tú y yo, muy pronto. Muy pronto. Vamos a ponernos a trabajar, ¿sabes? A trabajar pronto y bien. Y duro...

Chivas se dirige a los policías. Rancho no se mueve.

–Lo vais a llevar abajo. Lo preparamos todo y lo llamamos, ¿eh?

De pronto, Rancho ha alzado sus dos brazos. Y dice con una voz tranquila y seca, señalando con la cabeza su entrepierna.

–Tengo una pipa en los huevos.

–¿Qué?

–Que tengo una pipa en los huevos.

Uno de los policías lo coge por el cuello de la chaqueta. Siente de inmediato el frío de la pistola sobre la nuca.

–¡No te muevas! ¡No te muevas! ¡Que te mato! ¡Que te mato!

Nervioso, otro le desabrocha la correa. Le baja los pantalones hasta las rodillas y mete la mano en los calzoncillos.

–¡El hijo de su puta madre! ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡El hijo de su puta madre!

Rancho sigue con los brazos alzados. Chivas no se ha movido de su asiento.

–¿Quién lo registró?

–Delfín.

Chivas se levanta, despacio. Y se pone al otro lado de la mesa, junto a Rancho.

–Baja los brazos. Baja los brazos, hombre. Bájalos. La primera, la has ganado. La has ganado. Tú te crees muy bragado y muy listo, se ve, se ve nada más tenerte delante, pero aquí, aquí, no vas a ganar más. Ni una vez más. Acuérdate de lo que te estoy diciendo, acuérdate. Pon todas tus cosas en la mesa. Todas. Eso, el pasaporte, la cartera, el reloj, también. Y la corbata. Y los cordones de los zapatos. Eso es, hombre. Todo. Eso es. Que después te van a registrar...

Vuelve de nuevo a su asiento. Está pálido. La misma luz fría en los ojos azules.

El humo del cigarro sobre el oro del anillo.

–¿Tú sabes por qué hemos hecho la operación en Francia? ¿Tú sabes por qué? Porque así no tenemos problemas de tiempo. Ni setenta y dos horas. Ni la especial. Ni nada. Tenemos todo el tiempo que nos dé la gana. ¿Comprendes?

Todo el tiempo. Tenemos todo el tiempo para ti, Rancho, para ti. Todo el tiempo.

SABES lo que tienes que hacer y en qué orden. Llevaban razón cuando repetían una y otra vez que no te preguntes jamás por la hora que es. Nunca lo sabrás. Ni siquiera si es día o noche. Nunca lo sabrás. Ellos saben que eso angustia, te hace pequeño, vulnerable; por eso no lo intentes nunca.

Tienes que afirmarte. Tienes que reunir fuerza y estar tranquilo. Tranquilo para pensar. Para preguntarte a ti mismo. Para hacerte tú, tu propio interrogatorio.

Como no sabes cuando van a venir por ti, tienes que decidir rápido. ¿Puedes callar? ¿Callar todo? ¿No decir absolutamente nada? ¿Ni nombre, ni nada? ¿Guardar tu vida entera como en un baúl oscuro, y cerrar su puerta y tu boca? Pase lo que pase, hagan lo que hagan contigo ¿podrás callar?, ¿callar todo el tiempo?, ¿esas horas eternas, esos días infinitos?

Si vas a contestar y contestar es mentirles, reconstruye rápido, lo evidente, lo que ya saben. El documento lo tienen. Alguien te lo dio. A alguien tenías que darlo. En algún sitio. A alguna hora. Tienes que contestar a eso. Mentirles con orden. Falsos, pero hay que dar muchos detalles. ¿Cómo se llamaba el que te dio el documento en París? ¿En París? ¿Cómo era el tipo? ¿Dónde te lo dio? ¿Cómo sabías la cita?

Todo eso tiene que tener su respuesta. Ordenada. Con su lógica. Si alguna pregunta te saca de tu lógica, de tu coherencia, o la pone al descubierto, tienes que decir no sé, no recuerdo. No puedes responder a una sola pregunta si la respuesta no la has decidido tú, anteriormente, aquí, en este calabozo, en este sótano de zotal y silencio.

¿A quién se lo tenías que dar? ¿A qué hora? ¿En qué sitio? Prepara. Ordena. Dale a tus mentiras el orden de la verdad.

Y ¿cómo te llamas? ¿Pedrón? ¿Has dicho Pedrón? Esa mentira puede ser tu fuerza. Súbete a esa mentira como si fuera tu sangre. Tus pálpitos. Inúndate de ella. Tus padres ¿cómo se llaman?, ¿dónde naciste?, ¿en qué trabajas?, ¿dónde vives?, ¿cuál es tu responsabilidad en la Organización?, ¿con quién te ves?, ¿a quién conoces?

Rápido, rápido Rancho. A toda velocidad. Tienes que estar tranquilo, pero tu cerebro tiene que ir a toda velocidad. A toda velocidad. Tienes que contestarte esas preguntas. Una y otra vez. Una y otra vez. Y cuando las sepas, las hagas parte de ti como tu sangre o tu estómago, o tus latidos, desórdénalas para ponerlas en orden de nuevo. Así, mil veces. Mil veces.

Cuando esas respuestas sean tú, relájate. Relájate, Rancho. Mira esas paredes, color leche verde, esas rejas grisesplatas mohosas con los rastros de manos puestas ahí años y años, hombres y hombres. Mira el suelo húmedo, casi

encharcado, de losetas pequeñas, marrones, brillantes; ese poyete donde te sientas, húmedo también, y ese ventanuco con esa malla metálica, allá arriba, pequeña, pequeña, tupida y sucia –polvo, araña, tiempo– que no sabes a dónde da, a qué pasillo, a qué patio, a qué otro sótano que tendrá más ventanucos, que darán a qué pasillos, a qué patio, a qué sótanos, a qué silencio...

Relájate. Ya tienes tu cabeza en orden. Tus respuestas preparadas. Ya te las sabes. Ya las has ordenado, desordenado, ordenado de nuevo. Así hasta el infinito. Cada respuesta que es una mentira será una respuesta que lleva una verdad. Relájate. Tranquilízate. Levántate. Intenta andar. Quitarte ese frío. Levántate, Rancho. Levántate.

Y ahora tienes que pensar en lo peor. Todavía tienes que pensar en lo peor. Tienes que saber, Rancho, metértelo también en la cabeza, también como una verdad: si les concedes algo, si les das algo, si les entregas algo de aquella otra verdad que era verdad antes de usurparla con esta nueva verdad que tú has creado, te han vencido. Te han vencido.

¿Has dicho que te llamas Pedrón? ¿Qué tú eres Pedrón? Pues en el momento en que digas tu nombre, tu nombre de aquella otra verdad, que digas Rancho, te vencieron. Detrás de esa palabra vendrán otras, después más, después todas. Que lo sepas, Pedrón.

Relájate. Echa tu cabeza para atrás. Descansa. Pero lo que sabes ahora, lo debes de saber cada minuto, allí, allí, donde te lleven. Que lo sepas Rancho. Quiero que lo sepas.

Lo despierta una voz que viene desde lo alto de una escalera de la que Rancho sólo puede ver, desde su calabozo, los primeros escalones

–Saca al del siete. Tráetelo.

–¿Al del siete?

–Sí. Al del siete. Tráetelo.

Aparecen, casi de inmediato, dos policías de uniforme que abren la reja. Solamente entra uno de ellos. Le pone a Rancho los brazos esposados atrás. Arriba, en el rellano de arriba de la escalera, junto a una pequeña puerta, le espera Delfín, pantalón de franela oscura, camisa de manga larga, sin corbata, con un chaleco azul ajustado sobre el cuerpo. Es ancho. Desproporcionado. Lo mira con un odio antiguo.

Lo coge por el cuello de la camisa. Le humilla la cabeza. Andan así unos treinta metros. Por un pasillo ancho, puertas a un lado y otro. Todas cerradas. El silencio es absoluto. Ante una de ellas se detienen. El policía llama con sus nudillos.

–¿Quién?

–Traigo a Rancho.

–Pase. Que pase.

La habitación es minúscula. Una mesa muy pequeña sobre la que hay un flexo y una enorme máquina de escribir. Folios en blanco a su izquierda. Y dos sillas, cada una a un lado y otro de la mesa.

–Siéntese. Siéntese ahí.

El policía ya está sentado en la silla que está frente a la máquina de escribir. A su espalda la pared, color verde claro, con un zócalo de madera desvencijada. Y repite:

–Siéntese, siéntese.

Pelirrojo, pelado a navaja. Pulcro, corbata amarilla, chaqueta sport color marrón, reloj de oro, anillo de boda en su mano izquierda. Lleva un bigote ridículo en un labio inmenso. En cada movimiento intenta demostrar que es una persona educada y aséptica. Distanciada y profesional.

Comienza a escribir con una velocidad endiablada, aunque teclea sólo con dos dedos. Rancho, intuye que todo irá bien, por ahora. Todavía no lo ha mirado.

–Inspector, me hacen daño las esposas.

–Lo siento. No es de mi incumbencia ni es mi problema. Lo siento.

Rancho piensa que efectivamente todo irá bien.

Cuando termina de escribir, lo mira. Detenidamente.

–Bueno... Nombre de su padre.

–Martín Sesgo Martín

–De su madre.

–Fermina Pedros Roa.

–El suyo.

–Pedro Sesgo Pedros.

–¿Se le conoce algún apodo?

–Me llaman Pedrón.

Ha dejado de escribir de inmediato. Pone sus dos manos grandes, reloj y anillo de oro, sobre la mesa; uñas cuidadas, escrupulosamente limadas.

–En Jefatura saben que usted es Rancho. Tienen todas las pruebas. Todas. Si se empeña en decir que usted es Pedrón, lo va a pasar mal.

–Soy Pedrón, inspector.

–Si intenta engañar a los de la Brigada como si fueran tontos, lo va a pasar mal. Y al final va a decir lo que tenga que decir ¿comprende? Ha pasado por aquí mucha gente ya... y yo sé lo que le digo ¿comprende? Soy Comisario y sé lo que le digo.

–Tiene que haber una confusión. Yo soy Pedrón, Comisario.

–Bueno. Bien. Yo voy a hacerle la pregunta dos veces más. Usted me dice lo que quiera decirme, yo lo pongo aquí y se acabó, ¿comprende?

–Sí, Comisario.

–Usted ¿no es Rancho?

–No. Soy Pedrón. Me llaman Pedrón.

–Le pregunto la tercera vez: ¿usted es Rancho?

–Soy Pedrón, Comisario. De verdad, que soy Pedrón. Un silencio, largo. Sigue tecleando rapidísimo.

–Bueno. Bien. Yo le he avisado. Usted verá. Usted verá.

Mirando a la puerta que queda a mi espalda, grita:

–¡Terminé!

Entra Delfín.

–¿Ya?

–Ya. Ya terminé.

Salen de la habitación.

Delfín lo coge de nuevo por el cuello de la camisa y le hace bajar la cabeza bruscamente.

–¿Qué? ¿Sigues llamándote Pedrón? ¡La que te vamos a dar, cabrón! Lo vas a ver, hijo de tu puta madre. ¡Lo vas a ver!

El pasillo está solitario. Le obliga a pararse. Le baja aún más la cabeza. Acerca la suya al oído de Rancho.

–¿Eres Pedrón? ¿Pedrón todavía?

El silencio es total. Le vuelve a gritar.

–Hijo de puta. Hijo de la grandísima puta.

Le ha tirado repentinamente y con todas sus fuerzas de las esposas para arriba. Rancho ha caído de bruces, en mitad del pasillo. Rancho no dice nada. Delfín le pateo el vientre, dos, tres, cuatro veces.

–Tú me respetas a mí. Tú me respetas a mí, cabrón, hijo puta.

Cuando lo levanta, Rancho se pone derecho, separa sus pies una cuarta sobre el suelo y escupe en mitad del pasillo. El silencio vuelve a ser total.

CUANDO se ha despertado, helado de frío, sobre el poyete, le duele mucho el vientre y siente una punzada fuerte en la espalda a la altura de los riñones. Y cuando ha ido a los retretes, acompañado de uno de los policías de uniforme y ha podido lavarse frente al espejo carcomido, se ha visto cerca de la boca un arañazo profundo de color sangre.

Mientras se lavaba, con agua helada, le ha preguntado el policía de uniforme que se mantenía a dos o tres metros de distancia:

–¿Aquí no tiene usted a nadie?

–¿Dónde?

–Aquí, en la ciudad. Que le traiga algo. Algo de ropa y de comida. Y para lavarse. Lo trae la gente. Los familiares.

–No. No tengo a nadie.

–Yo veré si hay algo por ahí. A algunos le han dado de todo. Y se van y ni acordarse.

Rancho no dice nada. Sólo lo ha mirado a los ojos, un instante.

–¿Y quiere usted una manta?

–Sí. Claro que sí.

–Yo se la llevo ahora. Ahí hay, para el servicio. Se la llevo. Le llevo una.

–¿Y un cigarro?

–No. Eso no puedo dárselo.

–¿Ni medio? Un poco. Un momentillo. Aquí mismo. Unas caladas.

–No. Eso no, no puedo hacerlo.

Rancho se está secando con una toalla de papel.

–Y ¿me puede decir cuánto tiempo llevo aquí? ¿cuánto tiempo?

–No... Use usted otra. Otra toalla.

–¿Dos? ¿Llevo dos? Entonces ¿llevo dos?

–Es usted muy listo. Muy listo. ¡Venga, vamos! Que tengo que llevarlo al calabozo ya.

CUANDO entra con las manos esposadas atrás, se encuentra a Chivas sentado a la mesa, recién peinado y con otra camisa. Debe ser primera hora de la mañana. Al otro

lado de la mesa está preparada una silla para Rancho. Y en semicírculo, llenando prácticamente la habitación, cinco sillas distribuidas en dos hileras y todas ocupadas por policías. Cuando lo sientan, hasta allí le llega nítido el olor de la colonia de Sansón. Tan nítida. Recién echada. Seguro que es de día. Siente un odio clavado en la espalda. No ha visto a Delfín, pero seguro que está ahí.

Chivas está leyendo unos papeles. Cuando lo han sentado frente a él, no ha levantado la vista. Sin embargo ha dicho, moviendo los papeles con su mano derecha.

–Tu primera declaración.

Rancho dice inmediatamente:

–Delfín me ha pegado una paliza, en un pasillo de aquí. Una paliza. Me ha pateado en el suelo.

Nadie dice nada. Chivas pasa una hoja y sigue leyendo.

–Ha sido aquí, ahí, en un pasillo. Una paliza.

Alguien se ha levantado detrás de Rancho. Oye unos pasos y ve a un policía, grandullón, gordo, calvo, muy joven, que abre una de las puertas de un gran armario que hay a la izquierda de Rancho, y saca de un cajón, mirándola y sonriendo, una mano de hierro.

Al instante, desaparece de su vista. Rancho oye sus pasos y cómo se mueve su silla al sentarse, allá detrás.

Chivas ha dejado lentamente los papeles sobre la mesa.
–En tu pasaporte dice que te llamas Manuel Rodríguez Santaolalla.

–Es falso.

–Ah, falso. El pasaporte es falso. Bien. Y ¿cómo se llama tu padre?

–Martín Sesgo Martín.

–¿Y tu madre?

–Fermina Pedros Roa.

–¿Y tú?

–Pedro Sesgo Pedros.

–¿Alias?

–Alias Pedrón.

–Muy bien, hombre. Muy bien. Alias Pedrón. Alias Pedrón. Y ¿quién te dio los documentos que llevabas en el periódico?

–Truffo. Un tal Truffo.

–Y ¿dónde?

–En París.

–¿En qué calle?

–En la recepción del hotel Edén.

–Ah. El hotel Edén. Muy bien. Muy bien. Y ¿cuál es tu trabajo en la Organización?

–Hago de correos.

–Traes y llevas documentos ¿no?

–Sí. Esas cosas.

–Y ¿dónde naciste tú?

–En Orán.

–Ah, en Orán.

–Sí. En Orán. En Argelia.

–¿Y tus padres?

–Mis padres fueron allí cuando la guerra.

–Y ¿viven allí todavía?

–Ya han muerto los dos.

–Ah, ya han muerto. Y ¿tú viniste solo desde Oran? ¿Tú solo?

–Sí. En barco. A Alicante.

–¿Con el pasaporte falso?

–Sí. Con el pasaporte falso.

–¿Te lo hicieron allí?

–Sí. Me lo hicieron allí.

–Y ¿a quién le tenías que dar esos documentos que llevabas?

–No sé. Yo tenía que quedarme en el andén, con el periódico debajo del brazo hasta que se fuera todo el mundo, y se quedara completamente solitario. Y vendría un muchacho, me diría París y yo tenía que darle el periódico.

–Ah, París. La contraseña. Muy bien. Muy bien. Y ¿cómo te avisan a ti que tienes que recoger un documento aquí y allá?

–Me llaman por teléfono.

–Ah. Por teléfono. Y ¿qué te dicen?

–Sólo me dicen: Hay que ir, y el nombre de la ciudad. Y cuando llego, hago lo mismo en el andén. Alguien llega y me da un papel con el nombre del hotel al que tengo que ir...

–Y ¿tu padre qué era?

–Fontanero. Electricista. Esas cosas.

–Y ¿tú?

–Soy fontanero. Hago chapuzas. Aquí. Allá.

–Ah, chapuzas. Y ¿tú conoces a Rancho?

–No.

–Y ¿has oído hablar de él?

–No.

–Y tú ¿dónde vives?

–En pensiones. Voy de una a otra.

–Y la última ¿cómo se llamaba?

–Asturias o algo así.

–Ah. Algo así... Muy bien. Muy bien....Y ¿tú te crees que somos niños? ¿Que somos tontos? Y ¿tú te crees que eres un lince, una lumbrera? Y ¿tú te crees que nos vamos a tragar todas esas tonterías que te acabas de inventar ahí abajo, en el calabozo, creyéndote Salomón? Y tú ¿qué te crees?, gilipollas. ¿Qué te crees?, maricón, cabrón, hijo de tu puta madre. ¿Qué te crees tú? ¿Tú sabes lo que ha pasado

por aquí, por esta Brigada? ¿La gente que han pasado?, cagón, tonto, gilipollas. Tú, te vas a enterar. Te avisé y te vas a enterar. Vamos, Sansón y Delfín. Llevaos al gilipollas éste a la piscina para que se refresque y se espabile.

Los ojos de odio se acercaron de inmediato hacia su espalda. La colonia pastosa y chillante de Sansón, también. Y a empujones lo sacan del aquel despacho.

Todavía, Chivas, ajustándose la corbata, seguía diciendo:

–El maricón, gilipollas, hijo de...

VI. TEMBLAR DE FRÍO

CUANDO llegan a un pasillo largo, con puertas blancas, grandes, a un lado y otro, todas cerradas, le vendan los ojos con un pañuelo. A los veinte o treinta metros, abren una puerta, a la derecha, y bajan una escalera metálica ancha –caben los tres– hacia una zona fría y amplia. Cuando pisan el suelo y andan unos metros, le quitan la venda.

Rancho ve una nave muy grande, abovedada, que recibe una luz tenue de unos ventanales situados a la izquierda, con un portón inmenso allá al final. Los ventanales son también abovedados, con cristales y telas metálicas sucios y rotos que deben dar a un patio, silencioso, con algunas llantas grandes, de camión, que se medio ven y medio adivinan tras las ventanas. Se siente el olor, todavía claro, nítido, de lo que fue, sin duda, una antigua caballeriza.

Hace un frío glacial. Duelen los huesos. Rancho comienza a temblar. Debajo de cada ventana hay una pileta. De mármol. De bordes altos. Sobre cada una de ellas un grifo inmenso, tosco, con un cierre de manivela, grande también, verdoso, mohoso ya.

A lo largo de la pared, y entre pileta y pileta, grandes argollas de hierro.

Sansón y Delfín no dicen nada. No hablan.

Sansón saca su pistola de una sobaquera de cuero reluciente. Y le manda a Delfín:

–Ponlo en la argolla. ¡Vamos ya!

Delfín se acerca a Rancho. Le suelta sólo la mano derecha de las esposas. Y se pone detrás, a la espalda.

–Quítate la chaqueta. Y la camisa ésa, guarra, que llevas, mamón.

Rancho se las quita, lento, temblando de frío. Mira a los ventanales. Delfín lo acerca a la argolla y lo esposa allí, con el grillete que le había dejado libre.

–Quítate los pantalones, mamón. Y los zapatos. Y déjate, déjate, los calzoncillos cagados, esos, que llevabas con la pipa dentro, cabrón.

Sansón empieza a descalzarse, se quita los calcetines y se remanga el pantalón hasta media pierna. Después se acerca al pomo de la escalera y allí cuelga, cuidadosamente, su chaqueta y su corbata. También se remanga su camisa hasta más allá de los codos. Deja el reloj, cuidadoso, sobre el penúltimo escalón. Delfín hace ahora lo mismo. Despacio, sonriente. Sabe que Rancho lo está mirando.

Se acerca a la pileta. Un sumidero inmenso, negro, en una de las esquinas. Lo cubre un tapón grande, de corcho, rodeado con una sarga color marrón. Delfín abre el grifo. La pileta empieza a llenarse. Se pasa la pistola a la mano derecha. Sansón ha metido la suya en la sobaquera. Rancho mira, pálido, temblando, el caño inmenso de agua que sale del grifo.

TODO el mundo es tus pulmones. Son tus pulmones. Eso piensa Rancho, cuando se ahoga, su cabeza metida bajo el agua, metida hasta el fondo de la pileta por el brazo fuerte, firme, de Delfín. Se ahoga. La vida tiene un límite. El palpitar, tiene el suyo. El pensamiento y la imaginación. Y los trazos limpios de las piernas. Todos, todos esos límites, los pasaste ya, se fueron más allá, en el ahogo último, en la negrura nítida de lo que no ves, en la explosión sorda que sientes dentro de ti, en la imagen gris que está dentro del agua, moviéndose, moviéndose, con estrellas de fuego contra tus ojos.

Y de pronto, sales. Te sacan. Estás un tiempo largo, inmenso, con una esponja de grasa y agua metida en tu boca, no puedes, no puedes, el aire se fue, los pulmones se cerraron, no tienes nariz, conducto alguno por donde te entre la vida, el aire.

Un morado intenso todo lo que miras. El tiempo es curvo. Las paredes son espadas.

Otra vez. Ahora, quiere Rancho, ahogarse. Morir. Desaparecer en esa neblina de plomo, movediza. Abre la boca. La boca abierta para que entre todo: agua, estrellas, gris, fuego, el fuego.

Lo sacan. Otra vez la esponja, el hilo de vida, la serpiente reptando por tu vista.

Está Rancho tumbado en el suelo. Lívido. Y, de pronto, un caño de agua y sangre, como de barro y espuma, le sale de la boca. Respira hondo, hondo. Todo el mundo es tus pulmones. Son tus pulmones.

RANCHO se ha levantado. Tose y respira. Tose y respira.

Delfín, se acerca. Lo coge por los pelos y lo pone contra su propia cara, su cara.

–¿Cómo te llamas?, mamón. ¿Quién eres?

Tose y respira. Tose y respira. Separa sus pies.

–Pedrón. Pedrón.

CUANDO se despierta, tumbado en el poyete, con una cortina de sombra todavía en los ojos, sabe que tiene que levantarse. Levantarse y respirar. Andar. Respirar. Que llegue el aire hasta el fondo de su cuerpo, de su vientre. Hondo. Hondo. El aire hasta las piernas, más allá, más allá. La pomada del aire, por dentro de todas las heridas.

Rancho ve las tres toallas de papel, las mantas, un bocadillo, una camisa, allá al fondo del poyete. Y comprende. Hace tres días, tres días que lleva allí. Y también comprende, que siempre hay, quizás siempre hay allá al fondo del corazón de todos, quizás de todos, un palpito de calor y de respeto humano que hay que salvar, salvar, por encima de todo.

Lo despierta un ruido, seco, metálico, constante. Es a su espalda, en la reja del calabozo. Se incorpora y mira. Y ve a Delfín, sonriente, pegándole a uno de los barrotes con sus llaves.

–Rancho, ¿cómo te llamas?

–Pedrón.

–Sacadlo de ahí. Venga. ¡Rápido!

Son otros los policías uniformados que lo sacan del calabozo, esposado, las manos atrás, –atrás, atrás, ha dicho

Delfín—. Rancho lleva la boca agria, la cabeza embotada, el frío y la humedad metidos en los huesos. Le duele el pecho cada vez que respira y siente una punzada tremenda dentro de él cuando respira hondo. Y no ve bien. Debe tener una infección en los ojos. Pero anda todo lo derecho que le deja Delfín y no se queja.

Le venda los ojos cuando llega al inicio del pasillo que sigue desierto y levemente iluminado por unos tubos de neón.

Rancho, echa a andar inmediatamente. Delfín lo coge por las esposas, le tira para atrás con todas sus fuerzas.

—Tenemos que esperar a Sansón. Quieto ahí, que tenemos que esperarlo.

Los dos, quietos, en aquel pasillo. Cuando ha pasado un momento, sólo un momento, Rancho empieza a distinguir sonidos que no sabe por qué, le reconfortan, le dan fuerzas: una puerta lejanísima que se cierra, una voz fuerte, allá al fondo, hacia la izquierda, una risa femenina casi a los pies de Rancho.

Delfín se incomoda, se impacienta. El ligerísimo temblor de sus manos que presiona sobre las esposas, la aglomeración de saliva en su boca que le hace tragar, tragar.

—Hala. Vamos. Venga.

Se oye la voz de Sansón. No se ha oído el menor ruido a nuestro alrededor. Y ha debido evaporarse ya el olor de la colonia sobre su cuerpo.

OTRA vez la humedad glacial. Otra vez, la está viendo, la pileta. La argolla. Otra vez los movimientos de Sansón y de Delfín, recordados tanto, tantas veces en el calabozo, que los puede recomponer gesto a gesto. Otra vez el ruido del caño inmenso de agua helada sobre la pileta.

Esta vez, es ahora, llena ya la pileta, cuando le quitan el pañuelo de la cara: y ahora sí, le es posible verlo todo, todo igual, que lo veía cuando le era imposible verlo.

Y es en ese momento cuando oye:

–Ya sabes cómo tienes que hacerlo, Rancho. Desnúdate.

VAN cuatro policías en el coche. Sansón, Delfín, el policía gordo y calvo de la mano de hierro y el que conduce, asténico, pelirrojo, que Rancho, esposado y tumbado en el suelo de la parte trasera del coche, no había visto nunca.

Ninguno le ha dicho una sola palabra desde que lo sacaron del calabozo, pasó a una sala desconocida para él hasta entonces, y desde ella a un patio –aire con un cielo encima–, donde estaba el coche con el tipo pelirrojo al volante.

Le han tumbado en el suelo del coche sin violencia alguna. Incluso suavemente, cogiéndolo por las esposas que le han

puesto por delante. Desde allí ha visto como han pasado por una pequeña bóveda, adoquinado el suelo, y han accedido a un patio más grande, adoquinado también, con un cielo negro intenso, miles de estrellas allá en el trozo de noche que puede ver.

Es noche cerrada, madrugada sin luna. Rancho está a los pies de Sansón y del gordo, manodehierro. Van pasando muy rápido por calles (casas de ventanas y balcones apagados) y avenidas (trenzados de cables y farolas encendidas), hasta que llegan a carreteras, primero estrechas y de mal firme (tilos, ahora, contra la noche y la luz difusa que el mismo coche produce) y, más tarde (plátanos orientales más lejanos), entramos, por fin, a una carretera ancha, de asfaltado regular, de tráfico más frecuente (la noche en su hermosura inmensa, la plenitud del cielo).

El coche se ha desviado a la derecha, por un camino, primero asfaltado y casi inmediatamente después convertido en un carril (pinos de copas altas, esbeltas, movientes contra un viento que se adivina).

El gordo manodehierro saca un paquete de cigarrillos. El pelirrojo y Delfín no quieren. Toma uno, Sansón. Otro, manodehierro. Y lo mira. Mira a Rancho. Y le pone un cigarrillo en la boca y se lo enciende.

Se oye la voz de Delfín.

–¿Qué haces?

–Que le he dado un cigarro. Que a todo el mundo se le da un cigarro, joder.

–Hala. Venga. Vamos.

Al abrirse la puerta del coche sobre la que ha tenido apoyada su cabeza, Rancho recibe de golpe el frescor intenso de la noche, el aire limpio que rodea al mundo, el quebror que anda siempre por el campo.

Delfín lo coge por los sobacos y lo saca violentamente. Rancho tiene en sus labios, todavía, una punta encendida del cigarrillo. Se sienta, chupa intensamente y escupe. Humo, ceniza, candela, cansancio infinito.

–Venga. Vamos, deprisa, rápido. Vamos a acabar esto de una vez. De una puta vez.

Delfín ha sacado su pistola. Está ansioso, nervioso, bamboleante. Le dice:

–Échate ahí. Échate ahí, joder. Bocabajo. He dicho, bocabajo.

Monta la pistola. Se ha oído un chasquido metálico en el silencio de la noche y del monte.

–Tiéndete ahí. Ahí. Boca abajo.

Rancho ha pegado su cara contra la tierra. La boca aspira hierba. Está respirando hondo. Ha abierto y cerrado sus manos que están esposadas y cubiertas por su cuerpo. Nota las briznas de hierba entre sus dedos. Su frescor a lo largo del cuerpo. Ha cerrado los ojos.

–Tranquilo, Delfín. Tranquilo. Apaga los faros antes. Coge la linterna. Haz tu trabajo tranquilo.

Todo oscuro. Después, el haz de luz de la linterna sobre su cabeza. Y otra vez la misma voz.

–Espera. Espera, Delfín. Lo voy a hacer yo. Lo voy a hacer yo, joder.

Ve los zapatos de Sansón. Oye como monta la pistola. El frescor del cuerpo. El olor verde. Cierra los ojos y los hunde dentro de sí hasta perderlos.

–No. Que no. Que no, joder. Que lo hago yo. Que lo mato yo. Quítate de ahí.

Rancho siente el cañón de la pistola en su nuca.

Los zapatos de Sansón otra vez.

Lo coge por el cuello de la camisa. Rancho mira a la tierra, verde intenso, con el haz de luz de la linterna.

–¿Eres Rancho? Tú ¿eres Rancho?

Allá, lejanísimo se ha oído el ladrar de un perro. Rancho, jadea.

–¿Eres Rancho?

Se oye otra voz.

–Venga. Terminad ya con esto. Terminad ya.

–¿Eres Rancho? ¿Eres Rancho?

Otra vez la pistola sobre la nuca.

Y se oye un sonido, seco, metálico. Por dos veces. Tres.

La voz de Sansón.

–¿Lo ves? ¿Lo ves como vamos a matarte si no hablas? ¿Lo ves? ¿Tú lo estás viendo? La próxima, metemos el cargador y te abrimos la cabeza. Te la abrimos. Dilo, ya de una vez, dilo ya, joder.

–Me lo cargo yo. A ése me lo cargo. Quítate. Quítate. Que me...

De pronto, se oye la voz de Rancho.

–Delfín, tú no tienes huevos de meter el cargador. Para eso, hay que tener huevos y tú no los tienes. Mételo. Mételo. Anda, mételo.

–¿Tú no ves que te está provocando? Delfín, ¿tú no lo ves? Quieto. ¡Quieto! ¡Que te lo ordeno yo! ¡Que te lo ordeno yo! ¿Es que no lo ves?

Y la voz de Rancho otra vez.

–Carga, carga la pistola de verdad, de verdad, maricón. Métele el cargador, cabrón, maricón, cagón. Dispara. Dispara, si tienes huevos. Dispara, maricón, dispara.

CHIVAS está sentado detrás de la mesa, mirándolo, sonriente, con su corbata amarilla.

–Estás mojado. Antes, por dentro. Y ahora, te veo mojado por fuera, ¿no? Anda, siéntate. Siéntate.

Rancho permanece de pie, mirando a una esquina de la habitación.

–Ah, ¿qué no te quieres sentar? Pues muy bien, hombre. Pues muy bien. Te quedas de pies. Te quedas de pies.

Chivas se ha levantado. Ha empezado a andar por la habitación, las manos atrás, pausado, despacio.

Ahora se acerca a Rancho y se sienta en el filo de la mesa, casi tocándolo. Saca un paquete de cigarrillos. Y un encendedor.

–Quitadle las esposas, que vamos a hablar éste y yo tranquilamente, tranquilamente. Toma un cigarro, hombre. Toma un cigarro. Y el encendedor, anda, que vamos a charlar tú y yo. Esta vez, tiemblas, Rancho. Te tiemblan las manos.

–Frío.

–Ah, de frío ¿no? Bueno, hombre, pues nada.

Rancho se ahoga. Se marea.

–Mira, tú, tenemos todo el tiempo del mundo. Todo el tiempo. El que queramos. Y esto no ha hecho más que empezar. ¿Entiendes? No ha hecho más que empezar. No nos obligues a cosas peores. No nos obligues. ¿Comprendes? ¿Comprendes, tú, Rancho? ¿Eh,?

Chivas lo mira, buscándole los ojos. Rancho, ahora mira al suelo. No dice nada. Esta vez, no dice nada.

HA doblado su manta, despacio, y la ha puesto en el poyete para que le sirva de colchón. Y se ha tumbado, con dolor, asfixiándose, sobre ella. Ha cogido la otra manta, preparada con todo cuidado previamente en el suelo del calabozo, para taparse. Ha estirado todo su cuerpo. Y se ha cubierto completo, de la cabeza a los pies. Quiere descansar, dormir, desaparecer, devorar el tiempo, morir. Cualquier cosa, todo, menos oír ese gemido del calabozo de al lado,

que no para desde hace más de una hora, de repetir una y otra vez.

–No veo... No veo.

Llorando, gimoteando.

–No veo... No veo.

Rancho ha comenzado a llorar. Ni un ruido, ni un sollozo. Sólo lágrimas. Debajo de esa manta que le cubre, sólo lágrimas. Rodando por su cara, abriendo sitio y surco para otras, tocando las orejas, resbalando hacia los labios, rozando la nariz, palpeando las mandíbulas, demorándose en los pómulos.

Sólo llora. Lloro sin límite.

Aquel que pudiera acercarse, sin hacer ruido alguno, a su cabeza tapada por la manta, oiría, allá debajo, una voz muy débil:

–Oddé. Oddé te quiero, te quiero. Oddé. Oddé, vente aquí, con tu traje morado de florecillas blancas, tu pelo atado atrás, la sonrisa en tu boca, aquel collar de cuentas granates. Vente aquí. Cúbreme. Bésame. Acaríciame. Quítame estas lágrimas de la cara, y dime al oído: Rancho, tú puedes. Rancho, nadie podría... Pero tú, amor mío, amor mío de mi vida, tú, podrás.

CUANDO llegan a por él, está sentado en el poyete mirándose las manos. Rancho se levanta y se pone ante la reja a la distancia exacta. Cuando uno de los policías uniformados –no está ése que buscan sus ojos– la ha abierto, Rancho se vuelve y pone sus manos atrás. Lo esposan. No se pronuncia una sola palabra.

Al llegar arriba, a lo alto de la escalera, Delfín. Rancho, mira a la altura de los ojos del policía, pero a la izquierda o a la derecha de ellos. Nunca de frente.

Delfín tampoco dice nada. Rancho, cerrada la puerta que da al pasillo, se vuelve: le venda los ojos. Al poco, la colonia espesa, chillona.

–Hala. Venga. Vamos allá. Vamos allá.

Un tecleo lejanísimo. Unas risas más cercanas. Un portazo, arriba.

–Venga. Hala. Tú, Delfín, venga.

La puerta que abren. La escalera hacia la humedad y hacia el escalofrío. Ahora han abierto el agua. Esta vez, han empezado llenando la pileta. Llenando la pileta. El dolor inmenso en el costado. El pitido seco, bronco, constante, en el fondo de los pulmones. Le sueltan el grillete de la mano izquierda, lo esposan a la argolla.

Y de pronto se oye la voz de Rancho, en el silencio de aquella bóveda. Habla muy bajo, los pies en el suelo, separados una cuarta.

yo...

–¿Qué?

Ha sido la voz de Sansón.

yo...

–¿Cómo?

–Que soy yo.

–¿Rancho?

–Sí. Rancho.

–¡Joder! ¿Rancho?

–Sí. Rancho.

Hay un silencio total. Sólo el ruido de la pileta rebosando y el caño del agua cayendo sin parar.

–Tú, Delfín. Déjalo así. Ahí, ¿eh? Déjalo así. Que yo voy a hablar con... Jefatura. ¿Entiendes? Ahora mismo.

Ya sobre la escalera, la voz de Sansón otra vez.

–Tú, Delfín. Quítale la venda, joder.

La puerta arriba, cerrándose de golpe. El caño de agua, también. Ahora no sabe, Rancho, qué hace Delfín. Dónde está.

Al fin, se oye su voz. Está muy cerca. Casi se tocan.

–Te vas a librar. Te vas a librar, mamón. Al final, te vas a librar.

Le quita la venda. Delfín no tiene rostro. Tiene sólo boca. Dientes montados. Lengua tronca. Labios babosos. Sólo boca.

–Te vas a librar, mamón. Al final, te vas a librar, cagón, hijo puta.

Rancho mira a su izquierda, a la esquina última de la bóveda. Arriba, se abre la puerta y aparece Sansón.

Se oye la voz de Rancho, firme. Mira a Delfín. A la boca.

–Tú sí que eres un cagón. No tuviste huevos de cargar la pistola. Cagón. Mamón de puta.

–¡Delfín! ¡Quieto! ¡Vete, Delfín! Vete. Vete de aquí. Yo lo llevo a Jefatura. Vete tú para allá. Que te vayas, joder. ¡Que no lo oigas! ¡Que no lo mires, joder!

Delfín está subiendo la escalera. Sansón está esposando a Rancho por delante de su vientre, buscando, con ansiedad, en sus ojos nadie sabe qué. Rancho mira a Delfín por encima del hombro de Sansón.

–Cagón. Que no tuviste huevos. Cagón de mierda.

Sansón coge las esposas con todas sus fuerzas y las mantiene a la altura del vientre de Rancho, estirándole los brazos hacia abajo. Lo agarra por el cuello violentamente.

–Tú lo que quieres es liarla. Provocarlo para liarla. Que te pegue. Que se líe contigo. Eso es lo que quieres. Que te mate.

Le está hablando al oído. Ese olor a colonia contra las sienes. Las esposas cogidas con fuerza.

–Yo sé lo que tú quieres. Lo que tú quieres es que te abra la cabeza, que te mate, desaparecer. Pero eso no va a pasar. Tú vas a hablar. Vamos a ir tranquilitos a Jefatura. Y allí vas a hablar. Vas a decir lo que tengas que decir. ¿Me entiendes? Tú, ¿me entiendes? Tú y yo, solitos, tranquilos, para arriba. Delfín no te va a tocar. Por mis muertos, que no te va a tocar. ¿Comprendes? Venga. Hala. ¡Vamos allá!

CHIVAS está serio, fumando, su cuerpo echado hacia atrás, en la silla.

–Siéntate, hombre. Siéntate.

Chivas se pone derecho. Lo mira a los ojos. Apoya su cuerpo sobre la mesa. Atrás, Rancho, oye unas cuantas sillas, moviéndose tímidamente. Tres. Son tres los que se están sentando a sus espaldas. Chivas está nervioso, tenso.

–¿Cómo se llama tu padre?

–Santiago Rodríguez Cinto.

Chivas señala hacia uno de los que está detrás de Rancho.

–Tú, Larín. Ponte ahí. A la máquina.

Rancho no puede verlo. Sólo oír el tecleo, inmediato.

–¿Tu madre?

–Armonía Santaolalla Sánchez.

–Tú te llamas Manuel ¿no?

–Sí. Manuel Rodríguez Santaolalla.

–Muy bien. Muy bien. ¿Con quién trabajabas tú, Rancho?

–Con dos más. Sólo con dos más.

–¿Con dos nada más?

–Sí. Con dos.

–El jefe, tú, ¿no?

–Sí. El jefe, yo.

–¿Cuántos atracos, Rancho?

–Seis. Seis atracos.

–¿Siempre los mismos, siempre?

–Sí. Siempre somos los mismos.

–Y ¿cómo se llaman?

–Uno, Cetme.

–¿Cetme?

–Sí. El Cetme. Y el otro, Bandolé.

–¿Y dónde viven? A ver, ¿dónde viven?

EL agua, caliente, cayendo de la ducha, el jabón sobre la piel son sol y pomada para un cuerpo yerto y unas heridas que ya nunca cerrarán del todo.

El policía uniformado, el que buscaba Rancho con la mirada, está apoyado en los azulejos, fumando, al lado del quicio –sin puerta– del cuarto de las duchas. Le ha traído a Rancho, con la frialdad que ha sido cada día la expresión de su respeto, otra camisa y unos calcetines.

–Es sólo lo que he podido encontrar por ahí.

Rancho ha cerrado la ducha. Le dice el policía:

–Ya firmó ¿no?

La voz de Rancho se ha quebrado.

–Sí. Ya firmé.

–Pues dese prisa que lo tengo que llevar a Laboratorios.

–¿A laboratorios?

–Sí. A fotografías. Y las huellas y eso... Ha estado usted durmiendo todo un día.

–¿Todo un día?

Hablan sin verse.

–¿Cuántas?

–¿Cómo cuántas?

–Que cuántas toallas tendré que usar para secarme.

–Tendrá que usar, por lo menos, por lo menos... seis.

–¿Seis?

–Sí. seis.

VA esposado, los brazos delante, y al lado el policía uniformado que buscó ansioso desde la oscuridad del

calabozo. Suben la escalerilla. Esta vez se dirigen a la izquierda. Al fondo, abren una puerta y descienden por una escalera amplia, dos pisos, hacia un ruido confuso de oficinas abiertas, gente de un lado para otro, llamadas telefónicas, personas dispersas; incluso mostradores que atienden a un público heterogéneo. Gente. ¡Gente de la calle!

Llegan a otra escalera. Allá abajo se lee con toda claridad, sobre una puerta blanca: Laboratorios. Cuando se acercan, Rancho se detiene un momento.

–¿Le puedo preguntar cómo se llama?

–Benigno.

–¿Benigno? ¿De verdad?

–De verdad.

Sonríen. Al llegar a la puerta, Rancho lo mira a los ojos.

–A lo mejor nos vemos algún día por ahí.

–A lo mejor.

–Me gustaría.

–A mí también.

Benigno golpea con sus nudillos.

–¿Da su permiso?

–Entre. Entre.

Benigno ha puesto su mano sobre el hombro de Rancho y han entrado los dos.

LE ha pedido, ¡le ha pedido, por favor!, que se siente en una silla inmensa, de madera maciza y de respaldo alto. Frente a él una máquina, también inmensa, de fotografía.

Un fogonazo. Flassh.

Rancho, ha musitado, sin mover los labios.

–Bandolé.

Se ha movido a sus pies un resorte que impulsa a la silla hacia la izquierda, para así fotografiarlo de perfil.

–No se mueva, no se mueva, por favor.

¡Por favor! Flassh.

–Bandolé.

Ahora, a la derecha.

Flassh. Y Rancho ha susurrado de nuevo, una lágrima al borde de los ojos:

–Bandolé.

CUANDO sube a la furgoneta esposado a un tipo alto, fuerte, joven, nervioso y chillón, es noche cerrada y hace mucho frío en ese patio. Van más. Son diez. Cinco parejas esposadas.

Se ha abierto un portón grande, pintado de verde, y han salido a la noche.

Nada más sentarse, le dice el joven, mientras tensa hacia él la cadenilla de las esposas.

–Tú ¿qué?

–¿Yo? Manuel.

–Yo, «Málaga». El «Málaga».

–Bien. Yo, Manuel.

Enfrente tiene a un chico de pelo rizado, ojos vivos, azules, de complexión fuerte. No deja de mirarlo. Va alegre, con la alegría de aquél que se agarra por fin a un barquillo menesteroso en medio de una tormenta cuando ya estaba a merced de las olas.

Han llegado a los Juzgados, en ese desorden gélido y pastoso que dan las madrugadas. Los meten a todos, sin las esposas ya, en un calabozo muy grande, de azulejos

verdeclarospaja casi hasta el techo. Intercambian cigarrillos y murmullos, pero nadie dice a nadie nada concreto.

Llaman, de pronto, a Rancho.

–¡Manuel Rodríguez Santaolalla!

Rancho se acerca a la reja.

–Yo.

El juez es panzo, lleva las gafas adelantadas hacia la nariz. Está rodeado de papeles. Lee uno que lleva en la mano. La luz es demasiado débil.

–¿Manuel Rodríguez Santaolalla?

–Yo.

–¿Esta es su firma?

–Sí.

–¿Leyó usted su declaración antes de firmarla?

–Sí.

–¿Quiere usted decir algo?

–Nada.

–De acuerdo. Llévenselo.

Cuando llega al calabozo están diciendo un nombre.

–¡Antonio Domenech Parcerissa!

El alegre de pelo rizado, ha contestado.

–Yo.

HA vuelto a los dos minutos. Se ha sentado al lado de Rancho. Le ofrece un cigarro. Los encienden. Rancho mira a la esquina oscura del calabozo. No quiere hablar. Cierra los ojos. Los abre: ve la sonrisa de Bandolé. Al Cetme, las dos manos sobre el volante, mirando al vacío. La sonrisa de Bandolé. Una tristeza infinita.

VUELVE un policía uniformado a la reja:

–Manuel Rodríguez Santaolalla y Antonio Domenech Parcerissa, salgan. Salgan. Vengan por aquí.

Los han metido en otro calabozo, también inmenso, sólo para ellos dos. Al momento, dice Domenech:

–Claro. Nos han separado.

Está andando de arriba para abajo. Intranquilo. No se atreve a sentarse al lado de Rancho, a hablarle directamente, a ausentarlo de ese pensamiento que lleva dibujado en la frente con fuego y sangre.

–Claro. Nos trajeron aquí porque somos políticos.

Rancho, alza sus ojos. Lo mira.

–¿Cómo dices?

–Que nos separaron de los presos comunes... porque somos presos políticos.

Rancho sigue con sus ojos fijos.

–Yo no soy un político. Yo soy un anarquista.

VII. MODELO MARRÓN

EL frío no es de ahí, de fuera, donde se adivina una mañana de sol y de luz. El frío está instalado en los huesos, en los pliegues más íntimos de las ropas y, sobre todo, en cada una de estas miles de losetas, de cerámica desvaída, que conforman el inmenso calabozo.

Ni el tazón de café, ni las magdalenas pajizas que les han dado, ni las mantas que Rancho y Domenech se han puesto sobre sus cuerpos, vencen ese frío radical que se ha empozado sobre el vientre, se ha articulado ya dentro de cada movimiento y ha ido quemando poco a poco los pulmones.

Domenech se ha levantado jovial, resuelto, haciendo de su dinamismo su esperanza. Rancho está quieto, echada la

manta sobre sus hombros, la mirada fija en la esquina más oscura de la habitación, la cabeza contra las losetas.

Domenech no se atreve a hablarle, pero anda de aquí para allá, dobla sus mantas, dice alguna palabra al vacío, se hace ver, se desploma sobre el poyete pero no dirige una sola mirada a Rancho.

Ni una sola mirada, ni una sola palabra.

–Y tú, Domenech, ¿qué?

–Yo bien, Manuel. Yo bien.

–No me llames Manuel. Me llamo Rancho.

–Pues, eso, Rancho. Bien. Con frío. Pero bien.

–Y tú, político ¿de qué?

–Yo, comunista.

–Ah, comunista.

Todo Rancho, sus miradas, sus carnes, sus vísceras, su corazón seguían tanteando las paredes de ese túnel espeso y sin salida alguna a donde vertían, sin cesar, la sangre y el ahogo, el dolor y el abandono, el ansia y el desamparo de todos aquellos días.

–¿Y te dieron?

–No. Nada. Cuatro tortas y veinte empujones. Sabían que yo no era nada.

–¿Cómo nada?

–Que no era un responsable. Que soy militante. Un simple militante. Nada.

Rancho, lo mira, aquella mañana, por primera vez. La luz, siempre empieza en los otros.

–¿Sabes una cosa, Domenech?

–¿Qué?

–Que nos vamos a fumar un cigarro los dos, ¿vale?

HAN entrado dos policías uniformados al calabozo y los han esposado uno al otro. Rancho y Domenech todavía fuman. Los sacan a un vestíbulo ancho, con bancos de madera adosados a las paredes, una alta lámpara en el centro hermosa y rotunda y un ligero bullicio de familiares de los presos y algunos más que entran y salen agrupados, ojerosos, con abogados insomnes y varios policías más; el fragor humano sin cadencia y sin color que dan los juzgados.

En el centro del vestíbulo, frente a la puerta del edificio, los alinean con los presos comunes, también esposados de dos en dos... Detrás de Rancho y Domenech, han situado al «Málaga» y a un cincuentón, gordo, circunspecto, con una

gorrilla calada y el ensimismamiento de los que no han dormido.

–Tú, políticos. Ustedes, en otro calabozo ¿no?

–Sí. Hemos estado en otro.

–Ustedes os vais a otro ¿no?

–No vamos, no, «Málaga». Nos llevan.

–Eso, también es verdad.

El sol, cuando los sacan del juzgado, es radiante. Y el mundo es ancho, amplio. Una mujer le acerca un crío a uno de los presos para que lo bese. Y una chica, bellísima, está en mitad de la placita, justo delante de la furgoneta que nos espera, con unas zapatillas blancas de esparto y tela, un vestido entero en tono verdoso y un chal de lana gris sobre los hombros. Ha levantado la mano, la mirada fija en los ojos de Domenech y después, muy lentamente, ha puesto la mano, fuerte, sobre su corazón. Domenech, sonriente, emocionado, mirándole, sólo decía, sí, sí, con su cabeza.

Los han subido a la furgoneta. Rejillas en las ventanas, cierre hermético en la puerta trasera, asientos dispuestos en paralelo, unos frente a otros, y un testero metálico con una pequeña ventana que los aísla del conductor y de los dos policías acompañantes.

Las calles empinadas, inmensas, los árboles, acacias la mayoría, en hileras de acogimiento y color, el tráfico ordenado aunque muy abundante, la gente en las aceras que a veces señalan a nuestro furgón y a veces, se detienen a mirarnos entre penosos y sorprendidos. Hay muchas cafeterías, con las mesas y sillas invadiendo las aceras. «Oddé, daría todo, cualquier cosa que tuviera, por estar ahí contigo, sentado contigo, al sol cálido de la mañana. Un instante. Sólo fuera un instante».

Todos miran por las ventanillas o a unos ojos u otros, también a las salientes estrías metálicas del suelo de la furgoneta. «Anda», «mira», «vaya», algún gesto entre humilde y desafiante y una pequeña ansiedad en los corazones que no admite tregua.

–Ahora, a la Modelo.

–Sí.

–¡La Modelo!

–Tiene cojones el nombre. Tiene cojones.

Ahora, es el «Málaga» cabezeando hacia Rancho y Domenech.

–Tú, ustedes, los políticos, dicen que a mangar. A mangar.

Rancho le traduce, indiferente, a Domenech.

–A robar.

Domenech contesta con determinación, alzando sus grilletes.

–¿No lo ves? ¡Nosotros, a manganar!

–No...

dice el «Málaga», sonriente, y añade en el mismo momento en que la furgoneta da un tumbo al pasar sobre el bordillo de entrada, el portón de la Modelo abierto a medias:

–No. Si de los únicos políticos de los que yo me fío es de los que están en la cárcel... ¡Tiene cojones, pero es la verdad!

HAN entrado en el color marrón. Marrón el muro y las garitas. Las paredes y los tejados. Los portones – verdemarrón–, los pasillos, las oficinas, las galerías, la tierra, la amplitud de los patios, el olor marrón, los espacios, el aire.

Tu nombre, tu cansancio, tus sueños, los rumores.

El reino del marrón. Su territorio.

Todos los marrones: claro, intenso, siena, pardo, tierra, pulpo, sucio, pipa, tronco, barro, polvo, oscuro, fugo, pulcro, caca, cima, leña, piedra, bruma, sol.

Les quitan las esposas en un pequeño vestíbulo, ida ya la furgoneta y cerrado el portón, dejadas las primeras garitas atrás. Y ante unos funcionarios diligentes y distantes, toscos pero correctos, van formulando sus nombres, sus datos personales mientras fuman, se alborozan algunos como distendidos por fin, y otros paladean, echados, expectantes, por primera vez, el sabor lento y pegajoso de aquellas paredes.

Domenech no se separa de Rancho. Y las miradas de «Málaga», ya son parte de una complicidad que ellos sólo saben y que el tiempo ya no podría nunca ni desmenuzar ni destruir.

–Rancho, me siento entre la calle y las rejas.

–No sé qué dices, Domenech.

–Estar aquí, sin esposas, con lugares abiertos por donde andar, tratado de usted, moviéndote ancho, fumando cuando quieras, te preguntan y puedes contestar lo que sabes, no es estar en la calle, pero no es estar en la Cayetana, ¿me entiendes?

–Yo necesito más tiempo para saber si esto es como un barrio sin salidas o es la Cayetana más grande y con buenos modales.

TIENEN que pasar un registro. Se amontonan, con cierto orden todavía, a la puerta, pequeña, de una especie de zaguán que es antesala de otro, más amplio, que se termina en una puerta blanca, muy grande.

Ha entrado el primero, un chico muy joven, esquelético y desabrido. Sale a los pocos minutos –Rancho piensa, cuatro y medio–, abrochándose todavía algunos botones de la camisa, la correa del pantalón sin cerrar.

Cuando llega a las primeras caras que lo miran con cierta ansiedad, se le oye, la voz campanuda y grave en un cuerpo tan flaco, sobre un silencio que de pronto se ha hecho casi sólido.

–Te meten hasta el dedo en el culo. Y te tocan los huevos, todo. Te lo tocan todo.

Cuando entra Rancho, (Domenech se escabulló, de repente, hacia los últimos lugares de la fila), se encuentra con dos hombres, con batas blancas; uno, sentado tras una pequeña mesa metálica con un mazo de fichas y otro, de pie, con aspecto afable y esa sonrisa del que hace un trabajo que no le gusta.

–Desnúdese, por favor.

Rancho comienza quitándose la camisa. El que está detrás de la mesa, dice, de pronto.

–Un momento. Un momento. ¿Usted es Manuel...?

–Rodríguez Santaolalla.

–Usted es político ¿no?

–Eso dicen.

–No. No. Usted, no. Ya puede salir.

Cuando Rancho sale, busca a Domenech y le dice, sonriente, prácticamente junto al oído.

–Domenech, a los políticos no nos miran los huevos. A lo mejor, nos los cortan pero no nos los tocan.

RANCHO esperó a Domenech que cuando ha salido, le dice sí con la cabeza y le ofrece un cigarro. Tampoco a él lo registraron.

Un funcionario ha estado preguntando, con una nota en la mano, a unos y a otros. Hasta que alguien los señala. Mira la nota:

–¿Rodríguez Santaolalla y Domenech Parcerissa?

–Sí.

–Por favor, síganme. Vamos por los petates.

–¿Sabe usted a qué galería vamos?

–Van a la sexta, planta tercera. Con los demás.

–¿Con los demás?

–Sí. Con los demás políticos.

Ruzafa, piensa, en seguida, Rancho. Morón, Chito, piensa Domenech. El mundo, se ensancha. La amistad cumple con el don de sus mayores bienes: reconfortar suavemente y ofrecernos un roce de paz, una certeza para los desvarios, un descanso especial del corazón, una certidumbre frente a la inquietud, un agua fresca para las desazones.

RANCHO sube primero con su petate al hombro: un colchón de borra, de tela de saco fino color marrón, dos sábanas, dos mantas y una almohada también de borra, con su funda. Domenech, va detrás, con el suyo. El último, el funcionario que los ha guiado hasta allí, los sigue sin decir una palabra.

Nada más abrirles la reja de la galería, Rancho ha mirado allá, a la parte alta, a la planta última, a su izquierda, y allí ha visto, echado sobre la barandilla, a Ruzafa.

Hay tres tipos más con él. Todos han saludado con sus manos, menos Ruzafa que no se ha movido. Mantiene una ligera sonrisa en los labios.

Rancho, ha oído a Domenech, detrás, que casi ha gritado: –Joder, están ahí. ¡Chito, Morón!

Y los ha saludado con el puño derecho en alto.

En la galería no hay prácticamente nadie. Hay algunas celdas abiertas, otras entornadas, pero prácticamente todas vacías. Unos tipos se mueven de arriba para abajo, con chanclas; algunos, con pantalones cortos y babuchas. Todavía parece que hay menos gente en la primera planta. Silenciosa la segunda.

Cuando llegan a la tercera, ninguno de ellos se ha movido. Sólo Ruzafa, ha vuelto su cuerpo y encara a Rancho, quieto, con esa sonrisa en los labios, y los brazos, ahora, sueltos a lo largo de su cuerpo. Parecen una fotografía, el grupo oficial de recepción de cualquier acontecimiento.

Rancho ha dejado el petate en el suelo del pasillo. Y muy despacio se ha acercado, con los brazos también extendidos a lo largo del cuerpo, y ha metido, sereno, la cabeza en el hombro de Ruzafa. Cuando ha cerrado los ojos, ha sentido el abrazo, fuerte, sobre sus espaldas.

–Rancho, ¡cómo estás! ¿Qué te han hecho?

Ahí se queda, quieto, con los ojos cerrados. Oye los abrazos, los saludos de Domenech a los demás. También las risas. El nerviosismo de la amistad.

–Ruzafa, joder, Ruzafa.

Y oye, al lado de su oído:

–Rancho, Rancho. Joder, Rancho.

Domenech, le dice:

–Este es Morón, un camarada.

Morón es un hombre vulgar, chaparro y macizo. Tiene una mandíbula que adelanta a su cara y guarda en los ojos la luz y la belleza que da la determinación.

–Y éste es el camarada Chito.

Delgado, alto, despejado, bigote jaspeado de canas y ademanes elegantes.

–Yo soy Rosich.

Se adelanta un tipo bajo, gordo, con un jersey rojo muy estrecho y unas gafas de concha negra. Es tímido, de una inmensa tristeza en la boca.

–Este es Ruzafa.

Y a Ruzafa

–Este es Domenech. Hemos venido juntos... desde los Juzgados.

El funcionario, detrás, los interrumpe:

–Deberíamos pasar a las celdas, con los petates. Después, tendrán media hora para saludarse y charlar.

ESTA celda es más grande que el calabozo de la Cayetana. Tiene, a la izquierda, una cama litera solamente con los somieres. Una ventana alta, también más grande, con rejas gruesas, acristalada y sin tela metálica. A la derecha, en el centro de la pared, un pequeñísimo lavabo y en la esquina, un inodoro con la tapa de madera. Las paredes no tienen un color definido. Sólo un vaho marrón.

La de Rancho es la nueve. La de Domenech, la diez. Al dejar el petate sobre la cama de arriba de la litera, se oye detrás, en la misma puerta de la celda, la voz de Ruzafa.

–Luego la haces. Vamos a charlar.

–Media hora, por favor.

Dice el funcionario, sonriendo al aire.

CUANDO se echan los dos solos sobre la barandilla
–Domenech, pasó, en seguida, a la celda de Chito donde

también había ido Morón–, Ruzafa señala con la mano allá abajo, al pasillo grande de la galería.

–Están todos en el patio. Es la hora. Nosotros pedimos permiso para recibirlos.

–¿Es obligatorio salir al patio?

–Casi.

–¿Sabes algo de Bandolé?

–Lo cogieron.

–¿En su casa?

–Sí. En su casa.

–¿En su casa?

–Sí. En su casa.

–Y ¿a Cetme?

–A Cetme, no. Nadie sabe dónde está. Ha desaparecido.

–¿Sabes por qué cogieron a Bandolé?

–Sí.

–¿Lo sabes, entonces?

–Sí. Pero cuenta, cuenta. Siempre han dicho por ahí que contarlo, le da mucha paz a la gente.

–Y ¿por qué lo sabías todo? ¿Cómo, Ruzafa?

–Porque la información sigue intacta. Y los abogados me ven cuando quieren. Han tocado a los grupos de acción, a los colectivos. A la información, no.

–Entonces, cuando llegué, ¿ya sabías que había hablado? ¿Que había traicionado?

–Pero ¿tú te crees un dios? ¿Uno de esos, de Grecia o de Roma? ¿Que volaban, que movían montañas? ¿Que ganaban batallas solos, sólo ellos? ¿Eso te crees tú? Tú eres un anarquista, un hombre. Un anarquista. Y tienes que saber, si quieres seguir siéndolo o te quieres encerrar en una habitación o aquí, en la celda esa, a llorar. ¿Entiendes? ¡A llorar! Tú. Tú, ¿qué te crees? ¿Dios? Tú, ¿te has visto? ¿Has visto cómo vienes?

La voz de Ruzafa, sin un gesto de las manos ni del cuerpo, allí, echado sobre la barandilla, era un susurro.

–Mírate, alguna vez, al espejo. Mírate esos ojos. Metidos allá en el fondo. Mírate, con esos pantalones manchados, medio rotos, con tu camisa de leñador, grande, grande, tu chaqueta de banquero llena de lamparones y de moho, tus zapatos de lujo, con todo el barro del mundo y empapados

de agua. Mírate. Vas andando como pidiendo perdón. Mirando con los ojos tristes. Y ¿sabes tú lo que te digo? El perdón, para los curas. El perdón, para los curas. Nosotros, comprendemos. A las cosas y a las gentes. Comprendemos. Y comprender las cosas y comprender a la gente es lo que nos da la fuerza. Nuestra fuerza, ¿comprendes?

Tú ¿qué pensabas? ¿Que eras Dios? ¿Qué pasara lo que pasara, no se te iban a hundir las costillas, no se te iban a romper los huesos, no te ibas a sentir mierda, mierda, nunca, tú nunca, mierda? ¿Qué no? ¿Qué tú, no?

La luz, muy fuerte, entraba radiante por el rosetón de hierro y vidrio en el que terminaba la galería y que iluminaba el pasillo de abajo, ancho, y los de las dos plantas, mucho más estrechos, a un lado y a otro. Se oía algún murmullo lejano. Alguna voz nítida allá abajo.

–¿Qué no? ¿Qué tú, no?

Un silencio largo.

–Bandolé ¿salió ya de Cayetana?

–Sale mañana.

–¿Le han dado?

–Le han dado duro, sí. Le han dado.

Rancho miraba al vacío, sin ver. Oía un caño de agua fuerte, fuerte, sobre la nuca. Repite las últimas palabras de Ruzafa.

–Le han dado duro. Duro... y ¿aguantó bien?

–Aguantó, Rancho. Aguantó.

–Aguantó bien, ¿no?

–Aguantó. Hasta última hora. Como tú. Cuando ya no pudo más, habló.

Rancho le pone la mano sobre el hombro a Ruzafa.

–Aguantó, como yo ¿no?

–Sí. Aguantó como tú.

Silencio.

–Ruzafa, eres un compañero...

Ruzafa con un gesto, lo para en seco.

–Fúmate un cigarro, Rancho. Toma un cigarro. Venga. Vamos a fumar.

–RUZAFa, llevamos ya casi una hora. Le quedan minutos.

–El vigila ése, está bien. Nos dejará juntos todo el tiempo que pueda. En general, están bien. Sólo hay uno, albino, albino y pálido, que es un mal bicho. Ya lo conocerás. Le llamamos Katanga.

–Y ¿yo qué, ahora?

–Ahora, te meten en la celda cuatro días. Cuatro, sin salir. Bueno, sin salir en teoría. Nosotros te abrimos; no te echan llave, normalmente. O la dejan abierta, algunos de los vigilas. Y puedes salir por el pasillo y andar por aquí, arriba y abajo. Tú, cuando sales, echas el cerrojo, como si estuvieras dentro, y todo el mundo se hace el loco.

–¿Cuatro días?

–Sí. Le llamamos el periodo. También te vacunarán. Y te pelarán corto y si llevas en la mano cien pesetas, con agua caliente te afeitan y todo. Y tendrás que cambiar tu dinero por bonos. Esconde, si puedes, algunos billetes, por si acaso. Hay economato, pero aquí tenemos de todo. Una celda entera llena de embutidos, quesos, dulces, ropa. De todo. Una exageración. Del mundo entero, Rancho. Hasta las monjas mandan... y calzoncillos, que no se de dónde los sacarán. Tienes que engordar unos kilos y vas a ir bien vestido, Rancho. Te vamos a poner normal.

–¿No hay comedor?

–No. No hay. Te traen la comida a la celda. No está mal.

–Y ¿el patio?

–Mucho. Mucho patio. Todos juntos. Comunes y nosotros. Mucho.

–¿Y allí?

–Ya lo verás, Rancho. Si quieres hablar conmigo solo o con otro, te sientas con él junto a la tapia, en el cemento o en la tierra, según te pille, y no te molesta nadie. Y si quieres hablar en grupo, haces paseo. Oye, pero disciplinado, Rancho. Se me ocurrió una vez decirle a la gente que hay que hablar y hay que pensar. Las dos cosas. Hablar, desde el principio del patio al muro final, y pensar, desde el muro final hasta el principio del patio. Oye Rancho, así se hace. Se hace siempre. Hablar y pensar. Pensar y hablar. Vienen unos, se unen; otros, se aburren y se van. Pero lo hacen todos, como te he dicho, así...

–Ruzafa ¿tú eras maestro?

–No. Pero debería serlo.

–¿TODOS los políticos somos éstos de aquí?

–No. Hay más en otras galerías, de éstos que tú llamas políticos.

–¿Y aquí?

–Aquí hay otro que tú no has visto todavía. Se llama Paterna. Un comunista, de los recios, de los antiguos. No como los cuachilates éstos. No se pueden ver unos a otros.

–No estaba aquí, cuando llegamos ¿no?

–No. No podía estar. Se está muriendo. En la celda, muriéndose.

–¿Qué dices?

–En la celda, muriéndose. Yo no sé nada más. Ni quiero saber nada de esa gente. De los comunistas, nada. Me cuesta respirar el mismo aire que ellos respiran.

–Pero...

–Rancho, de ese tema es del único que no voy a discutir, que no quiero discutir.

Ruzafa mira a Rancho. Al lado, de una celda entreabierta, se escapa la voz de Domenech, alta y juvenil, difusa por la distancia, seguro que hablando con Chito y Morón.

Ruzafa le pregunta de pronto:

–Rancho, ¿tú dónde estudiaste?

–En mi pueblo. En Almedinilla. En una escuela rural... del Obispado.

–¿Del Obispado?

–Sí. Cuando venían visitas, yo era el que recitaba los nombres de los pueblos de la provincia, donde había una escuela como la nuestra: Priego, Nava, Adamuz, Añora, Obejo, Pedroche, Conquista y Alcaracejos... Todavía, me acuerdo...

–Y ¿qué?, Rancho.

–Era cuando tenía la oportunidad de chupar caramelos y oler el olor de la colonia. Oler la colonia, Ruzafa.

–RUZAFA, yo me defendía. Yo sentía que me defendía. Incluso cuando le ponía la pistola en la cabeza a cualquier oficinista de éstos, a cualquier desgraciado de éstos. Yo nunca sentí que hiciera daño. Nunca. Sólo sé que me defendía.

–Todos, no son así, Rancho.

–¿Y Cetme? ¿Lo cogerán?

–Yo creo que no.

–¿Tú lo conoces, Ruzafa?

–Sí. Lo conozco.

–No sé, Ruzafa. Un tipo raro, extraño...

–Rancho, tú te defendías. Cetme, se vengaba.

LA reja de acceso general a la galería se ha abierto y desde la barandilla de la tercera planta, Ruzafa y Rancho, ven subir a un vigila, rubio, muy delgado, con llaves en la mano y una carpeta bajo el brazo.

–Te van a encerrar, Rancho.

–Bueno, Ruzafa... Seguiremos hablando.

–Seguiremos, Rancho.

–Empiezo a tener como paz por dentro. Pero todavía estoy como mareado, aterido, lleno de angustia, con la respiración corta...

–Tienes que descansar. Andar. Mirar. Fijarte en las cosas. Pero, sobre todo, descansar.

–Eso haré, Ruzafa. Eso haré. Descansar y fijarme en las cosas.

El vigila se ha acercado.

–¡Antonio Domenech Parcerissa!

Sale Domenech de la celda de Chito, jovial, ligero, sonriente.

–Yo.

–Yo soy el otro: Manuel Rodríguez Santaolalla.

–Bueno, tienen ustedes que pasar a celdas. Usted, a la diez. Y usted, a la nueve.

Rancho le pregunta a Ruzafa.

–¿Qué hora es?

–Las doce menos diez... ¿Y tu reloj?

–No me lo devolvieron.

–Pues te tienes que hacer de uno. Hay que medir el tiempo para mirar las cosas... para mirarlas bien.

HA oído nítidos, dos golpes seguidos, secos, en su puerta. Inmediatamente, una voz.

–¡La comida!

Le han abierto. Y se ha encontrado ante su celda a un vigila con dos presos y una especie de carretilla ridícula con dos cacerolas grandes, inmensas, y en una bandeja, platos con peras. Y una cesta de naranjas, esquinada, en un rincón del armatoste.

–Hay lentejas y pescado en salsa.

Tienen las manos muy limpias y parecen menesterosos, diligentes.

–Quiero el pescado y la fruta. Nada más.

–Hay va. El pescado y la fruta. Y cuando termines, lo dejas todo ahí. Al lado de la puerta. Que ya vendremos a recogerlo todo. Toma, una botella de agua. ¿Quieres naranjas?

–Sí quiero, sí.

–Pues toma. Hasta luego.

–Hasta luego. Gracias.

Rancho se ha acordado.

–Oye. ¿Y éste? ¿El de al lado?

–¿Ese? Él ha cogido de todo. Ha cogido para comer cien. De todo: lentejas, pescado, agua, peras, naranjas.

Rancho no ha oído que echen la llave. Ha oído sólo el cerrojo.

Rancho ha comido poco. Algo de pescado y media pera.

Y ha cogido una de las naranjas y la ha echado sobre el muro. Sobre el muro desnudo. Marrón. La ha cogido. La ha echado. Como un frontón suave, dormidor. Como un frontón. Aquel frontón, de pared verdechillón, aquel

frontón. En las gradas, vacías prácticamente, vacías, aquella niña rubia, rubia como el amor de Bandolé, que se levantaba, con la faldilla ajustada a su vientre y la camisa blanca, y aplaudiendo decía: «Manuel, ¡viva Manuel!, ¡viva!».

La naranja contra el muro. En su mano. Contra el muro. Como en aquél frontón de la niñez, como en aquel frontón.

Rancho ha subido a la cama. La naranja en su mano todavía. Y ha mirado a las cosas. Las ha mirado lentamente. Como decía Ruzafa. Mirar las cosas. Mirar...

Rancho se ha dormido. Allá arriba, en la litera. Con una media sonrisa en la boca y con la naranja en la mano, prendida con fuerza.

–RANCHO. Rancho.

–¿Qué?

–¿Estás dormido?

–No. Dime. ¿Quién eres?

La luz de la celda es muy tenue.

–Rosich. El de la seis. Te saludé ayer.

Rancho se incorpora. Salta de la cama. Va al lavabillo, se lava las manos, la cara, se moja el pelo y se lo echa para atrás, sin peinarse.

–Y ¿qué, Rosich?

–Que quería enseñarte una cosa.

–¿Aquí?

–No. En mi celda. Un secreto. Cojonudo. Cojonudo.

–Puedo salir, seguro ¿no?

–Sí. Hombre, sí. Todo el mundo mira para otro lado.

–Bueno, pues vamos para allá.

Al salir, Rosich ha echado el cerrojo de nuevo. En el pasillo, no hay nadie. Al pasar por la celda siete, la ocho está cerrada, ven a Chito leyendo, tumbado en la cama alta. Se saludan con un gesto de la cabeza.

La celda de Rosich está meticulosamente ordenada. Tiene una radio sobre un pequeñísimo taburete conectada a unos auriculares con un cordón larguísimo, una silla de tijera plegada y apoyada a la pared, una luz muy fuerte de una bombilla alta, central, y una pequeña mesita (encima un espejo y una estantería con algunos libros), donde hay unos folios escritos, otros con dibujos de árboles y barcos y unos

palilleros antiguos con plumillas. También unos tinteros pequeños.

Al fondo, un almanaque, inmenso, con una bellísima fotografía de una iglesia. Dos palabras grandes, cruzadas: Catalunya y Gaudí.

–Pasa, pasa, Pancho.

–No, Pancho, no. Rancho.

–Pues pasa. Pasa, Rancho.

Abre la silla para Rancho y él se sienta en la cama baja. Rosich, pregunta, bajando la voz.

–¿Tú pasaste por Chivas, no?

–Sí. Pasé por Chivas.

Rancho quiere mantener el tono de voz, pero no puede.

Se acuerda de Ruzafa. «Mirar las cosas. Mirar las cosas». Las agujas altas de esa iglesia. Los huecos de aire oscuro abiertos al cemento. El color de esas losetas, alumbrando contra el sol, contra la luz.

–El hijo puta de Chivas ¿no?

–Sí.

–¿Te acuerdas, no? A ti te tocó esa Brigada ¿no?

–Sí.

Los cantos de los libros. Colores, colores, contra el marrón.

–Pues vamos a ver. Vamos a ver si te acuerdas, Rancho. Vamos a ver.

Se acerca al inodoro y mira a Rancho.

–Pon la silla ahí. Siéntate. Lo vas a ver mejor. Ahí. Eso es.

Y como el que rasga el papel que oculta un regalo, o abre la puerta para enseñarte su nueva casa, o adelanta su cuello para mostrarte su mejor corbata, Rosich levanta la tapa de madera del inodoro.

Perfecta. Meticulosamente dibujada. Con tinta negra brillante. Está abierta, ocupando prácticamente toda la tapa del inodoro, que ha quedado plegada hacia la pared. Abierta, sus dientes horribles, descompuestos, amontonados; su lengua, tensa hacia atrás, deja aparecer, horrible, la campanilla que parece vibrar.

Rancho sabe que es la boca de Delfín. La boca de Delfín. Rancho intenta mostrarse tranquilo, relajado. Y mira con más atención el dibujo. En cada diente hay un número dibujado. También en la lengua. Y en la campanilla.

Dice Rosich:

–¿Qué, Rancho? ¿Qué?

–¡Qué boca!

Dice Rancho, tranquilo, con la mirada fija en el dibujo, separados los pies una cuarta.

–Fue la Brigada del Chivas, ¿no?

–Sí.

–Y ¿entonces? ¿No te acuerdas?

–Es la boca de Delfín.

–Joder! ¡Eso es!

Repite Rancho.

–La boca de Delfín.

–¡Eso es! ¡La boca de Delfín! El hijo puta. Todos sus muertos. El Delfín. ¡Hijo de su puta madre!

Rancho está pálido, pero tranquilo. Y dice, despacio, con la voz baja.

–Eso es. Sí. Sí. La boca de Delfín. Está muy bien. Muy bien.

Rosich está muy nervioso. Tenso. Las manos temblantes.

Mira a Rancho y le sonríe. E inmediatamente, se acerca a la cama alta, mete la mano bajo la almohada y saca un dardo.

–Lo ves. Lo ves. Lo he hecho con el diente de un tenedor. De acero. Y lo he afilado, afilado y lo he metido en el palo este. Apuntas ¿no? y ahí tienes el premio. Ahí, en el dibujo. 5 puntos. 50 puntos. 1000 puntos, si lo clavas en la campanilla. Rancho ¡1000 puntos!, en la campanilla del hijo de puta de Delfín.

–Joder! Está muy bien. Muy bien. ¡Perfecta!

–Tira, Rancho, tira. Toma el dardo y tira.

Rancho se levanta, lívido. Su voz es serena.

–Yo, yo no quisiera odiar más. Yo no quisiera odiar. Quisiera dejar de odiar. Descansar de odiar. Necesito paz. Como el que tiene mucha sed. Necesito paz.

Rancho le pone la mano sobre el hombro a Rosich, y se marcha a su celda, entre las sombras de aquel pasillo.

HA estado con los ojos abiertos viendo entrar la noche oscura, oscura, por la ventana de su celda. Mirando las cosas que le trae el recuerdo. El recuerdo y su imaginación: los sueños. Los ha ido tocando, mirando, poniendo de través, alejándolos, dejando que se marchen, se evaporen lentos, lentos, desde los ojos de su corazón.

Rancho se ha levantado. Ha empujado la puerta, lentamente, procurando no hacer ruido alguno. Todo está en silencio. Ha salido al pasillo, para ir a la celda 4, la de Ruzafa.

Está entreabierta. Ve a Ruzafa leyendo, con una luz tenue, unas gafas puestas.

–Ruzafa...

–¿Qué?

–Que quiero darte las buenas noches.

–¿Qué, quieres hablar?

Se ha quitado las gafas.

–No... Quiero pensar...

–¿Entonces?

–Quería decirte buenas noches, nada más. Y... preguntarte si mañana sale Bandolé.

–Sí, Rancho, sí. Pero no vendrá aquí. Me dicen que lo mandan a Alcalá. Lo ha dicho el abogado. Esta mañana.

–¿A Alcalá? Bueno, pues nada. Lo que quería: darte las buenas noches. Nada más.

–¿Como si le dieras las buenas noches a papá?

–Algo así. Algo así, Ruzafa.

–Pues nada, hijo. Buenas noches. Buenas noches.

Rancho se ha quedado quieto, detrás de la puerta que ha vuelto a entornar. No se mueve. Quieto en el pasillo oscuro y solitario.

Ruzafa se ha incorporado en su cama.

–Y ahora, ¿qué?

Rancho le habla sin que puedan verse. Muy bajito. Pero su voz llega nítida.

–El comunista ése, el recio, ¿dónde está?

–En la 2.

–¿Cómo se llamaba?

–Paterna.

Hay silencio a un lado y otro de la puerta. Hasta que dice Ruzafa:

–¿Qué, Rancho? ¿Antes de acostarte vas a hacer la buena obra del día?

Al otro lado, el silencio tarda mucho en romperse, pero al final, se oye la voz de Rancho:

–Si puedo... Algo así.

–¿PATERNA?

Una voz firme:

–Sí. Sí.

Rancho empuja la puerta, que está entornada, y entra decidido. Y se encuentra con un hombre acostado, de unos sesenta años, con aspecto de campesino, el pelo atrás, muy corto, de facciones regulares, con una boca amistosa de hermosos dientes.

La disposición de la cama es en diagonal. De un rincón a otro de la celda. Tiene a su lado una pequeña mesita con un flexo de luz fuerte, algunas pastillas sueltas sobre ella, y, en el suelo, visible, un orinal.

Sólo se le ve la cabeza. Los brazos los tiene fuera, sobre la colcha amarronada, y lleva un pijama azul. Tiene la mirada turbia de los enfermos sin remedio.

–¿Qué? ¿Tú eres un camarada?

–No.

–¿Entonces?

–Estoy aquí. Con los otros.

–¿Común?

–No. Común, no. Aquí en la planta.

–Entonces...¿no quieres hablar de política?

–No.

Tiene la voz recia, la sonrisa en la boca y mueve sus manos con pausa y elegancia.

–¿Cuándo entraste?

–Estoy en el periodo.

–O sea, ¿qué acabas de entrar?

–Sí.

–Siéntate, si quieres, ahí, abajo, en el filo de la cama, no me molesta.

–No. Otro día lo haré. La próxima vez que venga con más tiempo.

–¿Y cómo está la calle?

–... Zumbando.

–Eso. Eso me dicen: zumbando.

–Eso es, zumbando... ¿Y usted cómo está?

–Pues mal... Para qué decir otra cosa: muriéndome.

–Pero...

–No. Estas medicinas no son de curar. Son contra el dolor. Es un cáncer. Ya... eso... ya avanzado. Hace tiempo que lo sé. Lo llevo bien. Lo llevo bien.

–Pero en la enfermería...

–No. No quiero, por la gente. Se angustian, viéndome, los que están allí.

–En un hospital...

–Yo les he pedido: o aquí, con los camaradas... o en mi casa. Al hospital, no. Solo, allí, no. Y me han subido aquí. Estuvo el Director aquí. Educado. Bien. Estuvo, bien. Y dijo que ya vería lo que se podía hacer. Y aquí llevo para tres semanas ya. Bien. Se han portado bien. Ahora, se han portado bien.

VIII. DOS PORDÓS

SE oye, fácil, la lluvia sobre los tejados, el resbalón gris del agua sobre el marrón de la piedras. Y hace frío, un humillo sale de las bocas, allí, en el pasillo de la tercera planta.

–¿Cuántas naranjas ya, Rancho?

–Muchas. Muchas.

–¿Y has mirado muchas cosas?

–Muchas. Muchas. Y despacio, despacio.

–¿Y te has quitado las postillas ésas, de pena, que llevabas encima cuando llegaste aquí?

–Pocas. Pocas. Casi todas son heridas todavía. Sin postillas. Todavía sin postillas.

–Pero ya terminaste con el periodo ¿no?

–Ya, Ruzafa, ya. Mañana por la mañana termino. Y termino con las naranjas, también.

–Intenta no terminar con eso de mirar las cosas despacio, despacio, que...

Los dos se miran a los ojos. Rancho los tiene, allá al fondo, brillantes, iluminados.

–¿Qué te pasa, Rancho?

–Que he empezado a encontrar una especie de paz. Es un descanso de tu cuerpo por dentro. Como si vieras más allá de lo que antes veías. Las cosas llegan y se van de otra forma. Y las que llevas dentro, están mejor, como mejor puestas en su sitio. Y cuando recuerdo a mis padres, a Oddé, a Bandolé, las personas que he querido, son más mías que antes, como si se me hubiera agrandado también el corazón. También, la vida y el corazón.

–Vas para cura, Rancho. Para predicador.

–Vivo con menos ansiedad. Siento que vivo con mayor fuerza, como más hondo. Descanso más. Pienso más. Añoro más. Sufro más.

–Cuando te empalmas tres o cuatro veces seguidas, se te quitan esas cosas.

–Sufro más. Seguramente sufro más. Sufro con melancolía. Pero sé que soy más grande, que ocupo un sitio más grande en el mundo, que todo tiene un sitio más claro. Y que yo también lo tengo.

Ruzafa parecía distraído, burlón, mirando allá abajo, a la gente que entraba y salía de las celdas, iba y venía.

–Ahora vas para filósofo, Rancho.

–Me siento más fuerte y más seguro. Y sé, ya lo sé con seguridad, que ahora, pase lo que pase, te acogoten, te peguen, te humillen, te hundan, busquen lo peor de ti, ya eres otro, soy otro, estoy en otro sitio, he aprendido otras cosas, siento de otra manera, más ancho y más fino. Es como si tuvieras los sentimientos nuevos y una cabeza con otras ideas, con otros sueños que ya nada, nunca, nadie, te podrá quitar. Lo que sientes es más tuyo. Lo que sueñas, también. Yo no soy solamente más grande, sino más yo. Y sé que cada uno tiene un campo, una tierra, suyo, suya, donde siempre crece algo para guardar. Que merece la pena guardar.

–Uff, Rancho, uff. ¿Y todo eso en cuatro días?

–No. En menos. He sentido, de pronto, que se descorrían unas cortinas, que alguien alzaba, corriendo, una persiana, que me abrían una puerta. De pronto, de pronto. Como cuando se enciende una cerilla. Un instante.

–¿Y qué?

–Y ¿qué? ¿Tú me preguntas y qué? Tú sabes lo que te quiero decir. Tú lo sabes, Ruzafa.

–Me parece, Rancho, que es ahora, ahora y de verdad, cuando sabes cuál es el olor de la colonia.

–VINO el abogado al locutorio. Y trajo noticias. Cada día que pasa dice que la presión es mayor. El humo del hervidero se agranda. Que eso se acaba. Que se consume. Que se agota. Y a ver qué me dice mañana...

–¿Y siguen con lo de la amnistía?

–Siguen. Todo el mundo anda de acuerdo. Primero la amnistía y con ella, la libertad. Las dos juntas. Las dos. Andan gritando: «Amnistía, libertad». ¿Comprendes? Vas a encontrarte, como te descuides, Rancho, en la calle, con ese corazón más grande... y sabiendo de colonias. Mejor, no vas a poder estar.

–BANDOLÉ ¿salió de la Cayetana?

Rancho mira al final de la galería. Al rincón más oscuro.

–Bandolé salió. El abogado lo vio en los juzgados. Está bien. Efectivamente, lo llevan a Alcalá.

Rancho sigue callado. Ruzafa añade:

–Está bien. Entero. Le habían dado duro. Duro. Pero estaba entero... entero y con los ojos tristes, como tú...

–¿Preguntó por mí?

–Preguntó.

–¿QUÉ sabían tus padres de ti?

–Nada. Desde los 15 o 16 años, nada.

–¿Desde cuándo?

–Desde siempre...

–Y ¿por qué?

–¿Qué iba a decirles? ¿Qué les contaba yo de mí? Intenté olvidarme. Pasar. Y que ellos olvidaran también...

–Y ¿ahora qué, Rancho?

Rancho enciende un cigarro.

–Intento... No sé lo que intento.

–Tú sabrás...

–Lo sé.

Ruzafa intenta hablar con naturalidad, con la misma voz y el mismo tono que antes:

–Oddé quiere venir a verte. ¿Qué le decimos?

–¿Oddé?

Rancho se ha puesto pálido.

–Sí, Oddé. ¿Qué le decimos?

–¿Cuándo quiere venir?

–La semana que viene.

Rancho no levanta la cabeza.

–¿Cómo lo sabes? ¿A quién se lo ha dicho?

Ruzafa también mira al último rincón del patio, allá donde gritan los que juegan al baloncesto.

–¿Quieres que venga? ¿Sí o no?

–Ruzafa, ninguna cosa deseaba más. Ninguna cosa. A partir de ahora, hasta que la vea, ya no voy a poder mirar las cosas tan despacio, Ruzafa. Me digas lo que digas...

RUZAFa y Rancho están sentados en el cemento del patio, apoyados contra el muro de piedra, esta mañana fría y nublada. Los dos estrenan jerseys de lana, sacados de la celda, que todos ellos llaman de la Solidaridad.

Fuman. Están tranquilos. Rancho no irá al locutorio todavía. Ruzafa tiene anunciadas dos visitas: la del abogado y la de Illa con Pordós.

–¿Quiénes son Illa y Pordós?

–Es una historia muy larga de contar.

–Lo que sobra aquí es tiempo...

–Illa era la mujer de mi hermano que murió joven, hace un par de años. Y Pordós es el único hijo que tuvieron, mongólico, con el síndrome Down. Yo le dije, en una visita, que para mí valía por dos y se ha quedado con Pordós. Con Pordós se quedó.

–¿Ya está? ¿Eso es lo largo?

–En resumen, eso es.

–Y ¿sin resumir?

–La verdad es que es lo mismo.

–Y ¿ya está?

–No. Ya hablaremos, Rancho. Ya hablaremos. Que me tengo que ir.

Ruzafa ya está de pie.

–Me parece, Ruzafa, que tú, cada vez que vienes del locutorio, traes el olor de una colonia muy fina.

Ruzafa toca el hombro de Rancho. Y cuando vuelve su cuerpo para irse:

–Colonia de pan Rancho, perfumes de panadería.

–EFECTIVAMENTE, Ruzafa ¡hueles a colonia de pan! –Ahí lo ves.

–¡Qué cara traes!

–Tienes que conocer a Pordós, Rancho. Y a Illa, claro. Los verás... los verás, pronto... son... bueno, los tienes que conocer. Y hay noticias... Solidaridad, la nuestra, la de Francia, nos ha mandado dinero. Para los dos. Una cantidad, Rancho, para cuando esto termine. Para que no tengamos problemas. Lo tienen en Dirección. Una cantidad importante, importante... Las cosas van rápidas... rápidas y bien... cada día que pasa, más rápidas.

–Dime la verdad, Ruzafa. ¿Han mandado para mí? ¿Entiendes? ¿Para mí? ¿Los compañeros para mí?

–Sí; Para mí y para ti. Para Rancho y para Ruzafa.

–Pero ¿no es que tú lo repartas? ¿No es que me das a mí una parte de lo tuyo? ¿Tú, me entiendes?

–Que no. La misma cantidad para mí que para ti. Créeme, Rancho. Créeme...

–¿Puedo preguntarte? ¿Cómo un amigo, Ruzafa?

–Sí.

–A ti, cuando te cogieron ¿te dieron?

–Sí. Me dieron.

–¿Fuerte?

–Muy fuerte. Muy fuerte.

No se miraban. Echados sobre el muro. Sentados sobre el cemento del patio, las piernas flexionadas, fumando.

–Y... ¿hablaste?

–No.

–Ruzafa, yo me agarraba a lo que tenía más dentro de mí. Lo más firme. Me metían en esa pila, y me decía, lo decía, lo pensaba y lo veía, Ruzafa, me decía, en mis adentros: el sol, el árbol, mañana, la luna, Oddé... Me agarraba a todo. A todo. Lo mucho o lo poco que tenía, que quería... A mis ideas, Ruzafa, a las nuestras... y, al final, hablé... Tú, ¿por qué no, por qué no?

–Porque tenía más odio que tú en el corazón. Más odio, Rancho.

–Pero...

–Mira, Rancho, te voy a contar. La historia mía es larga. Muy larga. Y siempre he andado de aquí a allá, aquí y allá, desde joven, muy joven, un chaval. Y he visto muchas cosas, muchas. Y he conocido mucha gente. Y me han dicho y me han contado. Y he oído de todo. Pero sobre todo, Rancho, sobre todo: ése habló, yo no hablé, aquél aguantó, ése se hundió... Sobre todo, eso... Es la obsesión. La obsesión. Y buscar las razones de una cosa u otra. Así siempre, año tras año, año tras año. Y las historias, Rancho... ¡las historias... que contaban! Había quién se había masturbado hasta la sangre, una y otra vez, una y otra vez, hasta la sangre, para llegar al interrogatorio hecho una piltrafa, un muerto, y al primer puñetazo, desmayarse... Y otros había, que eran incapaces de respirar, de andar, les daba fiebre, lloraban, lloraban sin parar, nada más detenerlos, Rancho, tenían que llevarlos a rastras... Otros, que entraban en la sala, insultando, gritando: «hijos puta, mamones, cabrones, maricones», antes de cualquier pregunta... y otros, que se empalmaban, Rancho, cuando los detenían se empalmaban y en los interrogatorios, se empalmaban, les pegaban y ellos empalmados, Rancho... y otros, que hablaban sin parar, sin parar, le preguntaran lo que le preguntaran, le pegaran, lo patearan en el suelo, le escupieran... hablaban sin parar, sin

parar de lo que supieran, de telas, de perfumes, de abanicos, de pomadas, de flores, de cualquier cosa que supieran, pero sin parar, sin parar... Y había otros que callaban, que siempre callaban desde el momento de su detención, callados, ni su nombre, ni su domicilio, nada... callaban, callaban... callaban, le hicieran lo que le hicieran.

Rancho miraba el perfil de Ruzafa. Había empezado a lloviznar. Hacía frío.

–Ruzafa... ¿ése último fuiste tú?

–Sí, Rancho, sí.

–Y ¿sólo porque sentías mucho odio en el corazón?

–Sí. Porque sentía mucho odio. Y también, Rancho, porque sabía tantas cosas que sólo podía callarme. Anda, vámonos, que mira como llueve.

RUZAFa se guarece en un pequeño voladizo del tejado. Y le señala a Rosich.

–Mira, mira al Rosich ése ¡cómo corre!

–Oye, Ruzafa ¿qué te pasa con Rosich?

–No le tengo respeto. Ninguno.

–Lucharon, Ruzafa. Fue un compañero de Peiró, al que le dieron garrote. Y él se libró por pelos... Yo lo respeto, Ruzafa.

–Yo no. Yo no lo respeto.

–Pero ¿por qué?

Ruzafa se queda callado, mirando al vacío. Y muy despacio enciende un cigarro.

–Porque no es serio. Hay que luchar y morir por cosas serias. Y ése no es serio, Rancho. ¿Tú lo has oído alguna vez? Tiene en la cabeza una mezcla de anarquismo de zarzuela y de un maoismo de catequesis.

–¿PATERNA?

–Sí. Sí.

–¿Puedo entrar?

–Sí. Claro. Sí.

–¿Qué tal?

–Bien. Muy bien. Aquí, tranquilo. Hoy, casi no duele. Cuando llueve todo es más suave.

–Me alegro. Yo, me alegro...

–Sigue la cosa zumbando ¿no?

–Zumbando. Cada día más. Eso dice todo el mundo: zumbando cada día más.

–Siéntate. Siéntate, ahí, en los pies de la cama.

–Me alegro... me alegro...

Se quedaron en silencio. Paterna lo miraba a los ojos.

–Tienes ganas de preguntar muchas cosas y no te atreves ¿no?

–No. No me atrevo.

–Atrévete, hombre. Lo que más me gusta es hablar, así, de tú a tú con la gente joven, con la gente nueva. Pregunta, pregunta.

–Usted, ¿tiene miedo, Paterna?

–Sí. Claro que sí. ¿Miedo? Miedo, sí. Sí. Al dolor, no tanto. A la muerte, sí, claro.

–¿Y?

–Que más miedo tengo a no enterarme. A que me duerman; me duerman, y desaparecer.

–Quiere usted ¿sentirla?

–Esa. Esa es la palabra. Sentirla.

–Y... ¿darse cuenta?

–Eso es. Y darme cuenta.

–Y ¿mientras?

–Pues pensar. Recordar. No hago más que recordar. Y cuando te tomas una pastilla de ésas y no te duele... cómo se recuerda, cómo se recuerda... La casa de mi niñez, los muebles. Los miedos de entonces, los padres, los hermanos, los camaradas. Y me paso las horas muertas así... Fíjate, ahora me doy cuenta de lo que te he dicho: ¡las horas muertas! Y pienso en la lucha en las fábricas, con los camaradas, la lucha en las calles. Así, muchas horas. Muchas horas.

–Y...

–Y cuando me despierto, cada día que me despierto, haya dormido cuatro, tres, dos horas, y entra la luz por ahí, pienso: otro día. Otro día más. Y me pongo a pensar, a recordar... Y me digo, mañana no sé... pero hoy, hoy.

Las manos tan limpias, tan serenas, tan quietas. La sonrisa tan luminosa. El pijama azul, nítido, sobre la colcha.

–Volveré. Volveré pronto, Paterna.

–Y tráeme noticias. Tráemelas.

–Y ¿cuántos son?

–¿Quiénes?

–Los que hacen el paseo contigo.

–Normalmente, cuatro.

–¿Y estaban allí en el patio y no se acercaron?

–Ya te dije. Todos somos muy disciplinados. No debían de acercarse, interrumpirnos, y no lo hicieron. Pero estuvieron merodeando. Remoloneando por allí, cerca. Incluso, alguno, pasó casi rozándonos los pantalones, sin mirarnos. Están deseando conocerte, hablar contigo.

–Y ¿cómo son?

–A uno, le llamamos Zarra. Es pequeño, pequeño, casi enano. Siempre va con alpargatas blancas y boina, con su tez cetrina y unos ojos claros, verdes. En la encía superior no le queda un diente, de manera que cada vez que habla, se tapa la boca. Nunca afirma, ni comenta, ni exclama. Solamente, pregunta. Sólo pregunta. No te lo puedes creer, pero sólo pregunta...

–¿Por qué está aquí?

–Está acusado de asesinato con violación. Años lleva esperando juicio. Nunca falta a la cita. Nunca quiere estar solo. Cuando lleguemos ya estará paseando, mirando con ansiedad. A otro, le llamamos Temple. Distribuidor de droga

a pequeña escala y drogadicto. Drogata. Despaciosos, serenos, templados. Están cadavéricos, en los huesos. Calvos. Tienen la mirada confusa, plana, casi da miedo. Casi nunca habla. Sólo oye, oye, con toda atención, con toda dedicación, como si quisiera aprender, aprender todo al instante. Si alguna vez hace algún comentario, saca alguna conclusión, dice su punto de vista, nunca se equivoca. Otro, es Josú. Siempre con chaqueta y corbata. Siempre educado y meticuloso. Siempre pulcro y considerado. Todos los días hace de monaguillo, aquí, en la cárcel, cuando el cura dice la misa. Siempre es respetuoso. Comedido. Elegante. Está acusado de estafa. Le llamamos Josú, porque una mañana, un andaluz le oyó decir tres o cuatro veces: «Jesús, qué calor!» y le dijo: «Josú con tanto Jesús!». Y se quedó con Josú.

—A ése sí lo vi cuando estábamos hablando. Estuvo merodeando también. Contra el muro, al otro lado, esperando, mirando, estuvo mucho tiempo...

—Y te he dejado para el final a Pedrosimón. Un día se sentó contra el muro, con la caña de una escoba y una cuerda atada al final y se puso a pescar en el patio... Pero nadie menos loco que él. Aquel día decía con voz pausada y por lo bajo: «Y dicen que la pesca es cuestión de paciencia, de paciencia, sólo de paciencia». Algún día, le haremos que te cuente el robo que hizo y cómo lo detuvo la policía. Hay que oírsele a él. Ah, y manda artículos a revistas con el nombre

de Professor Denver. Sobre ocultismo y temas de ésos. Pídeselos. Verás qué personaje, qué personaje.

–Y ahora, al grupo me sumo yo, Ruzafa.

–Y ahora tú; eso es.

–¡Vaya tipos!

–Sí. Hacemos una buena reunión.

–Mañana los conozco.

–Eso es. Mañana, de paseo...

–Esta noche me va a costar dormir, Ruzafa.

ESTÁN los dos en la sala central, inmensa, donde desembocan las seis galerías. En medio, hay una especie de garita gigante, redonda, con cristaleras amplias, y dentro de ella, tres o cuatro vigilas que disponen de varios micrófonos. Desde allí se oyen sus voces, en las distintas galerías, de manera gangosa, no diáfana, pero suficientemente claras: «Locutorio», «enfermería», «se avisa a... », «se informa que... ».

Al locutorio se accede desde esa sala central y se hace ordenadamente, por galerías. A la sexta, le toca a las once. Son menos diez minutos.

Rosich y varios presos comunes de la galería están con ellos dos. Pero Ruzafa y Rancho se mantienen al margen del grupo, solos, fumando un cigarro. En el grupo de Rosich se oyen palabras inconexas dichas a nadie, frases que se inician y no se acaban, bromas juveniles, nerviosas. Incluso se dan empujones infantiles, de colegio. Algunos, silenciosos, se bambolean sobre el suelo, con las manos en los bolsillos.

Un vigila atraviesa la sala. Hay un cierto murmullo en el nuestro y en otros grupos, dispersos pero compactos, aquí y allí.

Ruzafa le dice a Rancho:

–Ahí lo tienes, al hijo de puta ese. El Katanga. Lo más malo que hay por aquí.

Rancho no hace ningún comentario. Sólo mira cómo atraviesa la sala, con pasos rígidos, despacio, sintiéndose observado por muchos.

–Estás nervioso, Rancho.

–Sí. Sí estoy nervioso.

–Es natural.

–Y me pregunto que cómo ha podido... Que cómo ha podido conseguir el permiso para verme. Sin ser familiar, sin ser...

–Aquí el relajo, con nosotros, es cada vez más grande. Les dijo que era tu compañera, pero sin papeles. Que nosotros no creemos en los papeles, pero que era tu compañera desde hace muchos años. Y dieron el permiso.

–Tú ¿la has visto?

–No. Ha estado con Illa. Dos o tres días, ha estado con ella, en la casa, en la panadería.

–Pero, lo de la panadería ¿es verdad?

–Sí, claro. Mi hermano era panadero. En el barrio de Gracia, allí, tuvo la panadería muchos años y ella, sigue allí, con el negocio.

–Y ¿sabes si ha venido sólo para verme?

–Sí. Ha venido sólo para verte.

–Y ¿estará ahí ya, no?

–Debe llevar más de una hora. El registro, la cola, la identificación. Por lo menos, una hora debe llevar ahí.

–Joder, una hora. Faltan dos minutos para las once, Ruzafa.

–Sí, eso es. Dos minutos exactamente.

Se oye la voz gangosa, metálica: «Locutorios. Sexta galería. Locutorios. Sexta galería»

–Rancho, tendrías que hablar con el abogado. Un minuto nada más, un minuto, pero tienes que hablar con él.

–Ruzafa, lo que tenga que decirme a mí ¿no te lo puede decir a ti, hoy?

–Está bien. Está bien. Venga, Rancho, para adelante. Venga. ¡Que ya estará ahí!

EL locutorio también es una sala circular, grande igualmente –aunque mucho más pequeña que la central–, muy luminosa, con ventanales inmensos, enrejados y pintados de blanco los cristales.

Un tablero, bastante ancho, recorre toda la sala y está dividido en dos partes iguales por una mampara de rejillas, finas, pintadas de gris. A un lado y a otro, a intervalos pequeños, están toscos asientos de madera.

El tablero se interrumpe, justo en una puerta blanca, grande, por donde entran los familiares, las visitas. A un lado y otro del tablero, queda un pequeño pasillo que recorren, en un sentido y en otro, cuatro vigilas.

Si los visitantes y los presos deciden no sentarse, sus cabezas quedan por encima de la mampara y las verjillas, y así pueden verse mejor. Si se sientan, hay una pequeña ventana, por donde pueden tocarse las manos, darse alguna cosa con el permiso del vigila, y si se agachan ambos, verse

los rostros, también, con claridad. E incluso besarse, pegando las caras contra la madera del tablero.

Se abre la puerta y de inmediato, Rancho ve a Oddé. Viene agrupada con mujeres y niños, azorada, nerviosa. Tarda en ver a Rancho. Por fin se le acerca, despacio, mirándolo, con un gesto, ya, de desenfado y alegría.

–Rancho...

–Oddé...

–¿Estás bien?

–Sí. Estoy bien.

–¿De verdad?

–Sí. De verdad.

Oddé se sienta. Rancho también. Oddé abre un pequeño bolso que lleva entre las manos y saca una tarjeta postal que le pasa a Rancho. Es del parque en donde se encontraron en París.

–Se ven las estatuas, todo, Oddé.

–Sí. Yo no sé si el banco era ese que se ve ahí, el primero.

–No se ve el hotel. El hotel ¿se llamaba? no me acuerdo.

–Sud. Se llama Sud. Yo paso con frecuencia por la puerta y miro hacia arriba, a las ventanas altas.

–Me alegra que te acuerdes.

–Sí. Sí... Me acuerdo, claro... Quiero saber cómo estás aquí, Rancho.

–Bien. Estoy bien, Oddé.

–Y quiero que me cuentes qué hicieron contigo. Lo del tren... todo.

–Fue duro, Oddé. Fue muy duro.

–Cuéntame.

–Ya no quisiera que habláramos de eso, Oddé. Me gustaría hablar, que hables, de otras cosas. De otras cosas, pero agradables, bonitas como tú.

–He estado con Illa y Pordós, tres días, desde que llegué de París. Han sido días de paz, de mucha paz.

Rancho se da cuenta, ahora, que no ha visto ni a Illa ni a Pordós que están al lado de Oddé, enfrente de Ruzafa.

Rancho se levanta y se pone tras Ruzafa. Illa es una mujer hermosísima, morena, de mirada radiante. Pordós es alto, grande, de cuerpo mal compuesto, de mirada ávida y de gestos lentos y torpes.

–Soy Rancho.

Illa se levanta. Ruzafa también. Pordós sigue sentado, mirando el bullicio de la sala, el desorden y el amontonamiento de la gente.

–Yo soy Illa. Me alegro de verte. He oído hablar mucho de ti.

–Y yo de ti.

–Ha estado conmigo Oddé, unos días. Es un encanto.

–Bien lo sé. Bien lo sé.

–Este es mi hijo, Pordós.

–Pordós, tú... oye...

–Qué...

–Me alegro de conocerte. Soy Rancho...

Pordós no dice nada. Ahora, está mirando fijo a los ojos de Rancho.

–¿Nos veremos pronto?

–Me gustaría mucho, Illa.

–Entonces, encantada y hasta pronto.

–Hasta pronto, Illa, hasta pronto.

Rancho vuelve a su asiento, frente a Oddé. Está llorando. La oye susurrar.

–Yo no fui, Rancho. Yo no te traicioné.

–Has venido sola ¿no?

–¡Yo no te traicioné!

–¿Estarás mucho tiempo aquí?

Oddé se levanta, la mirada roja por el llanto.

–Me voy.

Rancho no dice nada.

–Adiós, Rancho.

–Dame tu dirección, Oddé.

–¿Mi dirección?

Ya está levantada. Las lágrimas, brillando en los pómulos.

–Sí, tu dirección por si alguna vez vuelvo por París.

–Rue Trouin, número 101.

–Rue Trouin, número 101.

–¿Te busco un papel para que lo apuntes?

–No lo olvidaré.

–Adiós, Rancho.

–Adiós, Oddé. Adiós.

Rancho se queda sentado, pálido, con los pies separados sobre el suelo. Oye la voz de Illa:

–Pordós, vete a hablar con el tío Rancho.

Pordós se levanta y se sienta frente a Rancho.

–Tío Dá.

–Hola, Pordós.

El niño tiene los brazos cruzados.

–Me han dicho que eres muy bueno.

–Sí.

–Y que te gusta mucho la música.

–La música, sí. El piano, la guitarra y todo, sí.

–Y ¿pintar?

–Sí.

–¿Y me harás un dibujo para mí?

–Sí.

–¿Y me lo vas a traer el próximo día, cuando vengas?

–Sí. Me han dicho que eres tío Dá.

–Sí. Sí, soy tu tío Dá. Y tú eres mi único sobrino. No tengo otro. Y como eres el único, tienes dos cosas buenas, dos ventajas: eres el mejor sobrino que tengo y eres el que más quiero.

–Yo tengo dos: Tío Dú y tío Dá.

–Y ¿a quién quieres más?

–A Dú.

–¿Y después?

–A Dá.

–Pordós ¿no se te olvidarán los dibujos que me ibas a pintar? Tú, se lo das a Dú y Dú me lo dará a mí. ¿Vale?

–Sí.

–Mete, mete la mano por aquí, Pordós. Por aquí. Eso es Pordós. Nos damos las manos como los hombres grandes. ¿Vale?

–Sí.

–Que hagas los dibujos y los traigas...

–Sí.

–Y que sean bonitos...

–Sí.

–Adiós, Pordós.

–Adiós, Dá.

Ruzafa se levanta en ese momento y coge del brazo a Rancho.

–Espérate que yo me voy contigo.

Y mira a Illa y a Pordós.

–Y vosotros dos...

Illa lo interrumpe con un gesto.

–Yo nunca cuento dos. Yo siempre cuento tres, Ruzafa. Nosotros no somos dos, somos tres.

–Bueno... Que nos cuidemos los tres... todos. Cuidaos, cuidaos mucho.

Y como en un acto convenido, repetido a lo largo de años, Ruzafa pega su cara al tablero y cierra los ojos. Al instante siente sobre su piel los labios salivosos de Pordós.

–ESTA noche los vemos, Rancho. Les he pasado una nota. Los he citado esta noche, en tu celda. De manera, que ya lo sabes.

Ruzafa está nervioso, tenso, se agarra a la barandilla, mira abajo, a las paredes, a la rinconera última del pasillo.

–Que ya sé... ¿qué, Ruzafa?

–Y ¿yo te tengo que explicar a estas alturas, qué hay que decirles a los comunistas estos? ¿No lo sabes de sobra? ¿No lo hemos dicho miles de veces ya? ¿No sabes que no quiero verlos mangoneando por aquí? ¿Diciendo esto para éste y eso para ése? ¿Como si lo de la solidaridad fuera suyo, disponiendo esto y lo otro? ¿Intentando dirigirlo todo, dirigirlo todo?

–Bueno, Ruzafa, está bien. Y ¿por qué estas prisas?

–Pues porque mientras antes y más claro mejor.

–Bueno ¿y se lo tengo que decir yo?

–Sí. Tú vas a hablar y le dices lo que ya sabes. Sin más historias. Cinco minutos.

–Y tú, ¿no vas a venir?

–No. No quiero ni verlos. Ni verlos, siquiera.

–Yo creo, Ruzafa, que tú debes ir. Aunque hable yo. Aunque hable yo sólo y tú no abras la boca.

–Bien. Yo no les hablo, eh. Yo no les hablo.

ESTÁN los cuatro de pie. Chito y Morón, muy juntos, expectantes. Rancho, en mitad de la celda, bajo la luz, y Ruzafa echado sobre el muro, bajo el ventanón, manteniendo en sus ojos la intensidad de unos recuerdos que él se ha propuesto no olvidar.

Se oye la voz de Chito:

–Joder, a los cerca de cuarenta años... ¡todavía con eso!

–Ya, ya.

–¿Todavía no vamos a olvidar?

–No. No vamos a olvidar. No olvidamos. Nosotros, no olvidamos.

–Entonces ¿qué?

–Esta reunión no es para discutir qué nos separa y los años que han pasado de esto o aquello. Es para ver cómo

podemos estar en un sitio como éste, sin estorbarnos. Y si es posible, sin vernos demasiado...

–Joder. Pero hombre, nos diferenciarán muchas cosas, pero, ahora, por lo menos, tenemos una lucha en común, un...

–Nunca tendremos una lucha en común con vosotros...

–Bueno, hombre, bueno. Y ¿entonces?

–Son solamente dos puntos. Que lo que se reciba de la solidaridad es de todos. Y todos los repartimos. Vosotros, a los que queráis de ahí abajo, para darle chorizo y Lenin, y nosotros a los que queramos. Nosotros, tres días a la semana. Y vosotros, los otros tres. Cada cual con su responsabilidad. Y segundo: de propiciar por ahí reuniones de todos, para discutir entre todos, e informar de la situación y todo eso... eso se corta. Nosotros...

–Sí. Ya está. Las cosas están claras. Ya está. Se acabó. ¿Algo más?

–No, nada más.

Chito se queda un momento dudando.

–Bueno, pues ya está. Vamos, Morón.

Cuando se han ido, Rancho ha mirado a Ruzafa. A pesar de su gesto duro, agrio, que aún le queda entre los ojos, no puede disimular que está contento...

Se acerca a Rancho, le coge el brazo, lo aprieta fuerte sin decir una palabra, y cuando traspasa el umbral de la puerta, se vuelve y dice sonriente:

–¡Qué blando eres, Rancho! ¡Eres un merengue!

HA pasado una hora. Rancho está echado en la cama alta, vestido, las mantas tapándole por completo. La puerta, entornada, se abre despacio.

–¡Rancho! ¡Rancho! Soy Domenech.

–¡Domenech! Pasa, hombre, pasa.

–Oye, tú, Rancho... no entiendo nada.

–Son historias antiguas, Domenech. Dolores antiguos.

–No lo puedo entender, tú.

–Están vivos, todavía. Son dolores que tienen ahí. Vete tú a ver qué les pasó, Domenech. Qué tienen ahí, todavía, viviendo.

–Es que Rancho... no, no lo puedo entender.

–Pues entender las cosas antiguas es uno de los trabajos de la gente nueva, Domenech. Entender, comprender. También eso es lo importante ahora, Domenech. Comprender. Comprender.

IX. SALÓN DE PATIO

HACE el sol justo de una mañana fría. El patio termina en un estrechamiento del muro, en un terreno encementado, donde han preparado una cancha de baloncesto –sólo una cesta, y la cesta sin red–, que domina una garita alta con un vigilante armado, y empieza con una puerta estrecha, que da directamente a la galería, donde se sientan dos vigilas. En medio, la tierra permite, pegada al muro a donde dan las ventanas de muchas celdas, que se ocupe esa zona, de vez en cuando, con algunos presos que juegan a la petanca.

Desde cualquier lugar del patio puede verse, a no demasiada distancia, un inmenso edificio de viviendas a cuyas ventanas y balcones, al menos a la hora en que salen al patio los reclusos, no se asoma prácticamente ningún vecino.

Comenzaron a pasear Ruzafa y Rancho a los que se añadió, de inmediato, Zarra que estaba apoyado contra el muro, esperando el momento. En pocos minutos, Temple, Pedrosimón y Josú, se unen al grupo.

ZARRA: ¿Quién lleva más tiempo aquí? Ruzafa: Yo llevo seis años. Josú: Yo, van a ser dos. Temple: Ocho meses. Pedrosimón: Catorce meses. Rancho: Va a ser cinco meses. Josú: Confiemos todos en que nos toque un juez comprensivo, imparcial. Ruzafa: ¿Imparcial? ¿Un juez imparcial? ¿Qué juez es imparcial? ¿No come, no duerme, no cobra, no piensa, no siente, no tiene familia, intereses, amigos? ¿No es de aquí o de allí? ¡Imparcial! Josú: Seguro que hay muchos, que hay algunos, que cumplen la ley, escrupulosamente la ley... Zarra-. ¿La ley es imparcial? Pedrosimón: La ley no tiene sentimientos. Rancho-. La ley la hacen los hombres, los que tienen el poder ¿cómo va a haber imparcialidad? Josú: La imparcialidad de Dios. Zarra-. ¿Le preguntamos a uno que esté en el infierno? Ruzafa: Hablamos de este mundo, del que existe. Que alguien me diga si hay algo imparcial. Imparcial. Imparcial, ¿qué? Temple-, El viento.

RUZAFa: TÚ, Pedrosimón, que estás siempre con la enciclopedia en la mano, con la enciclopedia esa, cuéntanos algo, anda, algo así, interesante. Pedrosimón: Pues al final de su vida, Nerón, joven, joven, iba buscando por el palacio, a gente que lo salvara o gente que se decidiera a matarlo. Y

nadie hacía ni lo uno ni lo otro. Y dijo: Qué jodida vida, no tener ni amigos que te salven, ni enemigos que te maten, Zarra. ¿Dijo, jodida vida? Pedrosimón: Tu mirada siempre se dirige a lo accesorio, nunca a lo fundamental. Nunca a lo fundamental. En la ópera, mirarías al de la batuta. Rancho: Y de Nerón ¿qué más sabes, Pedrosimón? Pedrosimón: Nerón, cuando quería saber si habían envenenado a alguien, lo quemaba, y si entre las cenizas quedaba intacto el corazón, es que lo habían envenenado. Zarra: ¿si quemáramos al Katanga, qué quedaría? Temple: Un cabrón al horno.

PEDROSIMÓN: Que cuente, que cuente, que lo diga Zarra. Rancho: Pero, Zarra, cómo va a contar o va a decir, ¿si Zarra nada más pregunta? Zarra: ¿Seguro? Pedrosimón: Pues que cuente lo suyo, Josú. Josú: Fue una estafa, una estafa. Una tentación, una tentación y... Pedrosimón: Pero una tentación ¿de cuanto? Josú-. De... sesenta millones. Ruzafa: ¿Te confesaste? Josú-. ¡Claro! Ruzafa-. Y ¿te perdonaron? Josú: Sí. Ruzafa: Te dirían que te entregaras a la policía ¿no? Josú: No. Me dijeron que era mejor que trabajara para devolver el dinero. Ruzafa: ¿Los sesenta millones? Josú: Que devolviera los sesenta millones, sí. Ruzafa: ¿Trabajando? ¿De qué, de promotor? Josú-. No, de mi oficio, de representante comercial. Rancho: Joder! Pedrosimón: Y ¿cuánto has devuelto hasta ahora? Josú: Porque se terció la detención y esto de la cárcel. Pedrosimón: Pero ¿cuánto

tenías ya? Josú—. Veintisiete mil pesetas que tiene guardadas el cura. Pedrosimón: ¡Bendito sea Dios!

—PEDROSIMÓN, ven. Ahora que Ruzafa ha ido a locutorios y se acabó el paseo, ¿nos sentamos los dos ahí, y me cuentas lo de tu atraco?

—¿Lo de mi atraco? Sí, hombre. Ahora mismo te lo cuento. Ahora mismo. En un momento.

—Pues, venga.

Rancho y Pedrosimón se sientan en el suelo y se echan sobre el muro. Pedrosimón no fuma. Rancho, ha encendido un cigarro.

—Yo estaba fresco, fresco. No es que hubiera bebido ni nada, estaba fresco. Estaba seco, seco por dentro y seco por fuera. Estaba como loco, pero sereno, tranquilo, tranquilo. Una cosa rara. Vi la joyería. Nada, una cosa normal, pero estaba todo ¡tan iluminado! Anillos, pendientes, relojes, pulseras... Todo, muy brillante. Total: un chaval llegó con su moto, de esas de campo través, altas, de muchos colores, y la paró enfrente, enfrente, justo enfrente de la joyería y se metió en un bar. Oye, la llave de contacto, puesta. Me entró... ¡No te puedes imaginar lo que me entró! Cogí la moto, me metí a la derecha, por una callejuela, di media vuelta, y entré justo por la calle: enfrente, enfrente, el escaparate dorado. Entré como un tanque, como un loco.

Eché abajo el escaparate, la moto marchando, encima de las riquezas aquellas. Y empecé a coger. A coger. De todo, relojes, relojes sobre todo, collares, y las cosas que más brillaban. En los bolsillos del pantalón, de la camisa, de la chamarra, hasta en una de las manos llevaba yo un montón de relojes. La gente, quieta. La gente no se mueve, asustada. Hasta el chaval, el dueño de la moto, salió del bar, pero no se acercaba, gritaba desde lejos: ¡Tú, tú, deja la moto, deja la moto! La moto marchando, oye, la cogí, la puse derecha, me monté y zumbando. Dentro de la joyería salía el pitido de una alarma, tremenda, tremenda. Y yo, venga, para adelante. Hala, para adelante, venga, con mi moto. Y a los tres minutos oí las sirenas, tú. Detrás de mí, como locos. Como locos. Venían detrás de mí, como locos. Tropezando de acá para allá, a la izquierda y a la derecha. Y yo, zumbando, para arriba. Era una cuesta empinada, y me dije, ahí los dejo, estas motos, lo mejor para las cuestas y ¡cómo subía!, ¡cómo subía! Y de pronto, Rancho, de pronto oigo el ruido ese, el ruido de que gasolina no hay, tú, se acabó. Que se acabó. Y por más que tires del cuerpo para adelante, que aceleres, te vas quedando, quedando. Te vas quedando parado, con la sirena en el culo. Y lo tiré todo. Eché la moto al suelo, saqué todo lo de los bolsillos, y empecé a tirar para allá y para acá, las pulseras, los relojes, los anillos, todo, con la gente apelotonada, entonces sí que se movía la gente, cogiendo las cosas, allí entre los coches y con la sirena gritando, gritando, no se quitaban y yo eché a correr, a correr, hasta que me cazaron. A los diez minutos, en un

portal, me cazaron. En un portal de esos, de buena casa, con macetones en la puerta. Y en uno de ellos, metí lo único con lo que me quedé, este reloj «Titán» de oro. Este. En locutorios, le dije a mi sobrino, oye, allí, en el macetón, oye, se lo dije. Y fue y me lo trajo y dijo que, si era un regalo y tal, y aquí lo tengo, «Titán» de oro.

–¿De oro? Pero...

–De oro blanco será. Porque allí todo lo que había era de oro.

–¡RANCHO! ¡Rancho!

No lo había visto. Está junto a un grupo de presos que juegan a la petanca.

–¡Rancho! Tengo noticias. Vente. Vamos a hablar.

–¿Qué, Ruzafa?

–Ya saben quién fue el traidor.

–Traidor... ¿de qué?

–El de París. El que se chivó lo de tu tren...

–¿Quién? ¿Quién fue?

–El Mami. Uno que le dicen el Mami.

–¿Mami? ¿Seguro?

–Sí. Era uno de los de confianza, confianza, de Feliú. Llevaba con él más de seis años. Hijo de exiliados, de compañeros. Lo fueron cerrando, cerrando, poco a poco, cerrando, y poniéndole trampas. Se dio cuenta y voló. Por pelos, pero voló.

–¿Se sabe más?

–Es un confidente. Un soplón. Durante años, cobrando de la Embajada.

–Y ¿lo cogerán?

–Han dicho que sí, que seguro. Saben, seguro, que está en Marsella. Lo vieron por un barrio que conocen bien. No podrá salir.

–¿Lo matarán?

–Me imagino que sí.

–Me gustaría... me gustaría...

–¿Qué? ¿Matarlo tú?

–No. No. Hablar con él. Verlo. Que me dijera. Verle la cara. Hablar con él.

Ruzafa, asiente con la cabeza una y otra vez. Fuma despacio. Llega, de muy lejos, del otro lado de la tapia, el bullicio de la calle, cuando como por ráfagas, se hace un silencio en el patio.

–Rancho, ¿te puedo decir?

–Sí.

–Creías que fue Oddé, ¿verdad?

–Sí. Así lo creía. Sí.

–Ella estaba seguro que tú lo creías. Se lo dijo a Illa.

–Ya lo sé. Ya.

–Y ¿ahora?

–Ruzafa... siento...

–¿Como cuando de muchacho te quedabas en cueros y te tirabas al río?

–Sí. Sí. Ese frescor es el que siento ahora.

RUZAFa: Léenos un artículo Pedrosimón, el último que hayas escrito. El último que te hayan publicado en el periódico ése. Rancho–, ¿Pero tú los escribes aquí, allí en la celda? Pedrosimón: Sí. En la celda estamos cuatro. Brutos, son brutos, sí. Pero, oye, cojo la enciclopedia, un bolígrafo,

cojo mis folios y me pongo a escribir, oye, tú, me respetan. Se quedan así... me respetan. Ruzafa: Bueno, pues léelo, léelo. Pedrosimón: Es de una sección semanal: «El rincón de la verdad oriental», la titulo. Semanal, y me pagan 850 pesetas por cada artículo. Temple-. Joder! Ruzafa: Venga, venga. ¡Leyendo ya! Pedrosimón-. Las sombras son reductos de nuestra luz. Confucio decía: la sombra, nuestra sombra, nos separa de nosotros pero nos sitúa en el mundo. Y así, nuestras dudas que son nuestras sombras, nos llevan a nuestras ignorancias pero también a nuestras certezas. No hagamos nunca como aquel labrador mongol, de hace muchísimos años, que confundía siempre las certezas con las ignorancias. Sacaba agua del pozo, las llamaba verduras. Recogía las verduras del huerto y las metía en el cántaro. Enloqueció la mujer y enloqueció también el hijo que tenían. Y el labrador, dijo: ahora han comprendido todo. Queridos lectores, ya no puede negarse que tras las sombras está la luz. La luz que da luz a todo. Entenderemos la enfermedad, la muerte de los seres queridos, la razón última de la salud, incluso el misterio del azar y de su regocijo, la indiferencia de los astros con nosotros, los misterios de estrellas y crepúsculos, si cuando llega la noche, esta noche, querido lector, cuando te inunden las sombras, miras más allá de la oscuridad. Temple-, Joder! Joder!

ZARRA: ¿Quién no sabe cuando una mujer quiere o no quiere? ¿Le gusta o no le gusta? ¿Quién lo sabe por la cara que pone y sus ojos cuarteados, el aquí y allá de las piernas

por el aire, lo sabe? ¿Y quién no siente, debajo, a la mujer que se vuelve loca, loca, que temblaba, temblaba debajo, chiquita como era, cómo temblaba? ¿Y quién me dice a mí que no se asfixió, que le falló el corazón, cuando se ahogaba, uh, uh, uh, muy bajito lo decía, cada vez más bajo, ahí debajo mía? ¿Quién lo sabe? ¿Y qué hombre se queda allí, a la vera del pueblo como era, allí, para que la gente lo vea, se queda allí, y no se va y se encierra en su casa para que pase el viento, la tormenta ésa que tiene uno en las sienes? ¿Quién se queda ahí? Rancho: Pero, Zarra, ¡tú tienes que saber si la mataste o no! ¡Sí o no! Zarra, ¡sí o no! Zarra. ¿y si digo sí? Josú: Dios, ¡Dios, te perdone!

PEDROSIMÓN: También tengo un locutorio... Zarra: ¿Locutorio? Pedrosimón: ¡Consultorio, consultorio! Josú: ¿Y cómo lo llama usted? Pedrosimón: Lo firmo Professor Denver, y lo llamo: «Luz, entre las tinieblas». Yo me escribo las cartas y yo me las contesto. ¿Cómo voy a dar esta dirección? Rancho: Venga, ¡un ejemplo! Temple. Con uno, ya nos hacemos cargo. Pedrosimón: Mi abuela, que murió en noviembre pasado, me habla, desde el mes de mayo, todos los miércoles noche, y es ella por los detalles que me da y las cosas que me dice, pero su voz y su risa son diferentes, no sé, querido Professor...

¿Y qué le has contestado? Pedrosimón: Piensa, querida joven, que la voz de tu abuela y su risa, vienen de las tinieblas del más allá, de la noche que es infinita. Y es

imposible pensar, que a pesar de que te hable un espíritu, la distancia no afecte...

OTRA vez, ese comité de recepción, en el pasillo, descompuesto en pequeñísimos grupos: Chito y Morón, con Domenech; Rosich, nervioso y solo como siempre, con sus gafas enormes resbalando por su nariz, y Rancho y Ruzafa, los últimos, junto a la celda 10, fumando.

–Y ¿cómo se llama, Ruzafa?

–No lo sé. Sólo me han dicho que entraba hoy un socialista.

– Pero... ¿Un socialista?

–Sí. Un socialista, de los de Largo y Julián, y no de esos líos que, para engañar a la gente, montan estos comunistas de mierda, que se llaman socialistas y no lo son.

–¿Joven?

–Sí. Joven, me han dicho.

–Y ¿qué?

–Será de esos con gafas, que saben idiomas. Muchos libros y poca vida.

–Bueno, veremos.

–Pero, por lo menos, no se ha dejado engañar por estos comunistas de mierda...

La verja de la galería se ha abierto y entra Katanga seguido por un joven, su rostro tapado con el fardo del petate que lleva sobre el hombro izquierdo.

Los primeros que lo saludan son Chito, Morón y Domenech.

–Salud. Bienvenido. Somos comunistas.

–Salud. Soy socialista.

Después, Rosich.

–Soy Rosich. De los Autónomos.

–Tú fuiste compañero de Peiró ¿no?

–Sí.

–Pues, salud. Salud.

Se acerca a Ruzafa y Rancho.

–Somos Rancho y Ruzafa, anarquistas.

–Soy Ginés, socialista.

–Oiga ¿se puede quedar aquí unos minutos con nosotros?

Dice Katanga:

–Cinco minutos. Lo que tarde en bajar, que se me olvidaron unos papeles abajo. Cinco minutos.

–Y entonces, tú ¿socialista de los de verdad?

–Hombre, eso intento, ser de los de verdad.

–¿Sabes cómo te vamos a llamar nosotros? Te vamos a llamar Kaustky.

–¿Kaustky?, bueno...

–Qué ¿no te gusta?

–Hombre, me gustaría más Pablo, Julián, Iglesias... A lo mejor, cuando pase un tiempo y charlemos, me cambiáis el nombre por alguno de esos...

Dice sonriente Ruzafa:

–Bueno, ya lo veremos... Salud. Y ya te abriremos.

–No entiendo...

–Sí. Tú, métete ahí, que ya te abriremos, Kaustky.

Katanga ha llegado con sus papeles, le ha hecho recoger el petate y lo ha metido en la 12. Rancho lo ha mirado hasta verlo desaparecer en la celda.

Rancho le pregunta a Ruzafa:

–¿Qué? ¿Qué te parece?

–Esta gente es como desparramada, Rancho.

–¿Qué dices?

–Que esta gente es como desparramada.

–¿Desparramada?

–Sí, ocupan mucho campo pero no sé si germinan.

RUZAFa: ¿Sabéis que en no sé qué sitio, Kissinger dijo que no había un político sudamericano que aguantara un cañonazo de un millón de dólares? Y le contestó uno, le dijo: sí, sí, todos se venden a los dólares americanos, como, por ejemplo, Allende y el Ché. Josú: Oigan ustedes, ahí, por esos dos señores, siento yo un respeto grande, pero grande de verdad. 'Runcho'. Sobre todo, si están muertos... si siguieran vivos... Zarra-. ¿Quién no quiere saber todo sobre la Inquisición, que le expliquen a uno de verdad las cosas de Stalin, de ese Durruti? ¿Quién? Temple-. A mí no me interesan ésos. A mí lo que me interesa es que me expliquen las cosas de hoy con palabras de hoy. Rancho-. Eso, eso, eso es lo que necesitamos. Gente que exija para hoy, gente de hoy. Temple-. Y digo yo, Ruzafa, ¿como se mete uno en lo vuestro? Ruzafa-, En lo nuestro no se ingresa, se es.

–RANCHO, como estés con Rosich para arriba y para abajo, y en su celda y oyéndolo y todo eso, vas listo. Porque ahora, mañana o pasado...

–Pasado mañana, Rancho. Pasado mañana.

–Ah, ya te lo dijo. Pasado mañana es el aniversario de lo de Peiró y se vuelve loco, Rancho, se vuelve loco. No aguanta estar solo, grita que se va a matar, le dan ataques de histeria, pierde el control. Lo agarrotaron aquí, ahí abajo, en un sótano, no le dejaron verlo; total, todavía no ha podido con eso.

–¿Tú estabas aquí?

–Sí. Ya estaba.

–¿Y?

–Se hizo ese silencio tremendo, terrible, en toda la cárcel, a la hora en que lo mataban.

–Tú has oído ese silencio otras veces ¿no?

–Lo oí muchas veces, sí. Muchas veces.

–¿Muchas?

–Sí. Muchas.

Ruzafa está en la celda de Rancho. Cuando Rancho hizo el ademán de levantarse de la cama al verlo, Ruzafa se lo impidió con un gesto seco.

Ahora están los dos, sin verse. Rancho, en la cama alta, tumbado sobre el petate y Ruzafa sentado al filo del somier de la otra cama. Hablan con una voz lenta, baja, cayendo la tarde. La luz sedante del atardecer.

–¿Familiares?

–Eso ya pasó. Pasó. No me gusta hablar de aquello. Siempre que se habla de aquello se termina hablando de uno... ¿entiendes?

–Entiendo, sí.

–Pues nada, yo quería avisarte de esas cosas, de Rosich.

–Sí. Pero yo voy a ir, Ruzafa. Le voy a dar compañía.

–Pues ya sabes. Irán Morón, representando al Partido. Como sabes tú que es esta gente, se pone allí sin decir palabra y se acabó. Y a lo mejor, va Domenech, ése, que parece un sentimental, que a lo mejor se echa a llorar. Y Kaustky, que si le han dejado la puerta sin cerrar, a lo mejor aparece y dice algo filosófico sobre la muerte. Y tú...

Ruzafa se había levantado. Miraba a Rancho que seguía tumbado, las manos haciendo almohada bajo su cabeza.

–Yo... Yo comprendo que tú vayas, Rancho...

–Ruzafa, me alegra que lo entiendas...

Ruzafa vuelve su cabeza hacia las rejas, donde la última luz se desvanece.

–Fusilaron a mi madre y a mi hermana, Rancho. Y ese silencio... cuando mataron a mi hermana, siendo yo un chaval, un chaval...

–Ruzafa, cuando se habla así no se habla de uno, se habla de nuestra gente.

–Bueno, Rancho. Me voy.

En la puerta de la celda, se ha vuelto... Se ha vuelto, y dice:

–¿Sabes? Quizá lleves razón, Rancho. Quizá.

–Salud, Ruzafa.

–Salud, Rancho.

RANCHO deja el grupo y se acerca a un tipo seco, gitano, que está sentado sobre el cemento en el último ángulo del patio, y echado sobre el muro.

–Bajío ¿qué?

–Y tú ¿qué?

–Que venías por si me cantabas esas carceleras, otra vez, Bajío.

Rancho se sienta a su lado. Bajío, pone los brazos sobre sus piernas flexionadas, separa la espalda del muro, mete la cabeza entre sus piernas, y canta con voz tronca:

«Sentaito estaba yo en mi petate
con mi cabesita echá pa atrás,
me acordaba de mi madre,
mih hijoh ¿cómo estarán?»

Rancho le echa el brazo por encima de los hombros a Bajío.

–Me acuerdo de mis padres, Bajío.

–Yo, de mi madre y de mih hijoh.

X. ÚLTIMO

ROSICH andaba nervioso por el patio. Perdiéndose entre la gente, pegándose al muro, sentándose de pronto en un rincón. Hablaba con unos y con otros frases cortas, repetidas hasta la saciedad, y se parapetaba en algunos para no saludar a otros.

Todavía no habían llegado Josú ni Temple que se habían acercado a enfermería, y Zarra y Pedrosimón andaban por allí, también sin rumbo fijo, esperando el momento en que pudiera iniciarse el grupo y el paseo.

También los esperaban Rancho y Ruzafa, sentados en el suelo, fumando.

Por fin, Rosich, se decidió a hablar con Rancho. Se acercó a los dos, sin mirar a Ruzafa.

–Salud.

–Salud.

–Que quería yo hablar un momento... con Rancho.

–Dime.

Rancho se levanta de inmediato. Ruzafa se queda sentado, sin decir palabra y mirando al vacío. Rancho y Rosich se apartan unos metros.

–Que esta tarde, que me gustaría que fueras a tomar café a mi celda. Voy a invitar a algunos más. A Morón, que vino el año pasado, a Domenech, si te parece bien y algo le diré a Kaustky, a ver si puede. ¿Qué te parece?

–Muy bien. Estupendo. Cuenta conmigo.

–¿Sabes por qué? ¿Sabes por qué os invito, no? Recuerdas ¿no?

–Sí, claro. No te preocupes, nada más termine de comer, a las tres, estoy en tu celda, seguro.

–Yo se lo dije anoche a Morón, que me dijo que va. Y se lo diré ahora a Domenech en cuanto lo vea, por si quiere ir... y durante la comida, algo le diré a Kaustky. ¿Qué te parece?

–Que muy bien, Rosich. Muy bien.

–Bueno, pues nada. Nada más.

–Salud.

–Salud.

Rosich, con un movimiento rápido y descompuesto, se aleja de Rancho.

–Oye, tú, Rosich, ¿quieres que demos un paseo? ¿Qué demos un paseo y charlemos un rato?

Rosich, sin volver la cara, hace un gesto con las manos.

–No. No. Salud.

–Pues nada, Rosich. Hasta luego.

CUANDO Rancho llega a la celda, Rosich ya ha extendido en el suelo las mantas para que puedan tomar el café sentados sobre ellas. A la derecha, y sobre la mesita, minúscula, tiene encendido un pequeño infiernillo eléctrico donde hace el café. Y a su lado, unas botellas de leche que todavía no ha abierto. Sobre un plato de plástico, ya ha puesto un montón de galletas y algunas magdalenas. Y en la esquina, al mismo borde, meticulosamente ordenados, unos paquetes de cigarrillos y unas cajas de cerillas.

En la esquina opuesta, la luz indecisa de una vela encendida.

Hace un poco de calor allí. El sol debe pegar fuerte al otro lado del muro y la claridad entra por la ventana alta, radiante.

Sobre el petate, arriba, ahora sin mantas, hay un rimerito de libros y algunas libretas, una de ellas abierta.

Está escuchando música, de pie, en mitad de la celda y cuando se da cuenta que alguien, a sus espaldas, va a entrar, apaga la radio inmediatamente. No se vuelve al instante. Todavía, casi un minuto larguísimo, mira el cartel de Gaudí sin mover un músculo. Después, despacio, muy despacio, se vuelve con una sonrisa helada entre los labios, las gafas alzadas sobre la nariz todavía.

Está muy pálido y se mueve con ansiedad.

–Que soy el primero ¿no?

–Sí. Pasa, Rancho, pasa.

–Si quieres, me voy y vuelvo más tarde.

– No, no, no te vayas.

Atrás se oye la voz de Morón.

–Salud.

–Ya está aquí Morón. Sentaos, sentaos... y ¡Domenech! Venga, Domenech, pasa y siéntate.

Domenech, sus pelos mojados, recién peinado, sonriente y relajado.

–¿Y viene Kaustky?

–Hasta las tres no entraba el turno nuevo... depende de quién entre... pero yo creo que sí... esta noche termina el periodo.

Morón se ha quitado la boina y se ha sentado, silencioso, como si hubiera entrado en un funeral. Domenech ha intercambiado tabaco con Rancho. Y Rosich, prepara afanoso el café para todos.

Kaustky aparece en la puerta de la celda. Se ha enfundado un jersey negro, amplio y largo. Rosich lo mira despacio. Abre su boca como para coger aire, despacio.

–Bueno, estamos todos... Os pongo el café.

EN el juicio, Peiró, desde el primer momento, se hizo responsable de todo. De la organización del grupo, de su formación, de su dirección, de todo. De decidir, él solo, el atraco –sitio, día y hora, le preguntaron y él dijo eso, así es –y de comenzar a disparar y ser el único responsable de la muerte del policía nacional y del pobre cajero que se puso a chillar y chillar como un loco, aunque no pudo negar que yo también había disparado, él sí, también disparó. Yo, sentado en el mismo banco, no era capaz de mirarlo, mi mirada en

mis propios pies, mientras Peiró, con su voz serena, diáfana y firme, iba asumiendo para él sólo, fui yo, fui yo, ésa es la verdad, la desgracia aquella que incumbía a los dos, que entre los dos habíamos levantado de la nada como una aventura, un viaje de sueños, una historia en la que sentirnos, los dos, valientes e insumisos, guerrilleros del mundo, salteadores de caminos que reparten pan y justicia, pan y justicia. Yo no lo había visto desde el mismo día de nuestra detención a la misma puerta de la sucursal, en medio de aquel griterío, aquel desorden, gris y sol, aquel ruido infernal de las sirenas, era ahogarse, ahogarse, teniendo todo el aire de la calle para ti y sin poder sorberlo, tomarlo, meterlo en los pulmones, la boca abierta, ansia, ansia y ahogo, cuando ya esposaban a Peiró al otro lado de la callejuela, no, no me muevo, no me muevo, lo vi con las dos manos contra la pared, las piernas en arco y aquel tipo con la pistola contra su nuca, también él asfixiándose, la baba, y la boca abierta y yo, incapaz de dar un paso, allí en medio, me cogieron allí mismo, no dispare, no, no dispare, la violencia en todos los ojos turbios, alrededor la gente quieta y ansiosa, ya no lo vi más, hasta que oía entonces su voz entera, ahí al lado, así es, así es, y adivinaba sus modales suaves, su mirada frontal, la elegancia de sus gestos, la delgadez de su cara. La sala espaciosa y de techo alto que la Capitanía había adecuado para el juicio, el sol muy fuerte contra la cal y el humo azul, azul de los cigarrillos, alto y lento, denso y pastoso, arriba, rasgado por la luz, con los bancos atrás, pegados a nuestra espalda, donde mi madre

no fue capaz de ir, no, no, no podría verlo, mis tíos sí, los dos los pies tan juntos posados tan livianos sobre el suelo de madera, con sus mejores ropas, tan quietos, tan respetuosos, tan asustados. También algunos amigos de la Facultad, también Cinta con los ojos tan tristes, sin comprender qué hicimos, nivelados por la lividez como por una sombra o una nube y en el primer banco, la madre de Peiró, su pelo atrás, el oro de un anillo solitario en sus manos tan delgadas, sus ojos despejados, tan lejana y allí sabiendo estar tan cerca, su padre, hijo mío, hijo mío, decía, enteco, y el hermano mayor, sus ojos fijos en la espalda de Peiró y en su mano derecha la mano de ese chavalillo rubio, con los ojos azules, Ángel, Ángel, y que Peiró había mirado sonriente cuando entrábamos, sus labios diciendo Ángel, Ángel, sólo un gesto sin voz y a su madre, al final, las manos esposadas abiertas en un saludo, ya no lo traigas más, ya lo he visto, os quiero tanto, todo va a salir bien, salir bien. Aquellas horas, tan monótonas, tan lentas, las palabras lejanas, iguales siempre, tono y voz, y yo diciendo sí, no, lo firmé pero ya dije que no fue así y Peiró, sí, sí, no, todo consta en el acta, que ya sé, eso yo no lo pude decir nunca, nunca lo pude decir. Y los llantos atrás, aquel barullo inmenso, dios mío, dios mío, decían las voces, unos de pie, otros con la cara entre las manos, no, no, y algunos quietos, quietos, sin mueca alguna, frío, frío en la piel, cuando dijeron, otros levantándose deprisa, saliendo de la sala, para decirlo a quién, las dos penas de muerte, penas de muerte. Los dos. Y aquel hombre, pegado a nuestras caras, que yo

oía lejos, lejos, como detrás de un monte, conmutarán, conmutarán, seguro, seguro, y, a nuestra espalda, dios mío, dios mío, unas manos, unas manos de amor, rozando nuestros hombros, nunca, nunca así, sentí nada de tanto amor, he sentido, nunca, de verdad, dios mío, dios mío. Y yo le dije, en el pasillo, que ya nos llevaban, Peiró, Peiró, sin saber qué añadir, que decir detrás de su nombre y él me miró, igual, y resultó igual, me dijo Rosich, Rosich, y no dijo nada más, mirando, me estaba rozando con los ojos, y por aquella puerta a él y a mí pasillo adelante, pasillo adelante, un pasillo infinito, y ya no pude verle más, ya no lo vi más, no pude verlo, no me dejaron, ni siquiera un segundo, un minuto siquiera, de lejos, aún de lejos, un segundo nada más, les pedí, sin que él me vea, prometiendo, y no, no, ya no pude verlo nunca más, ya nunca más. Fueron unas horas que pasaron sin ansiedad, como viviendo por dentro de una sombra, o que discurren por encima de tu mirada y nunca puedes ver, o en esas barcas de remos suaves, deslizarse, deslizarse, sobre lo irreal, al instante real, como un sueño que es el propio sueño que se despierta dentro de ti, sin despertarte tú. Me dijeron, nerviosos, sí, sí, atropellados, con el papel en la mano, desde el mismo umbral de la puerta, entreabierta todavía, te conmutan, te conmutan, y yo dije en seguida, ¿y Peiró?, ¿y Peiró?, y, todavía no, a él todavía no, y yo comprendí en seguida, en seguida, ya nunca lo pregunté más, ellos eran los que venían diciéndome, todavía no, todavía no sabemos, aunque, aunque, siempre hay tiempo, sabiendo yo, yo lo supe en seguida que ya a

Peiró nunca más, no oyeron de mis labios ni una sola vez más, ni una sola vez más, que si a él también, ni siquiera el día ése de luz hermosísima que vinieron, te sacan, te sacan, sales de aquí, te llevan a la cárcel y a él también me dijeron, aunque todavía no se sabe, no dicen nada, nada, aunque siempre es posible, él va también, sí, a la misma cárcel, pero él a otra, a otra galería, tu madre sólo dice, gracias a Dios, gracias a Dios. Lo llevaban al patio a horas solitarias. Y pasaba mucho tiempo en la celda, leyendo o releendo a Valle Inclán o estudiando ajedrez, su pasión favorita. Cada semana podía ver a su abogado y a su familia y todas las tardes que quisiera, al capellán. Fue el capellán nuestro medio de comunicación casi diario, el medio por el que sabíamos de nosotros. El mismo se ofreció una mañana, en mi celda, durante el desayuno. Y con mucha frecuencia llegaba aquí, y yo le hablaba, le hablaba, le preguntaba por miles de cosas. Pero poco a poco, las ideas, las frases, las preguntas, todos los asuntos, se fueron vaciando de sentido, se fueron difuminando, repitiéndose, hasta hacerse líquidos. Era imposible comunicarse así, poner vida en común, levantar los recuerdos, aspa ventar los temores. Siguió aquella comunicación durante meses, cada vez que el capellán podía, pero nos íbamos diciendo, cada vez más, frases hechas, lugares comunes, palabras sin techo y sin suelo, sin carnes. ¿Estás bien?, ¿recuerdas aquellos paseos?, la verdad es que nunca he sentido un miedo aterrador, mi madre te manda un abrazo fuerte, hoy cumple Ángel quince años... ¿Quién puede hablar de la muerte, de la soledad, del

tiempo devorador, de lo inasible, del terror, de las vigili-
as eternas, de la noche, sin mirar al otro a los ojos, tocar sus
manos, verlo mover su cuerpo, entrar por el hueco de su
voz, compartir agua, café, tabaco, silencio? Doce horas antes
le comunicaron que lo iban a matar. A las seis de la tarde se
presentó el Director de la cárcel y desde el mismo umbral de
la puerta, se lo comunicó. A su lado estaba el capellán. Peiró
recogió el tablero de ajedrez, guardó lentamente las fichas,
y pidió diez minutos. Miró al cura y le dijo, quédese que le
quiero encargar algunas cosas. Al capellán le dio todo. Las
fichas, el tablero, unos libros, una libreta escrita con letras
indescifrables, su pluma y su reloj. Si todo esto se lo da usted
a alguien, dáselo a Rosich. A mi familia, nada, no le dé nada.
¿Qué otra cosa que tristeza, les daría tocarlas, abrir un cajón
y encontrarse con ellas? Dáselo todo a Rosich. Lo bajaron al
sótano, aquí, al que está aquí, abajo, debajo de esta galería.
Y allí lo pusieron en una sala grande, sentado en el centro,
todavía esposado. Estaba sereno, con sus zapatillas de
deportes, su jersey verde y un pantalón negro, ancho.
Acababa de peinarse, su cabeza mojada. Había en la sala un
silencio absoluto, aunque siempre le acompañaron un
mínimo de seis o siete personas. Nadie pasaba de murmurar
una frase necesaria o de expresar levemente lo que quería
con un gesto de la cara o las manos. Sí, lo sabe su familia, sí,
y quiere verlo. Y él ha dicho no, con la cabeza, no, mientras
le quitan las esposas. Están fuera sus padres y su hermano
mayor. Y él ha vuelto a decir que no, con la cabeza. El
verdugo ha llegado de Madrid, a las tres de la mañana, en

un coche de la Guardia Civil y la custodia de dos números. Ha tomado un café, una copa de coñac y ha bajado a la pequeña habitación en penumbra, donde ya tienen clavado el poste y en donde, de inmediato, ha empezado a poner las tuercas de fijación y las abrazaderas. ¿Y el Peiró ése es fuerte, es alto? El estuche del garrote lo tiene abierto a su lado izquierdo y ha pedido una silla, cualquiera, una silla cualquiera, de por ahí, para ponerla pegada contra el poste. Necesito dos, dos, fuertes, para agarrarlo por los hombros para que yo pueda trabajar pronto y limpio, cuando haya que hacer el trabajo. Y ha montado el garrote, dejando abierto el corbatín. Por último, ha puesto la manivela, justo para accionarla, fuerte y rápido, con la mano derecha. Y ha mirado la corredera con toda atención y ha probado el freno del trinquete. Al fondo del pasillo se ha oído cerrarse, atronadora, una puerta metálica. Peiró no ha movido la cabeza. Se ha oído con toda claridad su voz, que suban, que vengan, que vengan, por favor. Casi de inmediato se ha abierto la puerta. Otra voz, desde fuera, ha dicho, cinco minutos, sólo cinco minutos, por favor. Peiró ha oído los pasos pero no ha levantado su cabeza todavía. Se ha acercado su madre, que ha bajado su mano y ha tocado suavemente la rodilla de Peiró. Ahora ha puesto sus dos manos sobre los hombros. El padre sólo se ha puesto a su lado. Al otro, rozando pierna con pierna, su hermano mayor. No se oye un ruido, no se distingue un llanto, no se ve una lágrima. Se quedan los cuatro así, en un grupo cerrado, compacto, muy juntos unos de otros. La madre ha puesto

una mano sobre la cabeza de Peiró y despacio, despacio, ha bajado sus labios hasta besarla. Le han quitado las esposas. Peiró se abraza con ellos. Los cuatro, abrazados entre sí. Ya, por favor, ya, por favor, han entrado para separarlos. Peiró ha vuelto su cuerpo hacia la pared. Sólo el hermano ha vuelto la cara para mirarlo. Tras la puerta se oyen unos llantos. Una mano se ha puesto sobre el hombro de Peiró, toma, toma, bebe, le ha dicho el vigila toma, ofreciéndole una botella de coñac, bebe, bebe, bebe más. Más. Alguien lo ha esposado de nuevo. Se ha abierto bruscamente la puerta. Han entrado cuatro hombres, que han cogido a Peiró por los brazos. En volandas lo han sacado de la habitación, lo llevan por el pasillo, vamos, vamos, vamos, y de una patada han abierto una puerta gris, azulenca, todo es rapidísimo, las respiraciones hondas. El verdugo se está remangando, vamos, vamos, vamos a terminar pronto, y Peiró dijo no, no, cuando lo comienzan a atar a la silla y no, no, cuando le ponen la capucha. La muerte no hace casi ruido. El verdugo ha hecho dos o tres movimientos bruscos con la manivela. Las piernas de Peiró, juntas, se han alzado repentinamente. Y después se han estirado. El verdugo tiene la manivela cogida fuerte y la sostiene en la misma posición con firmeza, tiene la cara roja. Un hombre, lívido, se ha acercado a Peiró y ha puesto los dedos sobre su muñeca, quieta, y después, sin mirar, ha buscado bajo la capucha, un pulso que ya no existía. El verdugo ha abierto el collarín. Le ha quitado la capucha y con ella, levemente, ha limpiado la babilla de entre los labios de Peiró. Su cabeza queda

colgando sin sujeción alguna, como un acordeón o la de esos muñecos que se quedan sin serrín por dentro. Han puesto el ataúd allá, al lado del poste. Le han quitado las cuerdas. Las esposas, no. El verdugo lo ha tomado por la cabeza, un hombre por las piernas, y otros dos por sus brazos. Tampoco hizo ruido la tapa del ataúd, cuando el capellán, despacio, despacio, decidió cerrarlo.

MORÓN se ha levantado, se ha puesto su boina despacio, con toda parsimonia y le ha dado la mano a Rosich:

–Nada, camarada. Ánimo y salud.

Con un gesto sobrio se ha despedido de los demás. Rosich está muy pálido, pero parece descansado, como aquel que se libera de una pesadilla o se preserva definitivamente de una persecución.

Domenech se mueve impaciente. Habla con voz emocionada, entrecortada.

–Razón, razón de más para continuar. Para no detenerse. Para reforzarse por dentro de uno. Para agruparse. Para no cejar ni un instante. Y Rosich, tú no puedes estar con todo eso que nos has contado, ahí, dentro, y soltarlo de año en año. Tú tienes que hablar de eso, hablarnos de eso cada vez que lo necesites. Habla conmigo, con nosotros, con quien quieras, pero habla. Que no te empoces. Que no te metas en el boquete. Y... ¿te puedo decir otra cosa, Rosich?

–Sí. Dime. Dime.

Rosich está de espalda al grupo, preparándose un café

–Sí. Dime. Dime.

Ahora se ha sentado. Mira a Domenech.

–A Peiró lo mataron ellos, Rosich. Ellos. Tú no fuiste más que un compañero, un buen compañero. Tú no tienes ninguna culpa. No tienes ninguna culpa. Lo mataron ellos. Tú fuiste, lo que fuiste siempre para él: un buen compañero, un camarada. Y lo fuiste hasta el final. ¿Me entiendes? ¿Tú me entiendes lo que te quiero decir? Tú no hiciste otra cosa que sufrir y acompañarlo. Tu vida no es su muerte. Tú no vives porque él murió. Ni él murió para que tú vivieras. ¡Fueron ellos! ¿Me comprendes? ¡Fueron ellos!

–Te entiendo y lo sé.

Está cayendo la tarde. Un ambiente cálido, infantil, de avenencia y simétrico, rodea al grupo. La claridad, el humo azul que soporta al aire, el sorbo de café, la ternura que despiden las manos.

Comienza a hablar Kaustky sin mirar a Rosich, sin levantar la mirada de la manta, de las magdalenas dispersas, de las piernas dobladas de los compañeros.

–Y... ¿de todo aquello? ¿De las cosas que dio Peiró al capellán?

–El capellán me las dio a mí. Las pude tocar y ver, cuando ya había pasado bastante tiempo. Cuando lo hice, intenté descifrar lo que Peiró había escrito en aquella libreta. La llenó, entera, con una letra menuda, pequeña, pequeña, y con un alfabeto cifrado, inventado por él. Signos que eran entre grafía griega, hebrea y cirílica, con signos que había sacado, evidentemente, del ajedrez. Mucho tiempo dediqué a eso... Creo que conseguí descifrar algunos signos y con toda seguridad, un nombre concreto. Un nombre de mujer que se repetía continuamente. Pero, sabiendo la historia como yo la sabía, lo que le perturbó toda su vida, lo que le llegó a angustiar, todo el secreto con el que llegó a vivir aquella historia desgraciada, no seguí, no intenté descifrar el resto. Abandoné. Cuando pasó un tiempo que consideré razonable, por medio del capellán, se lo di todo a su hermano mayor. Y fui capaz de pedirle que le diera, la pluma o el reloj a Ángel.

Poco después de aquello, el capellán me vino a la celda un día, con ese cartel que veis ahí, en la pared. Estuvo en la celda de Peiró hasta que la abandonó. El capellán me dijo que era yo el que merecía tenerlo y no él. Lo acepté. Y ahí lo tengo desde entonces, ahí, puesto en la pared.

–Yo quiero decir que...

–Di. Dime, Kaustky, di.

–Que ¿cómo has podido reconstruir todo... todo, tan... ?

–Pacientemente. Poco a poco. A lo largo de años. Viviéndolo como una obsesión. Viví aquella reconstrucción meticulosa, la viví como si conociendo todo al detalle, hora a hora, minuto a minuto, recomponiendo instante por instante, me salvara, me limpiara, había podido, al final y verdaderamente, acompañarlo en su muerte. Hablé y hablé con el capellán. Me preparaba concienzudamente las preguntas, durante horas y horas, le exigía que me diera los detalles más insignificantes. Hablé con todos los vigilas que estuvieron allí, con todos menos con uno que se negó, que se ha negado siempre. Escribí al médico. Escribí al hermano mayor de Peiró. Hasta pagué la información que me dio el verdugo, por medio de mi abogado. Treinta mil pesetas por saber cómo murió Peiró. Cuánto sufrió... Todo lo reconstruí. Lo fui reconstruyendo todo, paso a paso, angustia a angustia. Como una obsesión, como una locura. Cada detalle que era capaz de añadir, alguna insignificancia más que descifraba, que conseguía descifrar, descubrir, me daba paz, realmente me daba paz y toda mi angustia, mi desequilibrio, mi locura, la ponía con toda fuerza, toda ella, al servicio de la siguiente pregunta, del siguiente desvelamiento. Me obsesionaron, durante meses, detalles horribles que sólo pensarlos desvelaban mi locura. Cómo iba calzado cuando lo mataron, de qué color era el ataúd, si dijo alguna palabra bajo la capucha... Todo lo recompuse, lo

reconstruí. Seguro que me mentían, que se inventaban las cosas, pero yo escudriñaba, investigaba, preguntaba a otro, ponía en duda, contradecía, contrapunteaba. Ponía cada acontecimiento en su hora, y lo ordenaba todo en el tiempo, en el espacio, en las circunstancias: palabras, ropas, dichos, silencios, esperas, angustias, llantos, pasillos, dolor, muerte, visiones, lugares, los ordenaba, los...

–¿Y ahora, ya, qué?

–De todo aquello, queda lo que os he contado.

–¿Con mayor paz?

–Sí. Con mayor paz.

–Porque... no sé. Yo voy a decir... no sé. Yo voy a decir lo que siento, así, sin que...

–Habla Kaustky, di.

–Que ya todos, hemos pasado por desgracias grandes. O casi todos. No desgracias tan horribles, tan horribles como ésta, claro, pero quiero decir, desgracias, muertes de seres que uno quería mucho... que eran parte de ti ¿no? En muy poco tiempo murieron mis padres. Con seis meses de diferencia uno de otro. Y al poco, murió mi hermana. Yo no estaba preparado para un dolor así. Y no supe, no sabía cómo sufrirlo, cómo soportarlo, qué hacer, cómo defenderme. Andaba perdido. Cosas estables hasta

entonces, se movían y algunas de ellas, se despeñaron, cayeron sobre mí o a mi lado y oí el estrépito de su derrumbamiento. La música introdujo en mí otros sonidos, la capacidad de soportar la soledad sin hundirme. La música y la lectura, pero, sobre todo, la música. Uno podía estar realmente con uno mismo, sólo con uno mismo y podía guardar en su corazón algo de serenidad. Claro, leía a Séneca, Marco Aurelio, Quevedo. De Quevedo, esas últimas cartas esperando a la muerte, pegado al fuego de su hogar. Así, buscaba en los otros, la dignidad, la elegancia, la lucidez ante la muerte que yo era incapaz de construir. Hacía, intentaba hacer, un edificio con ladrillos de otros. Yo sabía, claro, de la dificultad, pero esa ansia por encontrar, me relajaba como a ti, cuando buscabas la luz en una muerte.

Así cambiaba el foco de atención, y, a veces, la propia perspectiva. Si conseguía mirar desde más arriba, también veía las nubes; la desgracia, pero también las nubes. Si era a ras de suelo, veía la tierra. Mis padres, mi hermana, muertos, pero también la tierra y las nubes. ¿Pude con mi angustia, con mi deserción de vida? No. Al principio, no, desde luego. Pero mitigué el dolor, no me encontré tan desvalido y supe o aprendí que en medio de la mar, de todas las mares, existen islas. Y llegó también el alivio. Y pronto. Relativamente pronto. Porque cuando yo pensaba en ellos, en los muertos, me inundaba el dolor por ellos, por sucumbidos, por terminados, por desaparecidos. Pero siempre ellos. Siempre ellos. Los veía ahogarse en el mar, sin

remedio, alargando los brazos, buscando aire y playa. Eran siempre ellos. Y de pronto leí, no sé dónde: «Los muertos no sufren porque no recuerdan». Y os parecerá ridículo, absurdo, hasta grotesco, pero aquella frase me trajo la paz. Cuando veía sus ojos, imaginaba sus manos anhelantes, recordaba sus palabras, me decía: no sufren porque no recuerdan; porque no recuerdan, no sufren. Y me daba paz. La paz. El dolor no estaba en ellos, estaba en mí. Y era yo, sólo yo, el que podía superarlo... No sé, tan largo lo he hecho para decir tan poco, pero esta experiencia personal me parecía tan... tan... que era mi obligación contarla, por si... ¿no?

POR el pasillo transitaba ya el ruido de la cena. Había que terminar la reunión, volver cada uno a su celda. Rosich le hace un gesto con la cabeza a Rancho.

–¿Y tú?

–¿Yo?

–Sí, tú.

–Mira Rosich, lo que yo quiero decirte es muy práctico, muy práctico y muy elemental. La gente dice que todo el mundo lo ve. La gente de la calle, aquélla que no tiene otra preocupación que salir adelante lo mejor que pueda. Hasta ésa. Esto se derrumba. Todo lo que estaba podrido, ya, se va. Huele a yodo por las calles. A serrín. Y esto va a cambiar.

Cambiar. Y saldremos, Rosich. Saldremos de aquí. Y tú tienes que olvidar. Y tienes que superarlo. Y tienes que estar preparado, preparado para salir. Para salir ahí fuera. Preparado para vivir. Preparado para salir y vivir. ¿Me entiendes? ¿Lo explico? Esa es tu obligación. Lo que tienes que hacer. Olvidar toda esa tristeza, superar toda esa desgracia maldita, y prepararte para vivir. Ya. Desde ahora, Rosich. Desde ahora.

Nadie dice nada. Rosich se ha incorporado. Sonríe levemente.

–¿Os gustó el café?

Los otros se levantan.

–Adiós, Kaustky. Adiós, Domenech. Adiós, Rancho. Gracias a todos. Gracias de verdad. Salud.

Han salido. El último, Rancho. Se oye, de pronto, la voz de Rosich.

–Rancho. Rancho, ¿puedes venir?

Cuando Rancho vuelve a la puerta de la celda, Rosich le dice.

–Lo intentaré. De verdad que lo intentaré.

Rancho le da la mano.

–Lee también a Quevedo, sus cartas pegado al fuego, por si acaso...

–¿QUÉ, Rancho?

–Todo está cambiando, Ruzafa. No fue como me dijiste. Rosich estuvo angustiado, nervioso, pero se controló bien. Se controló bien. Domenech, no lloró. Ni se le saltaron las lágrimas siquiera. Dijo lo que tenía que decir un comunista convencido: hay que seguir... ese es el mensaje que nos dejó Peiró... esas cosas... Morón estuvo como en un sepelio. Atento, serio y aburrido. No tuvo nada que disimular. Y Kaustky... pues Kaustky, sí, nos echó un discurso... se formó un poco de lío, no se enteraba uno muy bien lo que quería decir... pero, oye, habló con el corazón. Es todavía muy joven y la vida lo ha debido tratar, hasta ahora, bien. Pero tiene corazón...

–¿Y tú?

–Bueno, también eché mi discurso. Yo le dije que se prepara para vivir... y esas cosas...

–¿Para vivir o para luchar?

–Primero, para vivir, Ruzafa. Después, el verá lo que tiene que hacer. Pero, primero, vivir.

–¿Sabes, Rancho? Eres un merengue. Blando, blando. Merengue, merengue.

–¿Merengue, Ruzafa? Te voy a preguntar una cosa, Ruzafa. ¿Cuáles son los mejores merengues, los que se hacen en los obradores de las confiterías finas o los merengues que se hacen en las panaderías?

–Joder, Rancho. Los mejores de verdad son los de las panaderías.

XI. YO, CONMIGO

–¿Eso, la porquería esa de ahí fuera, se hunde, no, Ruzafa?

–Sí, se hunde ya, sí. Sin remedio.

–Y ¿qué?

–¿Cómo, qué? Que saldremos, Rancho. Que saldremos. No me equivoco. Y pronto. Ya lo verás.

–Y ¿qué? Porque me refiero a Illa y Pordós.

–Hoy los veo. Los veo hoy, sí. En el locutorio, a las doce.

–¿Te irás con ellos, a vivir con ellos?

–No sé. Puede.

–Pero puede ¿por qué?

–Yo sé como soy, Rancho. Me conozco bien. Y ellos, me amarrarían. Me amarrarían a la casa. Y yo tengo que hacer muchas cosas, todavía. Hay que hacer muchas cosas; quizá, más que nunca las tengamos que hacer.

–A lo mejor lo que tienes que hacer ahora, lo mucho que tienes que hacer, es quedarte con ellos y vivir. Serenidad, paz, Ruzafa. Vivir en paz.

–Desde chaval, aquí o en Francia, donde haya estado, no he hecho otra cosa que luchar. Y en la lucha he encontrado, si no la paz, sí una cierta serenidad. Illa y Pordós me dan en el corazón. Y las cosas que me dan ahí, en el corazón, Rancho, me dan más corazón. ¿Me entiendes? Temo la paz de los corazones demasiado grandes. Yo quiero la paz, la serenidad. Pero temo que se me confunden en la vida con una forma de abandono... ¿me entiendes? No me perdonaría abandonar, decir ya no, no puedo, o no quiero. Al final, no me lo perdonaría... y no quiero que Illa y Pordós...

–¿Que terminen siendo los culpables?

–Sí. Eso. Que terminen por ser los culpables.

–Mira, Ruzafa, ¿qué te voy a enseñar yo a ti, qué te voy a enseñar de la vida?, pero me voy a atrever y voy a decirte una cosa. Me lo contó Oddé, hace ya mucho tiempo. Había leído, no sé donde, que un joven ateniense, le preguntó un día a Sócrates: Oye, Sócrates ¿es mejor casarse o no

casarse? Y que Sócrates, le contestó al instante: Hagas una cosa u otra, te arrepentirás. Como era una buena ocasión para conocer mejor a Oddé, le dije: entonces, ¿qué? Cuando se tengan dudas, qué se hace. Y ella me dijo, serena y sonriente: lo que sea más difícil, lo que sea más difícil... y más arriesgado. ¿Me entiendes tú, ahora, a mí?

–Joder, Rancho. ¿Dónde te olvidaste tus merengues esta mañana?

–Me parece, Ruzafa, que es ahora cuando me acabo de llevar un merengue a la boca.

PEDROSIMÓN: ...y otros lo hacen con sandías ¡lo que se les oye! Pero hay que comprender. No se puede estar así: a la intemperie sensual, ¿comprenden? A la intemperie sensual. Rancho: ¡El Professor Denver! Pedrosimón: Y otros con tarros de mayonesa Kraft. Dicen: escuece, pica, algo tiene de condimento que... El de abajo, el de mi litera, lo hizo, cerró el tarro y se lo llevó a Katanga: «Tome, usted, hombre, un regalo para la familia, que todo no va a ser pelearnos». Y Katanga, lo miró a los ojos, y se lo devolvió: «No, hombre, no. Se lo das a tu madre». Así son las relaciones intersexuales de esta promiscua realidad. Temple–. Professor Denver ¿usted se masturba? Pedrosimón: Mucho. Es cuando me encuentro más conmigo. Temple–. ¿Y en quién piensa? Pedrosimón–. En mí. Y lo malo es que no puedo pensar en nadie más. ¡Me aburro! ¡Marilyn, me sale con mi cara! Josú: Masturbar, ¿no? De eso están hablando

¿no? Yo, nunca. He estafado e incluso he hecho cosas peores, pero esa porquería, ¡nunca!, ¡nunca!

RUZAFÁ: El primer año es el malo, después, uno... se acomoda. Temple-. Los que se acomodan bien son los maricones. Ruzafa. ¿Qué dices, Temple? ¿Qué dices? ¿Qué dices tú con eso de los maricones? Deja, tú, esos planteamientos para otros, para los fachas. Pero tú, no. Que nadie obligue a nadie a lo que no quiere, eso es lo primero. Pero ¿después? Que nadie obligue a nadie a que calle lo que desee. Que nadie le impida a nadie su placer. Dejemos a cada uno con su vida y con su deseo. ¿Quién tiene derecho para callar eso? ¿En nombre de qué se puede prohibir? Dejemos a cada uno su vida y su deseo. Y no caigamos nosotros en esos planteamientos de los curas y de los fachas. Temple, tú, no, ¿vale? Tú, no. Gente como tú, no... Zarra. ¿Y eso de la masturbación qué es?

ZARRA: ¿Y se puede decir aquí lo que uno piensa? ¿Así, sin ánimo de... ? ¿Qué os parece la compañera Illa? ¿Cómo está? ¿Quién me dice a mí cómo está? Temple-. Es un trueno. Una tormenta. Para poner al mundo de pie. Pedrosimón-. Existen melifluas maneras de presentarse. Maneras de equívocos, de figuraciones, veladuras, cortinajes. Y uno ve la realidad, bien, hermosa. Pero a la hermosura, también la veladura. Y sus interrogantes: ¿Ese pecho es verdad? ¿La culata es culata esencial? ¿Fajada? La tez ¿es tez? ¿Pomada, acaso? ¿Oro lo que reluce? Uno, su

atención pone: ¿cuánto tiempo? ¿Duradero? ¿Suficiente? ¿Manteniente? Querido lector: sólo se confunden las sombras con la realidad cuando esta no es tal sino su subterfugio. Temple. ¡Qué artículo, Pedrosimón! Pedrosimón: Realmente es hermosa, hermosísima... a mí, la verdad, ¡me gusta más que Katanga! Zarra-. ¿Te molesta todo esto, Ruzafa? Ruzafa: La verdad, nunca molesta.

TEMPLE: ¿Amores? ¿Amores, Zarra? ¿Cómo va a tener amores si los amores necesitan promesas, juramentos, afirmaciones, propuestas, empeños, demostraciones? ¡Y Zarra, sólo pregunta! Zarra-, ¿Seguro? Temple-. Zarra, no, porque los que preguntan nunca tienen amores, pero los otros sí. Los otros, a lo mejor, los hemos tenido. Y sería bueno, así, contarlos, contárnoslos, unos a otros, sean verdad o mentira, imaginación, cuento, realidad. Contárnoslos. A lo mejor aprendemos algo, sacamos alguna conclusión, misma, alguna advertencia, para cuando salgamos de aquí, para cuando vayamos saliendo. Josú: Si es en serio, si es formativo... no me puedo negar. Siempre que sea formativo, formativo. Ruzafa: ¿Va en serio, entonces? ¿Sea verdad o mentira? ¿Cierto o imaginado? ¿Lo hacemos? Temple-. Venga. Vamos. Tenemos tiempo. Vamos. Ruzafa: Yo, no. Yo voy a locutorios. Zarra-. ¿A locutorios? ¿Illa? Ruzafa: Sí. Illa. Temple-. ¡Esa sí que es de verdad!

RANCHO: YO había andado casquivaneando por ahí, buscando lo que no encontraba, dándole superficie a lo que

yo quería que me llegara al corazón. Hacía la experiencia al revés. Hurgaba lo pequeño, buscando lo grande. Buscaba pasión, carne aguda. Zarra-, ¿Carne aguda? Rancho: Sí. Sí. Carne aguda, ternura, a quien se apasionara por un amor sin tiempo. Y sólo encontraba espacios pequeños que llenar, lenguas fáciles sin pensamientos, prisioneras de lo que les temblaba, zafias por el hoy, mujeres llanas. Yo llegué a pensar: ¿quién tiene lo que sueña? Y puse el sueño fuera de mi cama. Fuera. Fuera. Yo ponía de mí, lo más simple en juego y ganaba lo más simple de ellas. Daba uno y ¡si me daban uno y poco! Zarra, ¿entendéis lo que quiere decir? Temple-, Lo entendemos. Aunque sea así, como poético. Josú: Material fino. Se expresa finamente, sí. Poesía fina.

RANCHO: Pero llegó. Di uno y me dieron mil. Di uno y me dieron mil. Yo tuve dudas, ella creyó desde el primer momento; me asusté, llegué a asustarme y ella, llena de alegría y determinación. Yo dudoso, perplejo, incrédulo y ella, decidida y firme. Zarra-, ¿Francesa? Rancho: Sí. De París. Temple: Es que Zarra conoce el amor... europeo. Zarra. ¿Y cómo fue? Rancho: Nos conocimos en una reunión... política, en París. Ella se echó adelante, me miró a los ojos: «Nosotros nos conocemos ¿no?» y era la primera vez que nos veíamos. «Lo que necesitamos es aire», y aire, era amor. Josú: Fina. Fina, la historia. Rancho-, Siempre ella delante en el amor. Siempre adelante. Yo, volvía a España. Desaparecía. Durante meses, desaparecía, haciendo lo que tenía que hacer. Cuando nosotros volvíamos a ser nosotros,

es decir, estábamos juntos de nuevo, ella, siempre igual, firme, entera. Siempre mañana era el día que nos esperaba y hoy, el día que merecía ser vivido.

RANCHO: LOS compañeros de allí, me miraban, de reojo me miraban, se reían. Si te persiguen, a ver, a ver si vas a poder correr... Esas cosas. Pero algunos de aquí, del interior, de aquí, hablaron conmigo. Oye, tú, era un tal Xanxo, tú piénsalo; lo que vives allí y lo que haces aquí. ¿Comprendes? Esto es duro, y aquello demasiado blando. No se te encuentra. Estás más allí, que aquí. Estás en otro mundo... Esas cosas. Y yo decía: que no, que no, que estoy dispuesto, que estoy bien, que hago lo que tenga que hacer, que lo primero es lo primero. Y el compañero Xanxo, que tenemos que hablar. Tú y yo, que tenemos que hablar. Que nada ha cambiado, Xanxo, que tranquilo, que lo primero es lo primero, lo primero, Xanxo. Y Xanxo, me miraba: Rancho, mira que vienen tiempos de mucho trabajo. Temple. ¡Joder, con el Xanxo ése! Rancho. ¿Xanxo? Xanxo era el corazón más grande que he conocido. El mejor... Y yo le decía, tú tranquilo, que yo hago lo que haya que hacer, tranquilo...

ZARRA: ¿Y qué te pasa a ti, Pedrosimón, que estás callado? Pedrosimón: Que estoy escuchando y es todo así, tan suave, que estoy como en los sueños buenos. Josú: Y diga usted, Rancho, ¿qué?, ¿qué pasó? Rancho. Hubo una caída general, un desastre. La policía. Por lo menos, veinte compañeros, con responsabilidades. Y Xanxo, llegó y me

dijo: Oye, Rancho, esto hay que reorganizarlo. Y hay que hacer cosas grandes, importantes. Lo que sea, le dije yo. Lo que sea, Xanxo. Hace falta un grupo de acción para... atracos. Xanxo, te he dicho lo que sea. Pero no se puede entonces, aquí y allá. ¿Comprendes, Rancho? Comprendo, dije yo. ¿Abandonarás... eso? Lo abandonaré. Yo, no puedo... me decía. No me obliga nadie a nada, Xanxo. Tranquilo. Vete, tranquilo, Xanxo. Yo sé lo que me dijo con sus ojos. Y abandoné. La perdí. Hice los atracos: uno, dos, tres... seis, seis atracos. Al sexto, ocurrió una complicación. Y tuve que volver a París. No lo busqué yo, otros me dijeron que tenía que ir a París. Xanxo, me había dicho: si vuelves allí, busca unas estatuas de bronce... cosas, que yo sabía que significaban otras. Que significaban: búscala, ¡búscala! Y eso es lo que hice: buscarla.

ZARRA: ¿Y qué? Rancho: Pues que cuando ya... Pedrosimón: Si puedo interrumpir preguntaría yo: ¿algunas mujeres aquí, tú? Rancho: Sí. Muchas. En medio, muchas. Una locura. Todas, de paso... Josú: Siga, siga... Rancho: Que cuando ya había abandonado mi esperanza de encontrarla, me encontró en un parque y me encontró con otra mujer. Allí estaba yo sentado con una. Y se me acercó y me dijo: ¿Español? Sí, español. Ella, hablaba español. Y me pregunta por un hotel que estaba allí, enfrente, enfrente mismamente. Y ella: ah, ah, claro, claro, muchas gracias. Zarra: ¿Te estaba citando? Temple: Tú has visto pocas películas. ¡Claro que lo estaba citando! Rancho: Allí, en el

hotel, abajo, la llamo y le digo: eres la francesa más lista del mundo. Y ella me dice: 517. Es la 517. Nada me dijo, cuando subí. Me sonreía. Echada en la cama, me sonreía. Ven. Ven aquí. Era como antes. Como antes. Josú: Se arreglan las cosas. Se arreglan las cosas. En el mundo, se arreglan las cosas. Rancho-, Me encontré yo mismo dentro de ella. Josú: Jesús!

ZARRA: ¿Y qué? Rancho-. Ella me decía: quédate, Rancho, quédate conmigo, sólo hoy, aunque sólo sea hoy. Y yo, no podía, no podía. El asunto aquél que me llevó a París, me quemaba las venas. Tenía que preparar todo, y hacer lo que tenía que hacer esa misma noche. Y volver aquí pitando, nada más amanecer. Ella me dijo: ¿Tu compañera es celosa? Yo le contesté: No, es que yo soy puntual. Y cerré la puerta. Nada más difícil de hacer que eso en mi vida, en toda mi vida. Zarra-, ¿Y qué? Rancho: A la vuelta, en el mismo tren, pegado a la frontera, me cazaron. Allí, me cazaron. Y aquí estoy. Zarra-, ¿Y qué? Temple-. Pues que ella ha venido a verlo aquí. Josú-. ¿Aquí? Temple-. Vi una mujer allí con Rancho, en locutorios, y como los vi, los dos, las miradas, esas cosas, pues me dije: aquí hay una historia larga, larga. Rancho: Sí, estuvo aquí. Zarra. ¿Y qué? Rancho: Ella... pues ella, que me espera, que me sigue queriendo, que nada pasó, que me espera... Zarra-, ¿Y tú? Rancho: Yo no sé. No sé. Yo no sé realmente. Aquí ¿quién realmente sabe de su corazón? ¿Quién puede decidir nada entre cuatro paredes?

–RUZAFA, prepárate hoy, que van a contar historias de amor, Josú, Temple, Pedrosimón... No sé quién... el que sea, habrá que oírlo.

–Yo no estoy para historias de amor. Necesito pensar. Quedarme aquí, contra el muro, y pensar.

–Hombre, Ruzafa, ya conté yo la mía y todo. Vente.

–Ya sé que contaste tu historia, ya. Y sé que eres un sentimental, Rancho.

–Como... tú.

–Yo soy un hombre hecho ya. ¿Ves el hormigón cuando cuaja? Igual soy yo. Impermeable y duro. Pero tú, te estás haciendo todavía, y te sale el corazón por la boca. Basta saber lo que contaste ayer, Rancho.

–Pero ¿sabes lo que conté ayer?

–Sí. Me lo contaron con todo detalle. Estaban emocionados... hasta nerviosos.

–Entonces ¿no sólo sabes que conté una historia de amor, sino que sabes lo que conté y cómo lo conté?

–Sí. Con todo detalle. Y sé cómo lo contaste. Como si te miraras en un espejo. Cambiaste un lado por otro, la

izquierda la pusiste en la derecha, manteniendo tu cara... lo sé.

–¿Tú sabes entonces la verdad?

–Sí, Rancho. Sí sé la verdad. Oddé habló mucho con Illa–

Rancho se pone el cigarrillo en la boca y abre unos centímetros sus pies, apoyados en el cemento.

–Bueno, Rancho. ¿Al menos, siguen disciplinados? ¿De muro a muro, se habla? ¿De muro a muro, se piensa?

–Sí. Funcionan como un reloj.

Se está formando el grupo. Josú los llama con un gesto y una sonrisa. Rancho, se levanta.

–Bueno, Ruzafa ¿qué?

–No. No voy.

Rancho, de pie, el cigarrillo en la mano.

–¿Qué sabes de Bandolé?

–Bien. Bien. Un poco solo, pero bien. Entero.

–Preguntó por mí.

–Siempre pregunta por ti, Rancho. Siempre.

ZARRA: ¿Y hoy qué? Josú: Si me lo permiten, hoy, voy a contar la historia de amor, yo. Temple. ¿Será a lo divino? Josú. No, amigo, no. Van ustedes a oír una historia humana. Muy humana. A ras de tierra. Pero pido... Pedrosimón: Atención, la va a tener usted. Josú: Yo no pido atención. Yo pido respeto. Para mí y para la historia. Temple. Respeto y atención. Rancho: Comienza, Josú, comienza sin más preámbulos, que ya estamos ansiosos... Zarra. ¿Empezamos? Josú: Empiezo. Yo llevaba representaciones. De artículos de mercería: cintas, botones, cremalleras, agremanes... Por Osuna, Écija, Utrera, Carmona. Iban las cosas bien, bien. Yo paraba en Osuna, en casa particular, habitación soleada, balcón a la calle, cama y desayuno. Buen trato, limpieza y respeto. Iban las cosas bien. Y un día, en uno de esos ventanones de rejas largas que llegan al suelo, en su poyete interior, vi una mujer cosiendo, sus manos de nácar sobre la nieve de una almohada. Temple: Poesía. Poesía lírica. Josú: Era morena, un ramillete de jazmines sobre el pelo, y en verdad, en verdad, hermosa.

Josú: La miré, parado, desde la acera de enfrente. Ella, alzó los ojos un instante. Por la tarde del mismo día, pasé otra vez. Ella estaba igual que en la mañana, cosiendo. Yo sabía, por películas, que la manera más rápida de demostrar el interés amoroso era pasar, pasar, delante de la casa, lograr que te mirara y en ese momento, mirar el reloj. Y siempre, a partir de ese momento, pasar por su reja a la misma hora, siempre a la misma hora. Ella empieza a esperarte, si le

interesas tú. Pedrosimón: Joder, con el cine! Josú: Así lo hice. Y ella sin falta, me esperaba. Alguna vez, me miraba y sonreía. Temple. Bien, bien, la cosa iba bien. Josú: Al poco tiempo, y a la hora convenida, la vi salir con un libro de misa en la mano, hermosa, la verdad, más hermosa que sentada, y la seguí. Entró en una iglesia. Yo también. Se sentó en un banco. Yo, en el de atrás. ¡Que Dios me perdone! ¡Más que rezar, la miraba, la miraba! Y aquellos rosarios, más que acercarme a Dios, me alejaban... ¿entienden? Temple. ¡Quién no!

ZARRA: ¿Y qué? Josú: Así, días seguidos. Cada tarde. Zarra. ¿Y de confesarse? Josú: No me confesaba. Estaba como loco. Zarra. ¿Y qué? Josú: Ella se arrodillaba, la iglesia solitaria, tres, cuatro devotas, y yo me arrodillaba en el banco de atrás. Y un día, arrodillado yo, ella fue a sentarse, de pronto, poniéndome su pelo contra mi cara. Mis manos, hasta entonces inocentes, empezaron a notar, y a tocar, las cintas de su sostén. Con mi boca, toqué suavemente su pelo. Y ella, lo movía con lentitud, sabiendo de mi boca de izquierda a derecha, y yo comencé a besarlo. Toqué también sus hombros. Y ella los alzaba lentamente, y movía su pelo, de izquierda a derecha, más lentamente, voluptuosamente. ¡Que Dios me perdone! Pedrosimón: ¡Seguro que sí! Josú: ¡Que Dios me perdone! Comprendí la fuerza de la pasión y, si me lo permiten, la fuerza del demonio. Zarra: ¿Y qué? ¿Y qué? Josú. Pecaba, pecaba, como nunca lo había hecho.

ZARRA: ¿Pero qué hacía para pecar tanto? Josú: ¿Le parece a usted poco, Zarra? Zarra. ¿Y qué más? Josú: La verdad, hubo más. Horrible: ¡en aquel templo! Zarra. ¿Lo cuenta o no lo cuenta? Josú: Cuando ella se sentaba, su... trasero ¿no? Temple: Sí. Josú. Su trasero salía del banco por una abertura que tenía, quiero decir: el banco tenía una sola tabla para la espalda, pero desde la cintura para debajo de la persona sentada, quedaba así, fuera... Y ella, iba acercándose... acercándose a mí, y se movía, lo movía... Un espanto. Pedrosimón. ¡Qué horror! Josú. Y una tarde me dijo, volviendo su cabeza hacia mi boca: ¿dónde?, ¿dónde? Yo no entendía: ¿qué? ¿qué? Y ella: que ¿dónde?, que ¿dónde? Ya comprendí y le digo: en mi casa no puedo, yo le hablaba al oído, al oído, no puedo en mi casa, estoy de alquiler... Y ella: en el cobertizo, en el cobertizo... Yo: no te entiendo, no te entiendo. Y ella, en un papel, con la letra menuda y picuda del demonio, escribió: cobertizo de aquí al lado.

Josú: Entró sonriente, abriéndose los botones de la camisa blanca, y sacándose la camisa y la rebequilla azul que llevaba, por los puños. Y se puso, se puso... Era la encarnación de las tentaciones. Ella se reía, se reía, moviéndose de aquí para allá, llevándose contra la pared, después contra un sillón destartado que había, cogiéndome aquí y allá, alzándose la falda, abriendo las piernas, anda, anda, anda ahí, anda ahí, ella mandando, y yo qué hacía ¿no?, así, tocando aquí y allí, sacando, rozando,

metiendo, quieto, quieto ahora, me decía, y se sacaba aquellos encajes negros de su entrepierna, mira, mira, míralo qué hay, ahí, ahí, cómo se reía, con su boca de saliva honda, honda, ahora, ahora sí, ahora sí, ahora sí, despacio, despacio, cogiéndome por detrás de la cabeza con sus dos manos, y se movía como una loca, sus caderas y mi cabeza, sus caderas y mi cabeza, sí, sí, sí, así, sí, sí, sííí... Temple-. Joder!

ZARRA: ¿Algo más? Josú: Yo pensaba más que en el pecado, en cómo voy a salir yo de aquí, con los pantalones cómo están, la camisa por el suelo, la corbata que no sé ni dónde está, la chaqueta hecha un lío, ahí, en el suelo, entre la grasa y el polvo, y los pelos de la cabeza como los tengo que tener, y la boca llena, será de sangre, que la tengo que tener, de arañazos, llena, yo qué sé, de saliva y de baba, y los zapatos, lo único que llevaba puesto todavía, blancos, blancos, cuando eran negros, cómo voy a salir, pensaba yo, antes de pensar en el pecado, y ella me dice: Vamos, vamos, otro, otro, que me gusta lo serio que eres y la cara que pones, que te pones, ¡yo qué sé cómo te pones!, anda. Y fíjense ustedes lo que le oí decir, así, bajito, con sus dientes casi, ya, contra mis labios, fíjense, me dice: no como mi marido, me dice ella, riéndose, fíjense, así, natural, no como mi marido... tan tranquila.

Josú: Y yo, entonces, cuando oí lo de su marido, así, que ella lo decía tan tranquila, pidiendo otro, moviendo sus

caderas sobre mis piernas y empezando a apretarme la nuca con sus manos, yo le dije, en voz alta, ¿qué? ¿qué has dicho? ¿marido? Y ella no paraba. Sí. Eso he dicho, que mi marido no pone esa cara que me pones tú, mi marido, y yo la cogí así, y la separé de mí, y me levanto, le pongo el dedo, el índice, así, delante de los ojos, y le digo, adúltera ¿no?, adúltera ¿no?, vete, vete, déjame, déjame, ¡adúltera!, ¡adúltera!, déjame, vete, vete. Zarra: ¿Y ella? Josú: Señores... ¿lo digo? Temple-. ¡Claro! ¡Claro! ¡Faltaría más! Josú: Pues ella empezó a coger su ropa. ¡Cabrón, maricón, mamón, hijo puta! Que no sirves para nada, que te has asustado, eso, asustado, acojonado. ¡Maricón, frutaverde! Zarra-. ¿Frutaverde? Josú: Eso decía. ¡Frutaverde, frutaverde!, como una loca. Temple-, ¿Y qué? Josir. Que comprendí, comprendí, entonces comprendí, el terrible poder del demonio. Pedrosimón: ¡Bendito sea Dios!

–OYE, Ruzafa, no te lo puedes perder. Lo de ayer no fue para contarlo, fue para verlo, para oírse lo contar a Josú. Ruzafa, esta vez, vente, hombre, con nosotros. Vente.

–Oye, tú, Rancho. ¿Tú sabes que esto ya parece que está hecho? Que salimos, que nos vamos, que nos vamos de aquí. Que esta vez va en serio. Que salimos de aquí.

–¡Tantas veces lo he oído!, venga, venga, seguro, seguro. Que mañana, que pasado, que hoy. Yo espero, Ruzafa. Espero, ansioso, como comprenderás, pero hasta que no me

vea, y te vea, con el petate al hombro, no me lo voy a creer. ¿Entiendes? Yo, no me lo voy a creer.

–Bien, Rancho. Tú vete a oír historias de amor. Pero, déjame. Yo lo que quiero es pensar.

–¿Soñar o pensar?

–Las dos cosas, Rancho. Anda, vete con tus historias de amor.

Rancho se ha levantado y se va. Ruzafa, lo llama.

–Oye, Rancho. Ven, por favor. Mírame. Mírame. ¿Qué te pasa?

–Estoy mejor y peor, Ruzafa.

–Explícame eso.

–Es... es muy complicado.

–Tiene dos ojos y muchos sitios donde mirar. Y donde tenías un túnel en la cabeza, tienes que abrir más ¿no?

–Sí. Por lo menos tres.

–Oddé, Bandolé, ¿y?

–Mami.

–¿A ése? ¡A ése ya lo habrán cazado!

–No sé nada todavía... Pero no me lo puedo quitar de mi cabeza... Y algunas cosas más... Mis padres, tú, Illa, Pordós... Esta gente que anda por aquí... Yo mismo, Ruzafa... ¿qué va a ser de mí? Soy una persona, no sé... el mundo se me ha hecho, de pronto, como...no sé, tiene más luces...más calles, más gentes...fíjate, estando aquí, es más...no sé, y me temo que no sabré qué hacer cuando salga de aquí. Eso es lo que me pasa. Y algunas cosas más... Me tiendo en el petate algunas noches, y no sé, Ruzafa, no sé...

–Anda, Rancho. Vete a escuchar las historias de amor y alegría esa cara. Alegra esa cara.

–Oye, Ruzafa ¿y del Cetme?

–Del Cetme, nada. Absolutamente nada.

–Salud, Ruzafa.

–Salud.

ZARRA: ¿Y hoy, quién? Pedrosimón. A mí me gustaría escuchar a Temple, porque ha hecho comentarios sabrosos, ajustados, filosóficos. El que más me intereso fue ése último ¡joder!, que me aclaró realmente el contenido... Rancho. Venga, Temple, que así se calla Pedrosimón. Temple. Yo no tengo ninguna historia de amor que contar. Yo no he tenido nunca amores. Yo no los tuve nunca. Tuve

empujones, meneos, cruces, encuentros, pasiones, locuras, abusos... pero, amores, lo que se dice amores, nunca tuve. Algunas mujeres lo tuvieron conmigo e incluso, quizá alguna, por mí. Pero yo nunca lo tuve. Nunca quise a ninguna. Nunca busqué otra cosa, sino lo que buscaba, lo que he buscado siempre: la droga. Cuando besaba: droga. Cuando acariciaba: droga. Cuando buscaba los lugares más íntimos: buscaba droga. Cuando pasaba mis labios por sus cuerpos, lamía droga... La droga, mi única amante que odio y que deseo.

ZARRA: ¿Entonces qué? Temple. Que nos cuente su historia de amor Pedrosimón. Porque Ruzafa está ahí contra el muro, y lleva días viviendo la suya... pero de contar, no va a contar nada ¿no, Rancho? Rancho: No. Estoy seguro que no. Temple. Pues venga, Pedrosimón, vamos. Vamos a oír la historia de uno de tus amores. Josú: Con corrección y respeto, se puede contar, casi, cualquier cosa... Aunque si se cuenta... No sé. ¡Que cuente Pedrosimón! Rancho: Tú, cuenta lo que tengas que contar. Vamos. Pedrosimón: Conocidas son las novelas ejemplares de Cervantes. Las escribió para eso, para dar ejemplo, y, en algunos casos, uno no sabe, de verdad, qué ejemplo nos quería dar. Esa es la nebulosa real de la vida, que tiene la vida dentro de su propia construcción nuclear, generativa. Yo no voy a contar un amor ejemplar. Mis novelas no son ejemplares. Os voy a contar una novela disconforme. Y os voy a contar la historia de un amor disconforme.

PEDROSIMÓN: En medio del vaho azul del humo, el traqueteo humano numeroso y torpe que recorría la barra, el tintineo de los vasos contra las bandejas, el cristal, otros vasos y el sudor ansioso de los cuerpos, aquella mujer, me dijo: Oye, no sé, has entrado y yo qué sé, he visto, así, a un hombre como no había visto hombre, ¿sabes?, y yo: eso es que estás piripi. Ella: no, ya ves lo que llevo, pero, no, aguanto, aguanto mucho más... ¡hasta que cierren! Yo había hecho una transacción de fondos, buenos; cantidad buena y como un loco repentino, le digo: Coge el gabán, tu mejor sombre- rito, apura el vaso y vente aquí, conmigo, que nos vamos a París, de amanecer. Y tú, niño, llama al Hilton, que vamos a pasar lo que queda de noche, en el sitio que nos merecemos. Tú, Lujana, si te falta algo, no te preocupes; por la mañana, compramos el material que nos falte. Maletas, ropa, utensilios de baño y acicalamiento general... Venga, Lujana, termina eso, que nos vamos...

PEDROSIMÓN: Fue digno de ver: Lujana, medrosa, silenciosa, delicada, cuidadosa con mi dinero: no, hombre, no, cómo vamos a comprar eso... no, no, con aquello nos arreglamos. Melosa, refinada, pausada, recoleta. En París. En London. En Amsterdam: catedrales, parques, castillos, ¡hasta museos! Todo despacio, amoroso. Ella siempre cogida a mí, desdeñosa de cualquier otra cosa que no fuera yo. Mimadora, tierna, elegante, oye, elegante. Y yo le decía: Lujana, Lujana, que me estás entrando en el corazón. Y ella: yo ya te tengo dentro, primor. Me llamaba primor. En

Copenhaguen, a la entrada de un parque, dimos con el «Tívoli». Lo mejor del mundo. Atracciones, casetas, tióvivos, pérgolas, orquestas de baile. Fino. Distinguido. Público distinguido. Y yo y Lujana : venga, ese baile es para nosotros. Agarrados como los vientos se agarran a las velas. Yo, pegadito al oído, le decía: Lujana, tú, me estás entrando muy hondo dentro de mi corazón. Y ella: primor, ni los violines son tan cuidadosos como tú conmigo.

PEDROSIMÓN: Oye, allí, al aire libre, bailando. ¡En Copenhaguen! No sentíamos ni frío ni calor. Sólo los cuerpos, dos cuerpos, sin distinguir el suyo y el mío. Y de pronto, tronó. Comenzó a llover, a llover. Y la gente de allí, tan contentos, riéndose, riéndose, a un salón pequeñito, cerrado, todos juntos. La orquesta, también. Con los instrumentos. El del contrabajo, el del acordeón, que nos mojamos, que nos mojamos. Y yo me quité la chaqueta, chorreando: Lujana, toma que voy ahí, al water, a secarme, por lo menos la cabeza, toma, Lujana. Claro, primor, dame, dame. Hasta me quité la camisa y con el secador ese, moderno, del aire, la fui se-cando, secando, y después la cabeza, y me peiné, oye, hasta me sentía un primor de verdad. Y cuando salí, no la veía. Y la esperé. La esperé. Seguía lloviendo, lloviendo. Allí la gente, los daneses ésos, se reían, como divirtiéndose, allí, sin poder salir. Y pasó... pues, por lo menos, un cuarto de hora. Y entonces le pregunté a una pareja de allí, por señas, ¿y Lujana? Le hacía

con la cabeza el gesto: ¿Y Lujana? ¿Y Lujana, mi acompañante?

ZARRA: ¿Y qué? Pedrosimón. Pues que la chica, de la pareja ésa, me dijo con gestos lo que, al principio, no quería entender. Temple–, Que te había abandonado, primor. Pedrosimón: Sí. Que se había ido, con la chaqueta y... con el del acordeón de la orquesta. Rancho: Joder! Josú. Claro, son mujeres de vida... airada. Zarra. ¿Airada? Josú: Sí. El que quiera entenderlo, señores, lo ha entendido. Rancho: Pedrosimón, ¿te quedaste allí, en Copenhague? Pedrosimón: Sin primor y sin dinero. Compuesto y sin novia. Temple. Pero, bien peinado. Pedrosimón: Pues yo, oye, escampó y yo... y yo, que me voy al director de orquesta que era medio francés, listo como el hambre, y le digo: Monsieur, el del acordeón, con los gestos me ayudaba, el del acordeón se ha fugado con mi novia y con mi dinero... y el francés: instrumento, orquesta... Sí, sí, yo lo entendí en seguida: yo toco instrumento: acordeón, armónica, zambomba, palillos... aire, movimiento y percusión. Y el monsieur: empieza usted, mañana mismo, mañana mismo.

PEDROSIMÓN: Oye, me fui acompasando, verdad, me fui haciendo a la orquesta aquella: empecé con la armónica y los palillos, después introduje el pandero, y me fui haciendo un sitio. A las dos semanas, me dejé el bigote, así, como mejicano, y empecé a cantar un pasodoble aquí, un bolero allí. Me anunciaban ya, como el «Cantor del sol» –pasión y

estilo– y me hice el dueño... Zarra–. ¿Y qué? Rancho–, ¿Y de Lujana? Pedrosimón–, Yo, de Lujana... os voy a decir una cosa, a confesar una cosa: siempre que cantaba «Reloj no marques la hora», lloraba, lloraba, pero, de verdad, lloraba... «porque voy a enloquecer»... lloraba. Y el francés, espectacular, cuando yo gimoteaba, se acercaba a mí, y me despegaba suave del micrófono. Las danesas ésas, se ponían a aplaudir y a llorar. Y el monsieur: vamos, vamos... Y yo le decía: sí, él me quitó a Lujana, pero yo le quité el trabajo...

RANCHO: Pedrosimón, la segunda historia, rápido, que se acaba el tiempo. Josic. Si me permiten, esa historia ha sido ejemplar, formativa. Zarra: ¿Y la segunda? Pedrosimón: La ventana de mi casa, daba a un patio, pequeño, de pilistras y heléchos, limpio y blanqueado, sobre el que se volcaba un edificio de tres plantas, con seis celosías negras, enrejadas. Yo escuché, desde infante, que se hablaba de clausura, clausura. Después, de monjas. Hasta que, ya de mozo, uní ambas palabras: monjas de clausura. Y me obsesioné. Me pasaba las noches enteras mirando el patio, algunas luces tenues tras las celosías y, sobre todo, el amanecer. Al amanecer, aparecían livianas, siseantes, fugaces, por el patinillo. Empalidecí, los ojos para adentro, con su cerco negro; mi madre: ése niño. Mi padre: con esa edad, todos los niños se ponen de esa manera...

PEDROSIMÓN: Mi madre insistía: este niño se nos muere. Y era verdad, me consumía a chorros. Las horas eternas, en

la ventana. Día y noche. Amaneceres eternos. Empecé a poner macetillas, geráneos, rosas, jazmines, y de noche velas encendidas, dejadas en la penumbra. Alguna monja miraba de soslayo, hacia arriba, hacia mí, y yo pensaba: tras las celosías, me miran, me están mirando. Y yo, regando mis macetas, me quitaba la camisa, así, me quitaba la camisa, y miraba para las celosías. Una mañana, puse un cartel, grandecito, pegado contra el cristal, con una sola palabra en rojo: Pasión. Y cada noche, alumbrado por la vela, pasión, pasión, pasión... Y cuando me dormía, allí, sobre la cabeza, la luz temblante del pabilo. Y yo soñaba: con las tocas, con los cinturones, con las telas vastas, alzadas, alzadas, al aire.

PEDROSIMÓN: Me convertí, en meses, en un zagalón, y aquél sinvivir no desaparecía. Una noche vi, tras una de las celosías, la luz tenue de una vela o de un candil, meciéndose.

Y yo con mi vela: de derecha a izquierda. Y tras la celosía: de derecha a izquierda. Y yo: de arriba abajo. Y tras la celosía: de arriba abajo. Enloquecí. Desnudo mi vientre, contra la ventana y al lado de mi sexo, la vela, allá al lado. Y tras la celosía, aquella luz se movía inquieta. Y entonces yo, yo conmigo, yo conmigo, yo conmigo. La luz aquella, quieta. Y una mañana, al salir de casa, en la acera de enfrente, veo una mujer con una maletilla al lado, que me mira y saca un cartelito con la palabra «Pasión». Comprendí en seguida.

Cruce la calle y le dije: no me gustan las mujeres liberadas,
me gustan las monjas de clausura.

XII. ITE

RANCHO está sobre el petate absorto frente al aire. La celda huele a limpio, a zotal, a agua fresca. Una claridad diáfana se cuela por la ventanuca. Ruzafa ha abierto el cerrojo y ha llamado con sus nudillos antes de meter su cabeza por el hueco abierto de la puerta.

–Se llevaron a Paterna, anoche, después de la cena, inmediatamente después del cierre. Me han dicho que él pidió que lo trasladaran así, a esa hora. No quería despedirse de nadie. «Cuando sepan que me voy ¿qué me van a decir? Es mejor que no me vean. Es mejor». Eso dijo. Y se lo llevaron. Estaba ya muy mal. Los dos últimos días, habían sido fatales al parecer. Y decidieron llevárselo.

–¿Al hospital? El no quería...

–No. A casa de una sobrina.

–¿Bien?

–Sí. Parece que bien, Rancho. Ella se ha ofrecido, al parecer. Bien.

–Joder, Ruzafa, me quedo así, como...

–Sí. Ante esas cosas, uno se queda... ante la muerte, sí. Uno se queda...

–Aquí... Yo qué sé... he vivido mucho la historia de Peiró... ahora, Paterna.

–Sí. Fácil, no es, Rancho.

–Siéntate, Ruzafa. Y echamos un cigarro. Que uno se pone sentimental. Se pone uno áspero por fuera y blando por dentro.

–Sí. Se pone uno sentimental... Y se siente uno solo, porque los sentimientos son cosa de soledad. Bueno, algunos. Bueno, quizá menos los del amor y la amistad, ¿no?; los otros sentimientos son solitarios. La angustia, la tristeza, la depresión, el abandono, los celos, la nostalgia, el miedo... son cosas de solitarios, sí. De soledad.

–Sí. Habrá algunos que digan que la soledad es buena porque con ella se puede intentar, no sé, ordenar la vida, rehacer las cosas, reflexionar. Pero la soledad esa, la de los

sentimientos, sirve para poco bueno, Ruzafa. Yo la siento aquí, algunas veces, y...

–Sí. Dura es. Sí.

Allá abajo, en la galería, empieza el ruido diario. Las celdas se abren con estrépito. Comienzan los altavoces a decir nombres, horarios, citas, órdenes, correos. Se van haciendo distintas colas con sus ruidos uniformes: la ducha, enfermería, reparto de equipos. Todo llega allí, a aquella celda alta, aislada, cara a un pasillo por el que, todavía, no circula nadie. Aquí, la lisa blancura del silencio; abajo, el farfullo morado de la aglomeración.

–Sí. Dura es, Rancho. Sabemos, nosotros sabemos, como se supera esa soledad. En la acción el hombre hace y se hace humanidad, es grupo, señala lo que hay que superar y cómo cuando combate de verdad a los que abusan, a los que explotan, demuestra que las palabras solas, no liberan, sino que lo que hacen es ocultar, retrasar, entorpecer, enturbiar. Nosotros tenemos la acción, Rancho. Piensa por un momento, si creyéramos sólo en las palabras, en las palabras. ¡Quién podría soportarlo!

–Pero yo hablaba... no sé. La verdad, Ruzafa: tengo como miedo de salir. No sé a dónde ir. Cómo recomponer las cosas. Cómo me voy a sentir, allí, en la calle, sin Bandolé, sin Oddé, sin Zarra, sin Temple... No sé qué será de mí. Y ni siquiera sé si lo que siento es miedo. Pero una angustia ahí

metida, en la boca del estómago, sí lo es... Me siento limpio y eso me da paz. Estoy limpio, pero no sé para quién.

Ruzafa está sentado en el filo del somier de la cama de abajo. Rancho, arriba, sobre el petate, echado. No se ven. Quizá hablen así, porque no se ven.

–Hablaemos, ¿no, Ruzafa?

–Tendríamos que hablar, sí...

–¿Y saldremos juntos?

–No lo creo. No nos van a dejar en la calle a todos, al mismo tiempo ¿comprendes? ¿Se abren los portones y todos a la calle, a la misma hora? No lo creo. Seguro que no. Será poco a poco. De chorreo. Como si les diera vergüenza.

–¿Y nosotros?

–Saldremos por separado, Rancho.

–Pero podremos despedirnos de nuestra gente... de Pedrosimón, Josú...

–Lo tendremos que hacer mañana, por si acaso.

–Joder, parecemos tristes y vamos a salir de aquí, Ruzafa. ¡Vamos a salir!

–Sí. Siempre da miedo traspasar una puerta. Si se piensa... así, día tras día, pensando en ello, da miedo. Siempre da miedo. Miedo o tristeza, sí. Otra clase de miedo y otra clase de tristeza, sí. Así es.

POR el pasillo se oye una voz. Es la de Kaustky. Está preguntando por Paterna, no se sabe a quién.

–Oye, Rancho, ¿le decimos adiós a éste?

–Venga, vamos.

–¡Kaustky! ¡Oye, Kaustky!

Kaustky se ha sentado sobre el suelo de la celda, con su jersey inmenso negro y sus pantalones de pana.

–¿Qué, nos vamos?

–Eso es. Nos vamos. Y ¿tú, que tal, cómo te ha ido aquí, Kaustky? ¿Has aprendido algo?

–No. Me da la impresión que no. Me he dado cuenta que no. Desde que entré estoy emocionado. Entré, estuve y voy a salir, emocionado.

–¿Qué quiere decir eso?

–Que no aprendo, que no reflexiono, que no... Sólo me emociono.

–Tú, es que eres otro sentimental...

–Sí. Exacto. Eso es. Un sentimental.

–Y claro... los sentimentales... los sentimentales como tú, pues...

–¿Qué, Ruzafa? ¿Qué pasa con los sentimentales como yo?

–Bueno, Kaustky... Tú ¿te llamabas Ginés, no?

–Sí. Me llamo Ginés.

–¿Pues sabes lo que pienso Ginés? Que te voy a ver en los periódicos. Que yo te veo a ti en los periódicos: «Ginés, ha declarado», «Ginés, propone»... «Ginés, rechaza»... Cosas de ésas... en los periódicos, con fotos y todo, Ginés.

–Será para decir lo que ya sabéis. O... lo que... Os voy a decir una cosa: antes de hablar, os juro que pensaré en vosotros. En gente como vosotros. Os lo juro.

–¿Sabes una cosa, Ginés? Que pienso que vas a hacer cosas buenas...

–Me alegra mucho que pienses eso de mí. Lo intentaré. Por encima de todo, lo intentaré. ¿Y vosotros? ¿Y tú, Rancho?

–Pues nosotros... Leeremos los periódicos y sonreiremos ¿no? Diremos, míralo. Ahí lo tienes: Ginés.

–No, en serio.

–Pues... Joder, Ginés! ¡Ya no te llamas Kaustky!

–Sí. Ya. Ya me he dado cuenta. Ya me he dado cuenta que ahora me llamo Ginés.

–Tú, Ruzafa. Que quieren decirnos adiós los comunistas. No me jodas, eh, Ruzafa, vamos a ser educados, joder, vamos a portarnos bien, coño, civilizadamente.

–¿Cuántas palabrotas has dicho, Rancho? Yo seré educado. Seré educado. Pero cada uno tiene su historia en el corazón. ¿Qué pasa si te dicen: Rancho, tú, que tenemos al Mami, que lo cazamos por fin, al que te vendió, al que nos vendió, lo tenemos aquí, tú, qué? ¿Educado? Pase usted, encantado, cómo está... tú ¿educado?

Sí. Lo seré. Lo seré, Rancho, Rancho merengue, lo seré.

SE encuentran en el pasillo. A la altura de la antigua celda de Paterna. Ruzafa se queda atrás, en segundo término. Morón lleva su boina en una mano, una sonrisa seca en la boca y la distancia arrogante de siempre.

–Que queremos despedirnos, porque sabemos que nos van a ir echando poco a poco. Uno a uno. Así, por la noche y esas cosas.

Se oye la voz cortante de Ruzafa, allá al fondo del grupo.

–Eso ya lo sabemos nosotros. Hace tiempo que lo sabemos.

–Bueno, pues nada. Nosotros estamos diciendo a todos los compañeros y camaradas con los que hemos convivido en la cárcel, que el Partido seguirá en esta nueva etapa...

Otra vez, la voz de Ruzafa con el cuerpo echado sobre la barandilla, mirando a la galería.

–Nos despedimos, tú. Pero no nos eches discursos.

–Bueno, pues nada. Que, salud.

–Salud, para todos. Venga, salud.

–Salud, Rancho.

–Salud, a los dos. Salud. No sé, quería deciros yo, que nos vaya a todos bien en la vida, ¿no? Salud.

Rancho les ha dado la mano. Ruzafa, todavía mirando a la galería, les hace un gesto con la mano y con la cabeza.

–Tú, Ruzafa. Voy a decirle adiós a Rosich. Hasta me tomo un café con él. ¿Tú? Y quiero hablar con Domenech, un ratito con él.

–Ya les diré yo adiós. Ya. Yo me iré al patio. Que ya es hora. O a mi celda. Que tengo que pensar.

–¿Más?

–Sí. Cada vez, más.

–ROSICH. Oye, tú, Rosich.

–¿Qué?

–¿Puedo pasar? Soy Rancho.

–Claro, claro. Pasa, Rancho, pasa.

Se oye, de pronto, la voz de Ruzafa. Allá, desde el fondo del pasillo.

–Rancho. Un momento.

Rancho mete la cabeza en la celda de Rosich.

–Rosich, que vuelvo en un minuto. Ruzafa me llama. Un minuto y vuelvo.

Ruzafa tiene los ojos velados por no se sabe qué angustia.

–Rancho, ¿tú cuando salgas vas a buscar a Oddé?

–Ya la perdí. Ya la perdí, Ruzafa. Y tú... ¿a Illa?

–Tú, perdiste a la tuya, Rancho. Y yo tengo que ganar de verdad, digo de verdad, a la mía... Anda, Rancho, vete con Rosich. Vete.

–ROSICH.

–Pasa, pasa.

Rosich está preparando un café de espaldas a la puerta de la celda y de cara al cartel de Cataluña.

–Rosich ¿qué? ¿Parece que salimos?

–Sí. Salimos ya, sí.

–¿Y qué?

Se vuelve con dos tazas de café humeantes y la cara emocionada.

–¿Sabes una cosa, Rancho? Tú eres un misterio. Te sigo en el patio, toda la tropa para arriba y para abajo, te he visto visitar a Paterna y tirarte con él las horas muertas, hablar y hablar con Ruzafa, sé que te has tirado días enteros encerrado, encima de tu petate, solo, no puedo olvidar tu cara cuando contaba yo lo de Peiró... Y es que tú, Rancho, sabes escuchar. Ya he descubierto yo tu secreto; por qué

eres como eres: es que tú sabes escuchar. Y la gente, no sabe.

No sabe, Rancho. Escuchar, no sabe.

–Quizá porque alguna vez hablé mucho más de lo que debía. Quizá por eso. Pero, tú, ya sabes, lo que vengo a preguntarte.

–Sí. Lo sé.

–¿Y qué, Rosich?

–No sé si estoy preparado para salir, para vivir. Pero, de verdad, lo he intentado. Escribí a algunos amigos antiguos, de la Facultad. Retomé la relación con familiares, perdidos por ahí. Leí a Quevedo, sin broma, lo leí... Pensé mucho. A ver si te lo digo: pensé en positivo, ¿no? En las cosas bellas. En el mar. En los espacios infinitos, amplios: aire, montaña, los valles inmensos. Y ¿sabes, Rancho? Algunas noches, tengo un sueño fantástico, fantástico. Salgo de lo alto de una montaña, el sol de cara. Abro los brazos y echo a correr hacia abajo. Y voy cayendo, casi volando, y rozo almendros, ciruelos, granados, guindos...

–Yo sabré escuchar, Rosich, pero tú sabes contar bien las cosas... ¡Y haces un café!

–Rancho, me voy a acordar de ti.

–Y yo de ti.

–Dame un abrazo, Rancho. Venga.

–Venga un abrazo.

–Salud, Rancho, que seas feliz.

–Salud.

–¿EMPEZAMOS?

–¿Qué?

–¿Empezamos el paseo?

–Esta vez, Zarra, nos vamos a sentar. Nos vamos a sentar, en corro, aquí, en el suelo, pegaditos al muro, con la tierra en los calzones, y vamos a hablar, vamos a hablar largo y tendido. Esta vez, lo vamos a hacer así.

Contra la pared del patio se han sentado Ruzafa, Zarra y Pedrosimón. Haciendo el círculo, Rancho, Temple y Josú. Cuando se están acomodando todavía, intercambiando cigarrillos y saludos, con golpes en las rodillas y sonrisas al aire, se acerca Domenech.

–Salud, buenos días. Que me dicen que me voy y quisiera decirles... adiós.

Nadie se levanta: «Adiós», «Pues, vaya, hombre», «Que te vaya bien», «Todo llega», «¿Esta tarde?», excepto Rancho, que con las palmas de sus manos se quita la tierra de sus pantalones.

–Domenech, me alegro mucho. ¡Esta tarde!

Se están estrechando las manos.

–¿De dónde eres tú, Rancho?

–De Almedinilla, de Córdoba. Pero anduve por ahí, Por Francia, por arriba y por abajo, en Madrid, en Vigo, por aquí. Yo soy de cualquier sitio.

–No hemos hablado, prácticamente.

–No. No hemos hablado.

–Y.. me hubiera gustado, gustado mucho, sí.

–¿Sí?

–Te voy a decir una cosa, pero no me interrumpas, Rancho, que te lo quiero decir y me quedo tranquilo. ¿Vale?

–Vale, hombre, vale.

–Cuando te vi allí, en Juzgados, como ibas, como te habían puesto, Rancho, y, sin embargo, con tu dignidad, con tu dignidad sencilla, natural, pues dije, con este hombre tengo

que hablar, aprender ¿no? Eso es lo que pensé, sí. Y no sé qué ha pasado, que no... no sé... que no hemos podido...

–No. No era dignidad, Domenech. Era cansancio.

–No. No. Era dignidad.

–¿Sabes lo que pasa, Domenech? Que eres joven, muy joven. Joven. Y los jóvenes, así, en grupo, con gente, con gente diversa y mayor se pierde. Se hace aire, se hace líquido, nada. Y el mayor, el que hace gente, si te ve, si es que te ve, piensa algo así como: es él el que tiene que aprender... que venga... que oiga... que se calle y oiga... algo así ¿no? Y entonces, los jóvenes tímidos, ¿no?, pues se van quedando solos, como arrinconados, como abandonados, ¿no?

–Algo así, ha debido ser... ¿nos veremos?

–Pues... seguramente, no, Domenech.

–¿Seguramente no?

–Eso. Seguramente, no.

–Yo me he alegrado mucho de conocerte, Rancho.

–Yo también de conocerte a ti.

–Salud, Rancho.

–Salud, Domenech.

Se han dado palmadas en los hombros y se han abrazado. Rancho, vuelve a ocupar su sitio en el círculo. Ruzafa está hablando.

–... Como si tuviéramos el sarampión... por separado, uno a uno, lo harán. Pero, bueno, nos vamos... y nos vamos a despedir, a decirnos adiós.

Nadie dice nada, las cabezas abajo, mirando la tierra.

–¿Os vais hoy?

–Sí, Zarra. Hoy, mañana, pasado.

–¿Y no volvéis más?

–¡No me jodas, Zarra! ¡No me jodas! Lo que tenéis que hacer es seguir. Seguir con los paseos. Para arriba y para abajo. Seguir. Os veis aquí, lo mismo que antes, y para arriba y para abajo.

–Yo no quiero contradecirle a usted, Ruzafa. Pero las cosas se hicieron para ser un todo ¿no? Se está completo o no se está completo. Redondo. Como se es. Como se hicieron. Y decir: es lo mismo, es lo mismo, sin que sea lo mismo, pues es engañarse ¿no? Pues si ustedes se van, pues, eso, ustedes se van. Y no somos el todo de antes... Eso es lo que pienso yo.

–Y tú, Josú, cuando salgas ¿vas a volver a Osuna?

–Pues, bueno... mire usted, Rancho, a lo mejor vuelvo a Osuna ¿sabe usted? Voy a verla ¿no? Saber qué ha sido de ella, de esa mujer.

–¿Y volverás al cobertizo?

–¿Al cobertizo? ¡Al cobertizo, no! ¡Ave María Purísima!

Pedrosimón está muy serio. De pronto, se quita el «Titán» de su muñeca.

–Bueno, Ruzafa. Que yo te voy a dar el «Titán», para que lo lleves contigo, ahí, en la muñeca puesto. Ya sabes que es de oro blanco, macizo.

–Pero Pedrosimón, cómo me vas a dar eso, hombre.

–Tú, quédatelo, Ruzafa. Y llévalo en la muñeca siempre.

–Pero, hombre. Es tu «Titán», es...

–A mí no me costó nada...

–Hombre, ¡nada! Yo no sé cuántos años, Pedrosimón...

–Quédatelo, quédatelo...

–Bueno, Pedrosimón, gracias.

–Oye, ¿y si volvieras a ver a Lujana?

–Mira, Rancho, te voy a decir una cosa. Todavía, todavía, no he podido olvidar cómo me decía primor...

Todos están nerviosos. Se miran. Fuman. Sonríen.

–Bueno, hombres. ¡Tanto hablar, tanto hablar! Y ahora no sabemos qué decir.

–Tú, Rancho. Yo quiero terminar esto. A mí no me gustan las despedidas. Nunca sé qué decir. Terminemos y ya está. Yo, me voy, me despido. ¿Cómo decís vosotros? ¿Salud, no? Pues, eso: Salud.

Temple se levanta rápido. Y se va. Todo el grupo se levanta ahora. Zarra sigue preguntando:

–¿No volvéis, no?

–No me jodas, tú, Zarra, no me jodas.

–¿Y cuándo hablamos nosotros, Ruzafa?

–¿Para qué?

–Para despedirnos.

–Nosotros tenemos tiempo, Rancho. Tenemos tiempo.

–Yo no quisiera...

–Que no te preocupes, hombre, que no...

–Yo tengo que... tengo que hablar contigo... decirte algunas cosas que he aprendido gracias a ti... y agradecerte otras, Ruzafa, porque...

–Venga, Rancho. No te pongas, merengue. Ya hablaremos, hombre. Ya hablaremos.

CUANDO a Rancho le abren su celda para el desayuno, se encuentra en el pasillo al Director frente a su puerta. Tiene a un vigila al lado y él lleva en las manos una carta y otro sobre, más grande, almohadillado, color marrón.

–Vengo a comunicarle que sale...

–¿Y Ruzafa? ¿Ya...?

–Sí. Salió esta noche.

–¿Y desde cuándo lo sabía?

–Cuarenta y ocho horas antes.

–Ya... Ya lo imaginaba yo.

–Me ha dejado para usted esta carta. Y vengo a entregarle a usted, su dinero que he tenido... en depósito. Tendrá usted que firmar aquí.

–¡Todo eso! Es mucho dinero... ¡Muchísimo dinero!

–Eso es lo que me dieron para usted.

–¿Y la carta?

–Ayer por la tarde me la dio Ruzafa para usted.

–Ayer por la tarde ¿no?

–Sí. Ayer por la tarde.

–Bueno. Pues, nada. Gracias.

–¿Necesita usted alguna cosa?

–No. No. Gracias. Y... ¿cuándo salgo yo?

–Esta tarde.

–Bien. Bueno, pues, gracias.

–Le deseo a usted lo mejor.

–Gracias.

RANCHO se ha echado sobre el petate. Abre la carta. Dentro, un solo folio, doblado, y escrito a lápiz. Una letra grande, clara, de trazos resueltos, firmes.

«Rancho: A mí tampoco, como a Temple, me gustan las despedidas. Has sido un amigo. Un amigo verdadero. Te

deseo que nada te obligue nunca a hacer lo que no quieras. Salud. Ruzafa».

–No. No. Deje usted el petate ahí. Así. Nosotros, ya...

–Y ¿qué hora es?

–Las nueve y diez.

–Bueno, pues me marchó.

–Se marcha usted, con poco ¿no?

–Menos traía.

–Bueno, pues, que le vaya bien.

Abre su celda, y echa a andar por el pasillo. Cada paso es un nombre.

–Paterna... Kaustky... Domenech... Morón... Rosich...
Ruzafa

Rancho vuelve la cabeza al vigila que viene detrás.

–Todas vacías ¿eh?

–Eso es. Todas vacías.

Baja por la escalerilla. Cuando llega abajo, todas las puertas de la galería cerradas.

–¿Podría?

–Lo siento, no puede ser.

–Es darles las manos, a algunos... Despedirme...

–Lo siento. No puedo...

SIN leerlos, va firmando los papeles que le ponen por delante. Se abre un gran portón. Un grupo de vigilas, lo están mirando y lo saludan con gestos lentos, dispersos. Sale a un gran zaguán, adoquinado. Le abren la parte derecha de otro portalón verdemarrón. Una acera, con árboles recién plantados, pequeños todavía. La calle, sin tráfico prácticamente. Por la acera de enfrente, pasan algunas personas, pocas. A su derecha, pegada al muro, una garita mínima. Da unos pasos hacia su derecha y oye una voz a su espalda que sale de la garita:

–¡Ya estás en libertad!

–¡Ya estoy en la calle! ¡Qué libertad vais a dar vosotros!

XIII. YA NO SÉ PENSAR

CUANDO Rancho entra en su habitación de «Lopera, Huéspedes», la pensión familiar de esa pequeña calle, estrecha y arbolada, que está entre dos avenidas anchas de tráfico intenso, Rancho siente un cansancio infinito. También un descanso pálido en su interior, como un desapasionamiento suave, una articulación pausada de los sentimientos.

–¿Y trabaja usted por aquí?

Le ha preguntado el dueño de la pensión mirándolo con cierta angustia en los ojos.

–No. Yo acabo de salir de la cárcel.

–Ah, de la cárcel... de la cárcel.

–Sí. He estado preso por mis ideas... políticas.

–¿Político? Ah, político. Pues hombre, no sé, político... Yo tengo una sobrina, también, que... Pues nada, pues bien. Y ¿mucho tiempo?

–¿Preso? ¿O que me voy a quedar aquí, en la pensión?

–No... Aquí, aquí.

–Pues mire, no sé. Ahora mismo no sé nada. Quiero, solamente, tumbarme en mi cama, pensar, relajarme, salir a esas calles cada vez que quiera, sentarme en las terrazas, juntarme en las aceras con la gente y pasear, pasear, ir a las tiendas, buscar el sitio más solitario y tranquilo de los cines, esconderme por ahí, en los jardincillos de las plazas, sentarme en sus bancos al sol, no oír a nadie que me señale su reloj... Pero, la verdad, cuánto tiempo voy a estar en esta casa, no lo sé, no lo sé...

–Bueno. Pues yo le voy a dar la seis. Una habitación exterior, que es muy tranquila, ahí, al final del pasillo. Y usted, pues, descansa y está todo el tiempo que le parezca bien ¿comprende? En la seis. Verá usted que estará bien. Cómodo, bien. Tranquilo.

RANCHO está sentado en el centro de la cama, quitados los zapatos, la cabeza apoyada sobre sus piernas flexionadas. La habitación está a oscuras. No llega hasta allí prácticamente ningún ruido de la calle y el que llega lo hace

en forma de un rumor lejano que se va evaporando, poco a poco, lentamente, en el aire.

Sí llega, si se aguza el oído, alguna música desvaída, difusa, desde alguno de los pisos de la otra acera de la calle. Dentro de la pensión, el silencio es total. Algunas luces de las casas de enfrente dan a la noche un tono cercano, cálido y evanescente. Algunas voces, esporádicas, suben hasta el balcón de la habitación, desde las aceras. Duran un instante. Inmediatamente, el silencio se hace dueño de todo.

ME han prohibido, perseguido, empobrecido, aislado, pero siempre he encontrado a los otros, a los como yo. Siempre me dieron la fuerza que necesitaba y siempre luché, junto a ellos, contra la humillación. Con ellos, amplié mi vida, hice más sólidas mis certezas, acabé con lo dudoso, terminé con los miedos. Ellos, los como yo, me dieron aire para respirar, lana para taparme, pomada para las quemaduras, bálsamo para todas las heridas. Desde niño supe que los poderosos hacen lo grande para que se vea y lo pequeño, para romperlo. Pero los pequeños, nosotros, yo con los como yo, nos hicimos sitio para respirar, extensiones donde movernos sueltos y rápidos, abrimos caminos para pasar de un lado a otro, a nuestro antojo, escondites donde tomar ímpetus, inauguramos rincones para el amor y la pasión. Éramos poca cosa, pequeños, frágiles, animales de deshecho, pero hincamos nuestras picas en el terreno de la ira, con hierro y pólvora armamos nuestras manos y

aprendimos a conjurarnos para no cejar, para no huir, para no retroceder, no doblegarnos. Para nunca alzar bandera blanca; rendirnos, jamás. Y cuando yo no comprendía, otros, yo sabía que otros iguales que yo, sí comprendían. Y si yo no sabía explicar, sacar lo de dentro hacia fuera, otros había, siempre, otros de los yo, que hablaban, explicaban, y eso, eso, eso es, decía mi corazón. Y si ahora qué, ahora qué, me preguntaban o me preguntaba yo a mí mismo, otros, venían otros, que eran yo mismo con otras caras y otros cuerpos, y hablábamos, sí, no, claro que es posible, y abríamos el camino, la vereda. Siempre el ánimo, siempre había un camino adelante, para avanzar, para avanzar. Y si te ahogabas, no podías más, te vencían la fatiga o el miedo, qué, sí, ahí estaban los míos, los míos como yo, fuertes, que eran fuertes, que eran fuertes. Venga, venga, vamos, decían, mirándome: nunca podrán, nunca podrán, con nosotros no podrán. Lo colectivo siempre es lo más. Siempre un grupo es más fuerte que el poderoso. Xanxo, Xanxo, Ruzafa, ¿dónde, dónde? Si ellos, los poderosos, decidían actuar, buscaban a sus parias de uniforme, a sus asalariados sin conciencia, asustaban a la gente con sus imprentas y sus periódicos, azuzaban a sus perros, para delatarnos alumbraban las calles, los barrios, las plazuelas antes olvidadas, y hacían vigilar los sótanos, las buhardillas, las últimas azoteas, nuestros territorios, nuestros espacios y decían a los parias: tomad, vosotros tomad, tomad hierro y faca, pólvora y crimen, delación y tortura, defendeos, defendeos, que era, en verdad, decirles: tomad y

defendernos, defendernos. Y les decían: tomad armas para cuidar a vuestros hijos, odio para guardar vuestro pan, dientes para defender vuestro trabajo. Tomad saña y puñal para salvaguardar vuestra miseria, nuestro dinero. Si ellos, los poderosos, pregonaban a todos los vientos, en cada barrio, en cada pueblo, en cada calle por medio de sus voceros, de sus pregoneros pagados: ¿No somos nosotros los que os defendemos? ¿No son ellos los que os dañan, os dan miedo, perturban vuestra vida? Nosotros, los como yo, nos preguntábamos: ¿Dónde están sus poderes, donde la base de sus fuerzas? ¿Dónde guardan su miedo, qué les hace temblar, qué les aterra, qué guardan con candados y con llaves? Pues allí, allí nuestras bombas, los atracos, nuestra sangre. ¿Sangre, bomba, atraco, violencia?, nos decían. Y nosotros: ¿Es que ellos temen la palabra? ¿Es que les hace temblar la denuncia? ¿Es que huyen por tus gritos? ¿Es que cambian algo sus corazones cuando golpean sus pechos, perdón, perdón, perdón? Nosotros más duros. Más rápidos. Más tercos. Nosotros, siempre más. Siempre más. Bandolé, Ruzafa, Pedrón, Xanxo, Mauri ¿dónde estáis? Oddé ¿dónde te has ido, qué haces ahora de ti, de mí? ¿Qué haces, tú, Cetme, el desaparecido? ¿Qué has hecho de tu odio? Los míos ¿dónde están? Ellos, los como yo, ¿dónde estáis? Yo nunca, nunca solo. Nunca me sentí solo. Incluso en los sueños, en las noches más duras de incertidumbre y angustia, siempre con ellos, nunca solo. ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Yo podría buscarlos. Sé dónde están. Chivas, Sansón, Delfín, lacayos sin conciencia, sé dónde estáis. Daría

pronto, muy pronto, con vuestras casas, dónde vuestros cafés, vuestras barras de amistades confusas. Para dar con vosotros sólo tendría que llegarme allí, a vuestro edificio de cemento y de sótanos y rastrearos. Ir desde aquella puerta hacia delante, persiguiendo vuestra pobreza, vuestro odio, vuestra pequeñez, el hálito que vuestra vida deja por aquellas aceras. Ir siguiendo vuestro rastro por aquellos bares y cantinas de los alrededores, siguiendo vuestro flujo por las calles, siguiendo vuestro olor a piletas y a reja. Como aquellos exploradores de las películas de mi niñez, con sus sombreros inmensos sobre la cabeza, su traje de pieles y dureza y sus rifles de búfalos y osos, o aquellos otros, indios del músculo y la agilidad, con sus caras pintadas y blanquísimos collares, ligerísimas flechas y sus pesadas lanzas, que miraban al suelo, tocaban lentamente las huellas y señalaban, sin posibles errores, el camino seguido por aquellos terribles enemigos, yo podría también, sin error alguno, seguir vuestro rastro, vuestro hedor. Cerrar los ojos y recordar: sólo con recordar bastaría. Aquí, en esta habitación, tumbarme en la cama y recordar: vuestra voz, vuestras bocas, los ojos gélidos de Chivas, la crueldad de aquellas vejaciones, el dolor, ese dolor infinito que tuve que soportar para no humillarme ante vosotros, y ese dolor más grande, más grande aún, que tuve que sufrir para entregarme, para traicionarme. Vuestros gestos, vuestras bocas. Echado en esta cama, ese odio aventado por los recuerdos, una y otra vez, una y otra vez, se agrandaría, crecería más allá de esta habitación, de sus paredes y sus

muebles, inundaría mis vísceras, mi vida. Sería sangre para mover mi corazón, grasa y aceite para mover mis huesos. Odio que crece en odio. Un fuego de odio, con un humo que asciende y asciende, y señala más odio. Dormir soñando en odio y despertar, de nuevo, para meter más odio en las heridas, arena sucia y estiércol, pus y pimienta. No hace mucho tiempo le dije a Rosich, cuando me enseñó la boca de Delfín pintada en la tapa de madera de su retrete, que quería dejar de odiar. Y le dije también: Como el que tiene mucha sed, necesito paz. Yo no quiero odiar más. No puedo odiar más. Necesito paz, necesito paz. ¿Ahora también? Sí, ahora también. Quizá con más sed, necesite paz. Necesito descansar, andar descansando. Trabajar, lleno de descanso. Buscar mi alimento de paz. Buscarme a mí. Quiero aventar lo superfluo, y encontrar en el grano lo que me hace más yo de yo mismo. Encontrando a los amigos, dándome la alegría de tenerlos tanto tiempo, Ruzafa, Josú, Temple, todos, todos los amigos de allí, teniéndolos, dándose cada uno a cada uno, me di cuenta cuánto necesitaba ser yo, dar de mí todo para saber más, para vivir más ancho, para abrir el arca, aquella arca de mi abuela, como mi madre hacía las mañanas eternas de aquel pueblo, y decía: Rancho, Rancho, mira, mira, mira cómo era yo cuando niña, cuando zagalilla asustada, mira este traje y este colgante, mira las platas antiguas y estos manteles, y yo, y yo sabía que desde ese momento mi madre era más que mi madre, fue una niña y una zagalilla, anduvo por el mundo abierto, limitado pero abierto, cerrado pero iluminado, y aprendí que yo también

tendría un arca, un arcón antiguo, cerrado y secreto en mi vida, en mi corazón, a los pies de mi cama, y que allí guardaría mi tirachinas, mi bola de barro preferida, mi trompo de rayas rojas, el canuto para mis almequinas, todavía el olor de mi niñez. Y que allí, a ese reducto de ti, de tu vida, sólo se vuelve con paz, con el cuidado y la paz que da la paz. No renuncio a mi vida, pero a mi vida llena, total, completa. Quiero ser el Rancho de Bandolé y Cetme, venga, venga, que te pego un tiro en la cabeza, y quiero ser el Rancho de mi niñez. Un Rancho que reanuda la vida, que es más ancho... Este silencio no es mi silencio. Es como el silencio del mundo. Yo soy el que tiene que hablar, que mover el corazón, que decidir, que escoger. Necesito mar, amplitud, valles abiertos, sierras contra el sol, ríos invadiendo llanuras. Necesito ver lo inmenso para hacerme grande, necesito lo pequeño para guardar lo que soy. Eso es, necesito vivir. Todo. Necesito todo. Como aquel niño que fue por primera vez a la escuela y llevaba cartera y merienda, babero y plumier, cartabón y escuadra, todo, llevaba todo, y volvió a casa porque olvidó la pequeña puntera de lata de su lápiz. Necesito ser todo, vivir amplio, para vivir en paz. Todo esto es sentir, puro sentimiento, dichos del corazón. Y lo que necesito es pensar, fijar, determinar, concretar, decidir. ¿Qué es lo que voy a hacer? ¿Qué voy a hacer conmigo? Pensar, necesito pensar. Ya no sé. No sé pensar. Solo, no sé pensar. Ya no sé. Es que solo ya no sé pensar, no sé pensar.

DELANTE de Rancho está un hombre delgado, alto, de tez amarillenta y risa seca que se está limpiando sus manos lenta y meticulosamente con estopa y que lo mira a los ojos con determinación.

–¿Carretillas? Ah, no. Las carretillas las teníamos aquí, sí. Pero no, ahora las pusimos dentro, todas dentro. Aquí hemos puesto el maceterío, sí, el maceterío este, de exposición.

Rancho está nervioso.

–Pues yo venía... ahí, había, junto al muro, una oficina, una oficina pequeña, ¿no?

–Sí. Sí, señor, que la había. Se quitó hace nada, sí.

–¿Y.. ?

–¿Usted pregunta por el señor Colomer?

–Pues creo... que se llamaba... Calixto, me parece... Calixto o algo así...

–Calixto, no sé... Colomer... Un señor bajito, rubio, con los ojos así...

–Sí. Ese. Sería Colomer...

–Y usted ¿qué? ¿Que quería verlo?

–Sí.

–Quería usted verlo ¿no?

–Sí... Verá. Es que yo he salido hace poco...

El tipo se acerca un poco más a Rancho y sigue mirándolo a los ojos.

–¿De dónde? ¿Del hospital?

–Sí... Algo así... Y me he quedado sin... familiares... aquí... y quería hablar con él. Necesito hablar con él.

–Mire usted, ese señor se fue. Se desmanteló la oficinilla en un santiamén, y el señor Colomer se fue.

–¿Y sabe usted adonde?

–No. Ni idea, no. Se fue. Y nada más. Me voy, me voy.

Y no sé nada más.

–Bueno, pues... Salud.

–¿Cómo ha dicho usted?

–Que... Salud. Salud.

–Ah, pues bien, adiós, salud.

Dice el tipo, subiendo sus hombros.

–¡Sí, sí! ¡Era Gracia! ¡El barrio de Gracia! Sí. Seguro. ¡Seguro!

Rancho ha acelerado el paso, nervioso, confuso, y se pone en el filo de la acera para parar un taxi.

–Me lleva usted a la parte última, la más lejana del centro, a la más alta del barrio de Gracia, por favor.

El taxi lo ha dejado en unas calles anchas, despejadas, de pequeñas casas de dos o tres plantas, de construcciones que debieron ser, en otros tiempos, chalets de un barrio residencial lejano del centro de la ciudad.

Poco más allá se ven ya altos edificios recién terminados y otros, en construcción. Altas grúas contra el cielo.

Hay poco tránsito. Serán las seis de la tarde. Unos minutos faltan.

Rancho comienza a deambular por esas calles. De vez en cuando detiene a alguien y le pregunta por la panadería más cercana. Cuando llega a ella, mira al interior y se va, o allí mismo pregunta por otra.

Así va recorriendo el barrio, poco a poco, lentamente. Algunas veces se detiene en un pequeño jardín, otras en alguna terraza de una cafetería, al sol. Hace un día luminoso, pleno, de pequeñas nubes blancas trasladando al cielo.

Rancho siente dentro de su corazón como un aliento nuevo, un cuerpo ya vivo que necesita todavía más aire y más sangre, una paz hasta ahora desconocida.

EL niño está sentado en el más alto de los dos escalones del portal de la panadería de puerta estrecha, ahora entreabierta, con la luz eléctrica alumbrando ya su interior, con un pequeño mostrador al fondo en ese momento vacío.

El niño no hace nada. Está con un babero blanco, las dos piernas juntas, mirando al aire. No se mueve.

Rancho, que casi se echó a correr hacia él cuando lo vio, se ha puesto sin embargo frente al niño, al otro lado de la calle, en la otra acera y se ha apoyado contra la pared, mirándolo.

El niño está absorto. El paso de los coches, el ruido de algunos chicos que pasan corriendo no le perturba en absoluto. Sigue mirando al vacío, sin tiempo.

Rancho ha encendido un cigarrillo. De pronto, por la puerta entreabierta, aparece Ila.

—Venga, Pordós, vamos adentro. Que cerramos. Venga, amor mío.

Cuando se está levantando Pordós es el momento en que Ila, movida como por un resorte que tuviera dentro y que

se pusiera en marcha por otro resorte del corazón, mira a la acera de enfrente y ve a Rancho.

Se quedan los dos mirándose. Quietos todavía. Todavía en silencio, como paralizados.

Illa sonríe, jubilosa.

–Rancho, ¡Rancho!

En medio de la calle se encuentran los dos. Alargan sus brazos, se cogen sus manos. Cogidos, distancian sus cuerpos y se miran.

–Illa, Illa.

El niño, sin moverse del escalón y ya de pie, ha levantado sus brazos.

–Tío Da, tío Dá.

El sol ha empezado a caer por detrás de unas tapias.

–Fui a por Sixto. No estaba, había desaparecido, se largó. Algo pasaría. No pude hablar claramente con el tipo que me atendió, no me fiaba. Me miraba fijo, fijo a los ojos, como preguntándose. Me pareció que estaba en otro mundo. Iba de un lado a otro, me preguntaba, me preguntaba, sin decir una sola cosa. Se ha ido, se ha ido... Nada más: se ha ido... Me quedé desesperado. Vacío. Triste de verdad, triste.

¡Hasta me acordaba del patio de la cárcel! ¡Hasta lo echaba de menos! No sabía de Bandolé y me daba miedo saber algo. Ruzafa, nunca me dijo lo que haría, dónde estaría. Cetme, era el hombre perdido, nadie sabía nada de él. Fui, entonces, a buscar a Sixto. Nada. Y de pronto, Illa, de pronto, como un foco de luz que se te enciende delante de los ojos o como un golpe seco que te dan de pronto en la cabeza, me acordé del nombre de tu barrio, Gracia, Gracia, el barrio de tu panadería. Gracia, Gracia. Me vino a la cabeza como un salto de agua. Me vine aquí, callejeando, merodeando, persiguiendo el olor de tu pan. Despacio, despacio. Sabiendo que os encontraría, aquí, allí, pero que os encontraría. Parándome, sentándome en los bancos de los jardines, en las terrazas, un café, un cigarro, el humo, despacio, contra el cielo. Buenas tardes, buenas tardes, ¿y sabe usted de una panadería por aquí, de una panadería? Qué paz. Qué paz. Y te he encontrado, Illa, os he encontrado. ¿Sabes lo que siento, cómo me siento? Siento como si me hubieran puesto aceite encima de mi cuerpo. Aceite por mi cuerpo.

–Rancho, Rancho. ¡Que alegría de verte, de oírte, de saber de ti, de que me digas esas cosas! ¡Qué alegría, Rancho!

Se siente en la habitación oscura de al lado la presencia tibia y serena de Pordós, durmiendo en su cama. Illa y Rancho están alrededor de una mesa de camilla, bajo la intimidad de una luz que sólo ilumina, del cuarto grande en

donde están, contiguo al del mostrador de la panadería, sus brazos sobre el tapetillo rojo donde están las tazas de café todavía y los ceniceros humeantes.

–¿Y te puedo preguntar, Illa?

–Pregúntame lo que quieras. Lo que quieras, Rancho. Yo estoy deseando hablar contigo, deseando. Y tú, Rancho, tú también, me tienes que contar, que decirme.

–Y., ¿de Ruzafa?

–¿No se despidió de ti?

–No. No se despidió.

–A muy pocas personas quiere más que a ti, Rancho.

–Lo sé, lo sé.

–¿Sabes lo que hizo? La misma noche que salió, Rancho, se presentó aquí, ahí en la puerta, con su petatillo, y con la voz bajito, bajito, Illa, Illa, soy Ruzafa, soy Ruzafa. Cuando bajé como una loca, me abrazó como distante, como para no poner su cuerpo junto al mío, Rancho, me tocaba el pelo mirando a otro lado, el pelo, los hombros, con todo el amor, Rancho, con mucho amor, la cara, los hombros, el pelo, Illa, Illa, bajito. Y se fue a ese cuarto, y se metió y se puso al lado de la cama de Pordós, tan grande como parecía allí, en lo oscuro, junto a la cama, niño, niño, decía, Pordós, Pordós, te

quiero por dos, decía, con la mano también por el pelo y bajó todo su cuerpo, Rancho, tan grande como yo lo veía, y movió su cuerpo y le dio un beso, le dio un beso, que es imposible explicarlo, Rancho, como que es imposible explicarlo de verdad, suave, suave, pleno, profundo, tierno, todo, todo, ese beso, y yo me puse a su lado para verlo mirar al niño, para rozarlo siquiera, Ruzafa, Ruzafa, y él con el niño, su mano cogida, su mano en su mano oscura, tan grande. Rancho, nunca sentí tanto, nunca sentí tan fuerte. Y cuando se volvió a mí y le di la mano, Illa, Illa, y yo estaba como cuando te despiertas como soñando, pero no has soñado, todo lo que es soñado es verdad, lo que tienes es mejor que el sueño, ¿me entiendes, Rancho?, y se sienta donde tú estás, ahí, se sienta ahí, y me mira, largo, largo, con los ojos como grises, tiernos y duros, tiernos por un lado y duros por otro, grises, como yo no he visto ojos nunca, y me dice tengo que hacer cosas todavía, Illa, todavía tengo que hacer cosas, cosas duras, por ahí, sin poder verte, Illa, y he venido porque esto era lo más difícil de hacer de todo lo que tenía que hacer, Illa, lo más difícil de todo, y yo, lo que tengas que hacer hazlo, Ruzafa, sea lo que sea lo que tengas que hacer, pero vuelve, vuelve aquí, siempre vuelve aquí, y quédate ahora, quédate ahora conmigo y con Pordós, quédate, quédate...

–Ay, Ruzafa, Ruzafa...

–Y subió el petatillo arriba, al cuarto de arriba, y allí empezó a trastear, Rancho, para arriba y para abajo, que yo lo oía aquí, quieta aquí, lo oía arriba, y cuando se quedó todo en silencio, subo, Rancho, con el corazón en la boca, subo, abro la puerta, todo oscuro, y no sé, no sabía qué hacer, allí junto a la puerta, sin saber qué hacer y entro, entro de puntillas, muy bajito, más bajito que cuando él llegó, le decía, Ruzafa, Ruzafa, y él callado, callado, haciéndose el dormido, como durmiendo así profundo, respirando, y yo cogí una sillita, sin hacer ruido, una sillita y me senté a la cabecera, a oír su respiración, Rancho, honda, honda, y yo de vez en cuando, le decía, más bajito, más bajito todavía, cómo te quiero Ruzafa, amor de mi vida, cómo te quiero, cómo te quiero... Y por la mañana, muy temprano, jaspeado de limpio, limpio como el pan, comiendo un desayunillo que él toma, nada, un desayuno de nada, me miró a los ojos, muy serio, y me dijo, «Illa ayúdame a no tocarte hasta que vuelva, ayúdame, que yo no quiero tocarte hasta que vuelva, ayúdame». Estuvo aquí un noche más. Allá arriba, en el cuartillo, y cuando salió aquella mañana, ya tarde, que estuvo muchas horas con Pordós en el parquecillo ese, de ahí al lado, horas y horas jugando, que yo salía en algún hueco y me iba corriendo, corriendo, a verlos, los dos, jugando y jugando, y disfrutar viéndolos a los dos, y cuando salió aquella mañana, ya tarde, yo vi que se prepara remoloneando, serio, serio, y que cogió todo el dinero que trajo, todo, todo el dinero y se pone delante mía, serio, y me dice, que me voy, que me voy, me

voy veinticinco días, exactos, veinticinco, he hecho bien la cuenta, vestido con lo mejor que tenía, que se había traído de allí, en el hatillo, en el petatillo aquel, y me mira mucho rato y me dice, veinticinco días, yo no sé, me decía, si podré llamarte, no sé, pero no tardaré ni una hora más, yo te digo que ni una hora más, así, con esa mirada tan honda, mirándome, me decía, ni una hora más, para que yo supiera, para que me diera cuenta, yo, lo que me quería decir, y yo, Ruzafa, te espero, cuídate, aquí estaremos los dos, Ruzafa, ni una hora más tarde me llegues, Ruzafa, veinticinco días, lo sé, lo sé, ni una hora más, Ruzafa, ni una hora más...

– ¿Y cuánto?

–Quedan veintiún días.

–¿Veintiuno?

–Sí, veintiún días y trece horas, Rancho.

–Y.. ¿sabes algo?

–No sé nada, nada. Antes esperaba también, Rancho, siempre esperando, tanto tiempo esperando. Era horrible, horrible, pero, no sé cómo decirlo, estaba allí, yo esperaba y él estaba allí. Ahora...

–Lo sé, lo sé, Illa. Yo no sé qué decirte... Yo no sé... que yo esperaré día a día contigo, día a día, que quiero que lo sepas, Illa...

–Lo sé, lo sé... Como tú dices, Rancho, lo sé... ¿Sabes que cuando hablaba de ti, te llamaba el merengue?

–Sí, el merengue. Decía que era muy blando, que andaba todo el día emocionándome, con lagrimillas por ahí.

–Y tú le decías que los mejores merengues se hacen en las panaderías, ¿no, Rancho?

–Eso le decía, sí, se lo decía, sí.

–¡Pues vaya dos merengues de panadería, tú y yo, Rancho!

–Sí. Dos merengues que a lo mejor estamos esperando a un sentimental.

–¿SABES algo, Illa?

–No sé nada, Rancho.

–¿Quieres que vaya a por Pordós?

–No. Debe saber algo, sentir mi nerviosismo, porque no quiere separarse de mí ni un momento.

–Seguiré en contacto contigo, Illa, pero mañana por la mañana muy temprano, he decidido ir a mi pueblo, ver a mis padres.

–Haces muy bien, Rancho. Pero llámame cuando puedas. No dejes de llamarme.

–Todos los días te llamaré.

–Eso es, todos los días

–Sí, todos los días. Salud.

–Rancho, Rancho, no cuelgues. Espera un momento...
Perdóname, Rancho. Pero dime si crees que volverá. Que
Ruzafa volverá.

–Ah, seguro, Illa, seguro. Ruzafa volverá. No tengas dudas,
no tengas duda alguna, Illa. Volverá.

–No puedo salir de la casa ni un momento, Rancho. Todo
el día aquí, pegada al teléfono, por si llama...

–Todo saldrá bien, Illa.

– Rancho... Rancho...

–¿Qué?

–Gracias, Rancho. Salud.

–Salud. Salud.

XIV. BLANCOS NEGROS

NADA, nada es igual. Salvo la luz. Y el color de la campiña, de las lomas sepias de almendros, ciruelos, y más altos, los olivos subiendo hasta las crestas. La placilla es más pequeña, blanca pero pajiza, con el cuarterón vacío que le da viento a las casas, y deja el campo, ahí mismo, a la vista. No sé qué calle es esta por la que voy bajando, con aceras de losetas amplias, entre verdes y rojas, y algunos mandarineros pegados al borde de la calle misma. Ni conozco las tiendas que son más anchas, abiertas ahora, donde el chocolate y el caramelo, donde el melón y los calabacines, donde el cuarto de carne, la margarina, donde la botella de vino y la cerveza fría y ¿dónde aquel puestecillo, del esquinazo, allí, allí, donde las bolas de cristal, de mármol y de barreta, y la pipa con sal, y la papa de menta? También esas caras, esos cuerpos, las ropas incluso, su textura y su color, son otras; otros, los ademanes, las figuras esperando el tiempo, las

mozas de carnes duras, las plazoletas, son también otras. Ya, otras. El fluir de la calle, el paso de la gente, el aire de sus movimientos, el sonido intenso de las motos, de los coches salvando la estrechez son también otros. Todo es otro, menos esos hombres secos, espigados todavía, puestos de pie, en rincones y esquinas, en el banco del nuevo jardincillo, en los poyetes que van al arroyo, tercos, despaciosos, soleados, con gorrillas pajizas y anchas correas. Ellos son los mismos, los últimos, el rastro de aquellos años. Ellos, sí.

–¡Manuel, Manuel!

–¿Qué?

–Tú eres, Manuel, el Rancho, ¿no?

–Sí. ¿Y tú? ¿Tú?

–Sí. ¿Yo?

–Tú...

–Yo soy el «Ciclón», el de Tomás.

–¡Hombre, «Ciclón»!

Queda la cal, su mansedumbre, su pobreza limpia luchando con la loseta de colores vivos, de brillo sopón, contra rejas hermosas, tan hermosas todavía. Oigo atrás las

palabras, algunas mujeres que se asoman del zaguán, y dicen las palabras, esas sí, cualquiera de ellas, tan de siempre, de tono pausado, suave, suave, sus músicas, única sus músicas.

Y algunas, al paso, las oigo:

–Sí. Sí, claro, ése es el Rancho.

–Sí. Sí. El Rancho.

–El de la Armonía, sí.

Y desde este desvío del mundo, desde esta belleza modesta pero entera, íntegra, me voy allí, a Bandolé, flecha de acero clavada en mi pecho, Oddé vente, vente, vente y deja todo, vente a mi mano, quédate agarrada a mi corazón, y vuelve tú a tu casa, Ruzafa, al lugar del cálido migajón, no abandones.

–Sigues igual, como de zagal, Rancho. Tienes el mismo porte, andandito, con ese porte, andandito para tu casa. Lo mismo que de zagal, Rancho.

Sí. Atraviesas el arroyo, el bajón hacia el agua escasa y la piedra abundante, y sí, ahora sí, es igual, igual, la explanada saliendo del puenteco, la anchura blanca de la tierra, y allí está tu casa, las ventanas iguales, iguales, con su color verde seco, las rejas escuetas, negras, negras, la simetría burda de los huecos, la balaustrada blanca de la azoteílla, el portalón

solemne, la casa que es tu casa, ésa sí, igual sobre el tiempo, igual, de zagalillo a hombre, sobre el tiempo. La cal azul de tanta, de tantos años, blanca, blanca, cuando doblas el espinazo y miras. Allí sí, allí, asomabas tu cuerpo con tu escopetilla de madera, apuntando sigiloso, sabueso, moco arriba, moco abajo, sorbe que te sorbe, apuntando a los vencejos, negros, con un punto de plata, vi, vi, vííí, haciendo blanco con el negro, pum, pum, puuum, caían, caían, tú los veías caer, hacia la explanada, diciendo ay, diciendo Rancho, diciendo ay, ay, los vencejos negros, ay, Rancho, me diste, ay, ay, vi, vi, vííí... moco arriba, moco abajo, con la escopetilla, en aquella misma ventana, en esa misma ventana.

RANCHO está sentado en el poyete que cierra la riberilla del arroyo, frente a su casa. El portón está cerrado. Sólo una de las ventanas de la segunda planta está entreabierta. El sol alumbra de azul la cal, la pequeña explanada entre el poyete y su casa, y el tejado marrón intenso con las tejas viejas y verdejones salientes, la primavera sobre el otoño.

Alguna persona pasa:

–Buenos días.

–Buenos días.

Pero son el silencio y el sol los que invaden la plazuela. Rancho está tranquilo, sus pies separados sobre el suelo,

una espiguilla en la boca, los ojos fijos, fijos, en el portón de su casa. Sonríe suave, las manos abiertas sobre sus rodillas.

Ha salido su madre con una silla de anea en la mano derecha y con la izquierda, haciendo como un bolsón de su delantal negro. Se ha sentado, despacio, en el sombrero que hace una parra abundante, verde intenso, en la misma puerta de la casa. Ha juntado sus piernas y del bolsón, ahora ya desaparecido, ha quedado sobre ellas unas cuantas zanahorias y un cuchillo de cocina.

Rancho se ha puesto de pie. No da un paso. La está mirando, todavía con esa sonrisa en la boca. Antes que abrazarla quiere verla, recordar sus rasgos, saber cuáles de ellos ha desarbolado el tiempo, recomponer uno a uno sus movimientos antiguos, traer a la memoria la compostura de su cuerpo cuando se sentaba, la paz que sabía darle a los acontecimientos, la sabia resolución de sus manos para tratar las verduras, las frutas, los membrillos.

Rancho ha comenzado a andar. Se acerca a su madre, despacio, sin saber qué hacer de sus gestos, sin saber qué decir, cómo anunciarse.

Ha llegado al filo de la sombra que da la parra sobre el empedrado, a muy pocos metros de la silla de su madre y allí se ha parado. No dice nada.

Su madre ha dejado el cuchillo sobre el delantal y con su mano derecha ha hecho una viserilla para sus ojos. Y ha estado mirando a Rancho unos segundos infinitos, infinitos. Tampoco dice nada.

Y de pronto abre sus dos brazos sentada en su silla de anea, sin levantarse.

–Ven aquí, Rancho, ven aquí.

Se han agarrado las manos y han juntado sus caras, la piel de sus caras, con los ojos cerrados. Rancho siente en su oído un susurro que le trae su niñez como un relámpago.

–Mi Rancho. Mi Rancho de mi vida, mi Rancho.

Todavía no ha dicho una sola palabra. Quisiera que esa ternura, esa sencillez directa del amor, quedara allá, revoloteando alrededor de la parra, incesante, incesante, revoloteando sin salir de aquella sombra, de aquel mínimo lugar del mundo, y luego pasara de su piel al corazón y del corazón al lugar recóndito donde se guardan los recuerdos que nunca nadie, ya jamás, podrá olvidar, podrá olvidar.

–¡Santiago, Santiago!

La madre sigue con las manos de Rancho en sus manos.

–¿Qué?

–Santiago, ¡que ha venido el niño, el niño!

–¿Qué niño?

–El Rancho, Santiago, ¡ha venido el Rancho!

El portalón que quedó entornado se ha abierto de golpe y ha aparecido un hombre, enteco, de estatura media, de complexión recia, mangas de la camisa remangadas a medio brazo, la cara afilada, los ojos de halcón, fluidos, brillantes y una gorrilla fina, calada honda hasta las cejas blancas bien pobladas.

Sin decir una sola palabra se ha acercado a Rancho que suelta las manos de su madre y abre sus brazos. Se han tomado por sus hombros, mirándose a los ojos, serios, los rostros distantes, emocionados, contenidos:

–Hombre, ¡Rancho!, ¡Rancho!

El padre ha vuelto, de pronto, hacia la casa, con la cabeza metida entre los hombros, aprisa el andar. Han pasado unos momentos y sale al emparrado de nuevo, serio, con dos sillas de anea en las manos. Una, se la da a Rancho y en la otra se sienta él, pegado al muro, a unos metros de distancia de la madre.

Rancho ha acercado su silla a la de la madre. Y al sentarse ha vuelto a enredar sus manos entre las de ella.

Rancho pronuncia sus primeras palabras:

–¿Van las cosas bien?

El padre responde inmediatamente:

–Ahí van...

Mientras, su madre dice que sí, que sí, con la cabeza.

–Y tú, ¿vas bien de salud, mamá?

–Las piernas, la vista... pero bien, hijo, bien.

Vuelve el ruido del entorno, la fuerza del sol fuera del sombrero, poco a poco. Santiago saca su paquete de cigarrillos y enciende uno, sin ofrecer a Rancho. Fuma despacio, tumbada la silla, en equilibrio, contra el muro de la casa. Mira a un lado y a otro de la plazuela, hacia el pueblo que se derrama sobre las laderillas y entre los majanos, y hacia las lomas suaves de almendros, de olivos, allá lejos de viñas.

Pasa el tiempo lento, callados los tres. Vuelve también esa brisa que se inicia en los altos del arroyo, del pueblo, y baja laderillas abriendo sus cauces, doblando lentamente los esquinzos, moviendo levemente las copas de los olmos recién plantados en el jardincillo de la vera, hacia la plazuela, el empedrado, la sombra del parrado, la falda de la madre, el humo del cigarro de Santiago.

Y arriba, al poco, se oyen de repente los píos de los vencejos, como todos a la vez, negros sobre el azul intenso, merodeando la luz en vueltas concéntricas, haciendo de la vida un círculo.

De pronto, el padre se levanta y limpia, con secos gestos de su mano derecha, el pantalón de cenizas imaginarias.

–Nita, que me voy a dar una vuelta. Y tú, Rancho, que nos vemos. Anda, hasta luego, adiós.

Cuando el padre empieza a desaparecer por la cuestecilla hacia el pueblo, Rancho se ha levantado y ha cogido la silla recién abandonada por Santiago.

La madre ha sonreído:

–Mejor, no hay.

Rancho se ha sentado de nuevo y de nuevo tiene entre sus manos, las manos de su madre:

–¿Todavía lo de Nita?

–Todavía. Oía a mi madre llamarme Armoníita y terminó diciéndome Nita.

–Pues te voy a decir yo Nita también, a partir de ahora, ¿qué te parece?

–Pues, ¿qué me va a parecer?

–¿Y si te dejas y voy al pueblo a llamar por teléfono?

–Pues así preparo yo la cena.

–Pues... hasta pronto... Nita.

–Hasta pronto, hijo mío, Rancho.

Rancho está levantado, mirándola, las manos todavía juntas.

–¿Estás bien, mamá?

–Tú, vete a llamar por teléfono, que yo te voy a preparar una cena de las que te gustan y también te voy a hacer el cuarto.

–¿Hacerme el cuarto? ¿El mismo?

–Sí. Todo está igual. Yo lo dejé todo igual.

–¿Igual? Yo, ya, no me acuerdo...

–Sí, hijo, verás como te acuerdas, verás como te acuerdas. Anda, tú vete a llamar por teléfono y a darte una vuelta por el pueblo que ha cambiado mucho...

Ha vuelto a hacer el bolsón en su delantal con la mano izquierda, dentro las zanahorias a medio pelar y el cuchillo, y con la mano derecha ha cogido su silla. Rancho no se atreve todavía a entrar en la casa y deja bajo el chambao su

silla y la de su padre a un lado y a otro del hueco que ha dejado Nita.

La ve atravesar el portón, lenta, lenta, sin mirar hacia atrás. La ve desaparecer, entrar en la sombra y el calor del recuerdo y la niñez.

–Y ¿QUÉ, que te tocó la lotería?

El padre ha subido la cabeza para ver a su hijo por debajo de la visera.

–Entonces, ¿qué, que heredaste?

Sigue con el azadón, paciente, abriendo la tierra. Esta vez, no lo mira.

–Entonces, ¿qué?

–Vengo por aquí algunas mañanas, tranquilo, y doy un riego, ahí arriba, ayudo, en la huertecilla que tiene y preparo, fofato y oreo la tierrecilla de aquí abajo... algunas mañanas, voy y vengo, por aquí, por esta finca.

–¿Y qué?

–Que llevo almendras para la casa, aceitunas y esas cosas...

–¿Y te paga?

–¿Que si me paga?

–Sí, si el dueño de la tierra te paga.

–Ahí me da para mis gastos, poco más o poco menos.

–Y ¿qué es para tus gastos?

–Pues eso para mis gastos, poco más o menos. El tabaco, la copilla de vino, para cuatro cosas.

–¿Que no te da un salario, un jornal?

–Ya te veo, Rancho... Ya te veo... Ya sé a dónde vas, desde el principio... Pues yo te voy a decir una cosa, Rancho. Yo voy cada día a la tierra, a trabajar al campo y a la taberna. A esos dos sitios y ¿sabes por qué?, ¿sabes por qué?

–¿Por qué?

Santiago tiene sus dos manos sobre el palo del azadón. Se ha levantado y el sol le pega en la espalda. Se ha alzado la viserilla de la gorra para mirar más descarado a Rancho.

–Pues porque en el campo y en la taberna es donde el hombre es, todavía, natural. Eso es. Natural. El hombre es natural. ¿Tú lo entiendes, Rancho, lo entiendes?

EL mostrador es verde chillón, de madera rotunda, con dos especies de columnatas moldeadas, dos fustes con sus

estrías que son muy difíciles de reconocer, taponadas como están por tantas y tantas manos de pintura.

Han entrado padre e hijo, cayendo la tarde. Han saludado, someros, a las mesas, seis o siete, redondas, esparcidas por una especie de patio de losas blancas y negras donde juegan al dominó, por parejas, cuatro hombres en cada una de ellas y a los que se han agregado, en algún caso, algún mirón esquinado con su copeja de coñac o de anís en el filo de la mesa.

Santiago y Rancho han entrado derechos hacia el mostrador. Hay algunos hombres, mayores ya, apoyados en él, como esperando, como atentos a la llegada de los dos.

El humo está como estancado, azulenco, a media altura del bar y se oye, uniforme y continuo, el zumbido confuso de las voces.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes.

Llegando al mostrador, Santiago hace un gesto ligero con la cabeza.

–Ponme uno.

Rancho dice, sonriendo:

–A mí, me pones otro...

Del rincón que hace el final del mostrador, hincando la moldura contra el murete, sale la voz de un hombre que tiene su brazo doblado sobre la madera y la cabeza acostada sobre su propia mano. Habla en voz alta, mirando a una ventana que queda a la izquierda y a Rancho, intermitentemente.

–El general, un pajarito ¿no?

Le contesta la voz de Rancho, clara, alta:

–Eso es.

–El almirante, a los cielos ¿no?

–Eso es.

–Y ahora ¿qué?

Desde la otra esquina del mostrador, contesta una voz, firme.

–Pues será lo que diga la gente ¿no? Esa es la democracia ¿no?

La voz de Rancho se oye de inmediato.

–Sí. Lo que diga la gente. La gente irá a votar, sí, a votar, pero lo que hay que preguntarse, lo que hay que preguntarse...

Ahí, en el mostrador, se ha hecho el silencio. Algunos cogen los vasos en sus manos y sorben pausados. También Rancho ha cogido su vasillo de vino en la mano derecha. Ha separado sus pies sobre el suelo.

–... lo que hay que preguntarse es quiénes van a seguir siendo los dueños de las fincas, de las tierras, y para quiénes van a seguir siendo las cosechas... si eso se va a cambiar. Eso es lo que hay que preguntarse.

El que está tras el mostrador, llena el vaso de Santiago y le dice:

–Sigue, sigue duro ¿eh? Igual que cuando se fue de zagalillo, ¿eh?, igual...

Santiago enciende un cigarro y coge el vaso de vino.

–Igual. Igual que el pedernal.

Rancho se ha quedado mirando al vacío.

–Qué... ¿se puede llamar desde aquí por teléfono?

–¿PERO Nita, mamá, a dónde vas tan dispuesta, tan corriendillo, tan...?

–Tráeme mi silla y tráete otra para ti que te lo voy a explicar, Rancho.

–¿Y necesitas que nos sentemos para decirme adonde vas, Nitamamá?

Es media mañana. Están los dos, otra vez, bajo el parrado. Rancho lleva una camisa nueva, los brazos al aire, y se ha comprado una gorrilla que se ha puesto por primera vez. La voz es más plena, de un tono más resuelto, los gestos más amplios, como más ágiles, aunque todavía se mantiene sobre sus ojos un velo de determinación y angustia, como un vaho de tristeza que le invade la cara, una mascarilla de ansiedad que le cubre el rostro y lo tortura, lo desconsuela.

–Pues ¿sabes a dónde voy, Rancho? Voy a la iglesia.

–Pero ¿qué dices, mamá?

–Todos los días voy un rato a la iglesia. Por la mañana, por la tarde, terminando el día, voy un rato a la iglesia. No voy las fiestas y los domingos y esos días, pero, los otros, no falto. No pasa día que no vaya.

–Pero ¿qué dices, mamá?

Nita ha pasado su mano por la cara de Rancho, suave y despacio.

–Yo sé mejor que nadie en este pueblo lo que pasó. Mejor que nadie. Cuando yo era más joven, más fuerte, pasó. ¿Cómo voy a olvidarlo? Si tú vienes y te sientas aquí y me coges las manos y me cuentas lo que ha sido de ti todos estos años, de dónde te viene ese desconsuelo que llevas dentro de ti y que te sale por todo el cuerpo, Rancho, me coges las manos y me lo cuentas y me lo cuentas todo, poco a poco, todo, una hora tras otra contándome, Rancho, ¿tú crees que yo, por más que te quiera, Rancho, sufro lo que tú, vivo lo que tú, me pasa por dentro, en mi pensamiento, ni siquiera una mija de lo que pasaste tú, de lo que pasó en tu vida, por dentro de ti? ¿Tú crees? ¿Tú crees, Rancho? Yo te conté dos, tres veces, cuando ya eras zagalillo, lo que pasó aquí. Y tú me preguntabas y me preguntabas, con angustia, a todas horas, qué pasó y que pasó. Y me pedías más detalles, y que te contara más y si yo te decía pero si te lo conté, si te lo conté, tú, otra vez, otra vez, cuéntalo otra vez, má, como tú me llamabas entonces, má, cuéntamelo otra vez, otra vez, anda má, cuéntamelo otra vez. ¿Y crees que sabes, de verdad, de verdad, lo que pasó en este pueblo, en la plaza de esa iglesia, en la iglesia misma, la historia de aquel cura maldito, maldito, mil veces maldito? ¿Crees que la sabes, Rancho? Yo sí. Yo sí la sé. Y viví, lo viví, no me lo contaron, Rancho, no me lo contaron, aquella sotana negra al aire, aquel dedo alargado, señalando, y aquel grupo de mujeres y hombres que éramos, allá en la plazuela, amontonados, aquellos pobres hombres y mujeres que

éramos, y el dedo negro aquel, señalando, y éste y éste, y éste...

Yo sí. Yo sí lo sé.

–¿Entonces?

–Entonces, ¿cómo voy a la iglesia? Eso es lo que me preguntas, ¿no, Rancho?

–Sí. Eso es lo que te pregunto.

–Pues mira, hijo, voy a intentar explicártelo. Porque yo podría decirte que son cosas de vieja y... ya está. Pero, no, Rancho, te voy a explicar porque voy. Y tú, ¿me vas a escuchar, tranquilo, queriendo entender?

–Sí, má, Nitamamá, tranquilo y con ganas de entender.

–La iglesia, vayas por la mañana o vayas por la tarde, a cualquier hora, no siendo fiesta o domingo, está vacía. Alguna vieja como yo rezageando en los bancos primeros, o encendiendo una velilla al santo pidiendo una curación o un novio, un buen novio, para su nieta, pero la mayoría de las veces, ni eso, está completamente vacía. Pues yo llego allí y me siento en la esquinilla de un banco cualquiera, de los primeros o de los últimos, me da igual. Me siento, y miro las blancuras de las paredes, despacio, y lo grande de la bóveda, las columnas que tienen un final ancho, como llenos de flores y que son doradas, doradas, limpias, los floreros tan

grandes, tan grandes, también dorados y con claveles y llama novios, todo tan bonito. Y todo está limpio, Rancho, suave. Y hay silencio y orden. Y entonces me pongo y pienso en mí, también limpio y suave por dentro. Pienso en mis padres, en mis hermanos, en mi antigua casa. Y pienso en ti, Rancho, te recuerdo de niño, cuando ibas a la escuela con el baberillo azul, tus alpargatillas blancas. La gente, si alguna entra y sale, respeta el silencio, Rancho; allí hay silencio. Y allí veo mi juventud, muy bien. Lo que yo soñaba. Y si me entretengo contigo, contigo en la cabeza, nadie me interrumpe, ni me echa, ni nada, Rancho, todo tranquilo. Y te vas a reír, a lo mejor te ríes, hijo, pero nadie me interrumpe en mis pensamientos, de mis cosas, ni nadie me pide un café, o la comida, o una camisa, o esto y lo otro, o tengo que fregar, o lavar, o hacer la compra, y entonces yo...

–Y... ¿Nada más?

–Nada más. De pasar, sólo pasa el tiempo.

–Pues... ¿sabes, má? ¿sabes? ¿Tú vas a la iglesia, no?

–Sí, a la iglesia iba.

–Pues yo te voy a dejar allí, porque voy al pueblo a llamar por teléfono. Te dejo en la iglesia, Nita, y a la hora y media te espero en la puerta y te recojo y nos venimos tú y yo, cogidos del brazo, despacio, tranquilo, calle abajo, calle

abajo, los dos del brazo, hasta aquí, hasta nuestra casa.
¿Qué te parece, má?

–Rancho, qué bien te voy a ver esta tarde, allá sentada, en mi banco, con tu baberillo azul, ¡con tu baberillo azul!

SU PADRE lo ha cogido, fuerte, por los hombros:

–Ya sabes, hombre, que me he alegrado mucho.

–Lo sé, papá, lo sé.

–Y tienes que volver, hombre. Y decirnos cómo vas, de vez en cuando.

–Lo haré, lo haré. Seguro que lo haré.

Nita está con algunas otras mujeres hablando, sobre la acera estrecha. Pegado al bordillo está el autobús, con el motor en marcha. Nita lleva entre las manos un pequeño hatillo, que mantiene a la altura del pecho. Mientras habla con ellas, va lentamente girando su cuerpo, hasta poder encarar a Rancho.

–Rancho, que te quiero dar una cosa.

Las otras mujeres se separan de Nita.

–Rancho, que quiero darte esto, para ti, de tu abuelo, que lo tengo yo hace muchos años, muchos, guardado... escondido.

–¿Para mí?

–¿Para quién mejor? No. No lo vayas a abrir ahora. Ahora, no. Cuando estés lejos del pueblo.

El conductor asoma la cabeza por la ventanilla del autobús:

–Que nos vamos...

–Bueno, má... me voy.

–Sí, hijo, sí. Que te cuides... que comas...

Rancho sonríe. La abraza muy fuerte.

–Má, no sabes lo que es tener un sitio, desde ahora, un sitio... donde uno puede ir, volver...

–Cuídate, hijo, cuídate...

Antes de cerrarse la puerta del autobús, en el último escalón de la escalerilla, Rancho se vuelve.

Su madre está pegada a la pared, pálida, con sus brazos cruzados sobre el pecho. Santiago, lo mira, con sus ojos fijos, con un cigarrillo en la boca.

–Azul, era... ¿no, mamá? El baberillo era azul, ¿no, má?

Su madre dice que sí con la cabeza.

Rancho ya no los mira más. Ni cuando se sienta, ni cuando el autobús se despega del bordillo, lento, hacia la derecha.

La plaza alta, las últimas callejas, las casas blancas desperdigadas ya entre los olivos y, por último, el campo inmenso, las lomas sepias, la tierra abierta contra el sol.

Rancho ha dejado sobre sus piernas juntas, el hatillo que le ha dado su madre. Y cierra los ojos.

El reloj de plata, grande, de bolsillo, con su cadena gruesa, lleva en la tapa, grabadas con unas letras firmes: CNT y la fecha de 1928. Cuando Rancho haya abierto el hatillo y lo tenga entre sus manos, las lomas de la campiña cordobesa se irán perdiendo, perdiendo, hasta llegar al infinito.

–ILLA ¿sabes algo?

–Nada. No sé nada.

–¿Y Pordós?

–Bien. Aquí a mi lado. Siempre a mi lado.

–Bueno...

–No me cuelgues, Rancho. No cuelgues el teléfono, por favor. Háblame. ¿Qué tal tus padres?

–Bien, bien. Ya te contaré... Mi madre me regaló un reloj antiguo, de mi abuelo...

–Uy, yo conozco al mejor relojero del mundo, Rancho... Verás cómo te lo va a dejar...

–¡Si me lo arreglara! Lo pondría en el bolsillo de la chaqueta, el de la cartera... y tendría mi corazón a un lado, y al otro, el corazón de mi madre... tic, tac, tic, tac...

–Te siento contento, Rancho...

–Sí. Estoy... más contento, Illa.

–No sé si decirte, Rancho... no sé si decirte...

–Dime lo que me tengas que decir, Illa.

–...Han cazado al Mami.

–Ah...

–Lo han cazado. Y me preguntan si quieres... verlo... que nadie con más derecho que tú.

–Illa, Illa... dile que voy. A Feliú que a la misma hora, en el mismo sitio. Que mañana y si no, pasado. Que voy. Que voy... Que voy a ver cuándo salgo, cuándo puedo salir... Diles que voy.

–Pero, Rancho, siempre de aquí para allá, siempre sin...

–Mira, Illa. Un día me dijo Oddé: Rancho, tú siempre de aquí para allá, de aquí para allá; en pensiones, en

habitaciones de alquiler, en camas prestadas, en casas de amigos... ¿Sabes lo que decía mi madre? Aquel que no tiene una casa fija, no tiene patria. Y yo le contesté: Yo, sí tengo patria, Oddé. Mi patria eres tú. Mi patria eres tú. Y ella: Venga, venga, Rancho. Y yo: Sí, Oddé, donde estés tú, está mi patria...¿Tú me entiendes, Illa? Yo debo ir a París... Tengo que ir a París, sin remedio.

–Rancho, yo no soy quién para...

–No me digas nada, Illa...

–Rancho...

–Tú diles que mañana o pasado, en el mismo sitio a la misma hora. Salud, Illa.

–Rancho.. .Rancho.

–¿DÓNDE?

–Estaba aquí, en París. Nosotros buscábamos por el sur, pasó el tiempo y se confió. Salió del escondite, y lo cazamos.

–¿Cuándo?

–Anteayer.

–¿Y lo tenéis...?

–En sitio seguro.

–Y ¿qué vais a hacer?

–Dudamos...

–¿Y yo?

–Por si querías... verlo... Tienes más derecho que nadie.

–Mañana, ¿tú vuelves por aquí, Feliú?

–Si quieres, sí.

–Pues, mañana te lo digo.

–Es la primera vez que te veo acelerado, Rancho. ¿Pasa algo?

–¿Sabes algo de un tal Ruzafa?

–No sabemos nada. Nos han preguntado. No sabemos nada.

–Feliú, mañana estoy aquí, a la misma hora.

–Bueno, pues... ¡Salud!

–Salud.

LE dije a Oddé que esta dirección no la olvidaría nunca. Se lo dije en el locutorio. ¿Te busco un papel y la apuntas? No.

No la olvidaré nunca. Nunca la olvidaré, le dije. Trouin. Trouin 101. Y esta calle es Trouin.

Cuando Rancho ve que la calle es minúscula, de muy pocas casas, ocho o diez a lo sumo, a un lado y a otro de las aceras estrechas, comprende. Comprende perfectamente.

Enciende un cigarrillo y se sienta sobre el bordillo de la acera. Lo mismo que una naranja se abre y es imposible recomponer su unidad, lo mismo que una naranja.

–Sí quiero verlo, Feliú. Quiero ver al Mami.

–Yo te llevaré. Poca gente sabe...

–Vamos entonces.

LA casa tiene dos pisos, un pequeño jardín y una reja que la rodea por completo. Junto a ella y por dentro, crecen cipreses que meticulosamente recortados, hacen un seto impenetrable.

Feliú ha dado la vuelta a la casa y ha puesto el coche frente al portón metálico de un garaje. A los pocos segundos se abre el portón. El garaje es estrecho. Y muy largo. A la derecha y pegado a la pared, hay una especie de armario lleno, todo él, de herramientas. Feliú y Rancho lo han separado de la pared. Detrás hay una puerta. Feliú da un golpe seco. La puerta se abre. Una habitación larga y estrecha, en paralelo al garaje.

Hay un hombre sentado con los brazos esposados por detrás de la silla y un enorme esparadrapo negro sobre la boca. A la derecha hay un camastro donde está echado un tipo que lleva, entre la correa del pantalón y su vientre, una pistola voluminosa.

–¿Me puedo quedar solo con él?

–Vámonos. Tú, compañero, vámonos. Que lo vamos a dejar solo con él.

Cuando la puerta se ha cerrado, el olor a tabaco se espesa. La ventilación es mínima, un ventanuco, a nivel del techo, con una espesa tela metálica.

–Tú eres Mami, ¿no?

El hombre sigue mirando al suelo. Rancho se acerca y de un tirón seco, le quita el esparadrapo de la boca.

–Tú eres Mami, ¿no?

–Me han torturado. Tus compañeros me han torturado. ¡Dos días llevan torturándome! ¡Torturándome!

Rancho se ha quedado quieto, mirándolo.

–¡Mentira! ¡Mentira!

Rancho empieza a quitarle los zapatos, los calcetines, los pantalones:

–¡Mentira! ¡Mentira!

Le abre la camisa, le sube las mangas por sus brazos:

–¡Mentira! ¡Mentira! ¿Dónde, dónde, te han torturado, dónde?

–Dentro de mí. Dentro de mí están las heridas. ¡Dentro!

–¿Dentro?

–Sí, dentro... Te vamos a matar. Vamos a acabar contigo. De España viene el que traicionaste, el que te va a pegar un tiro en la cabeza. Eso, eso me dicen continuamente. Continuamente.

–Tú, Mami, ¿tú sabes que lo están pensando?

–Sí.

–Que lo están pensando. Que están pensando matarte.

–Sí. Lo sé.

–Y ¿sabes quién soy yo?

–Sí. También sé quién eres tú.

–Y ¿qué?

–Que seguramente me matarás. Tú serás el que me mate.
Tú eres, Rancho.

–Y ¿qué hiciste tú con Rancho? ¿Qué hiciste tú? ¿Qué hiciste?

–Venderte. Te vendí.

–Y ¿qué?

–Y ¿qué importa lo que yo diga?

–Sí importa.

–Te vendí por una borrachera y por una puta cara. Esa es la verdad. Por una puta y una borrachera.

–Y muchos años cobrando de la Embajada... Estás mintiendo.

–Por una puta cara y una borrachera te vendí. Esa es la verdad.

–Y ¿qué piensas ahora?

–No pienso. Tengo miedo. Tengo miedo.

–¿Tienes miedo?

–Sólo tengo miedo. Sólo miedo.

Rancho se ha acercado a la silla. Los pies desnudos de Mami contra los zapatos de Rancho.

–Mírame, Mami, mírame. ¿Tienes hijos?

–No.

–¿Estás casado?

–No.

–¿Viven tus padres? Mírame. ¿Viven tus padres?

–No.

–Tú. Tú, Mami, mírame. ¿Tú has querido a alguien de verdad, alguna vez?

–No.

Es Rancho, ahora, el que mira al suelo. Se vuelve hacia la puerta y da un solo golpe seco. Al momento, se abre. Cuando sale Rancho, entra de inmediato el tipo que custodia a Mami.

Feliú tiene una mirada ansiosa. Rancho ha encendido un cigarrillo.

–¿Qué, Rancho, qué?

–¿No habéis decidido todavía?

–No. Queremos saber lo que tú piensas.

–Yo no lo mataba.

–¿No lo matabas?

–No. No lo mataba.

–¿Entonces?

–Yo sólo digo que no lo mataba.

Vuelven en el coche hacia el centro de París. Feliú mira de reojo a Rancho, una y otra vez. Rancho, fuma, mirando, absorto, a la lejanía.

–Rancho, ¿te puedo preguntar?

–Sí.

–¿Por qué razón? ¿Por qué razón no hay que matarlo?

–¿Te digo la verdad, Feliú?

–Sí, claro.

–Mi madre me recuerda todavía con mi babero azul.

XV. VOLVER A DEVOLVER

EL vagón se ha quedado, por fin, vacío. Rancho se levanta. Va a recoger su bolsa, uno de los pies alzado al aire.

Detrás oye un ruido. Después, una voz:

–Rancho... Rancho.

Cuando se va a volver, Cetme le pega un tiro en la nuca. Rancho cae con la cara contra el suelo. Cetme se agacha y le voltea la cabeza. Todavía tiene los ojos abiertos.

Cetme monta la pistola y le da el tiro de gracia.

CETME está sentado en el suelo de un vagón de mercancías abandonado en una vía muerta. De pronto, como un chorro de vida, una bocanada de líquido espeso, verdoso, amarillo, le sale de la boca.

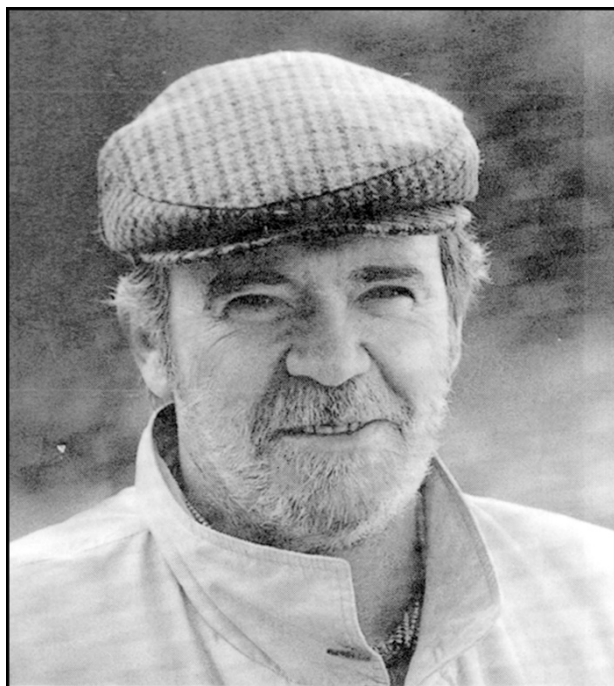
Todavía tiene la pistola en la mano.

LE han abierto el portón y Bandolé ha salido a la calle. Cuando ha dado unos pasos por la acera, de la garita que ha dejado a su espalda le llega una voz:

–¡Ya estás en libertad!

–¡Ya estoy en la calle! ¡Vosotros, qué vais a dar libertad!

Y Bandolé ha tomado aire, de la noche, hasta el fondo de sus pulmones.



ACERCA DEL AUTOR

RAFAEL BALLESTEROS nació en Málaga en octubre de 1938. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Granada. Es catedrático de Instituto.

Ha publicado algunos artículos de crítica literaria (sobre la poesía de Dámaso Alonso, Gabino-Alejandro Carriedo, Rafael Pérez Estrada, Vicente Núñez) en diversas revistas (*Insula*, *Papeles de Son Armadans*, *Camp de L'Arpa*, *Cuadernos Hispanoamericanos*) y varios libros de poemas. Entre ellos: *Las contracifras* (El Bardo, Barcelona, 1969), *Turpa* (El Toro de Barro, Cuenca, 1972), *Jacinto* (Primera versión de la 1ª parte) (Godoy, Murcia, 1983), *Numeraria*

(Puerta del Mar, Málaga, 1984), *Testamenta* (Visor, Madrid, 1992) y *Jacinto* (Primera versión de la 2ª parte) (Colección Juan Ramón Jiménez, Huelva, 1997).